

EL SOL QUE NACE

EL SOL QUE SE PONE

NOVELA HISTÓRICA ARGENTINA

POR

LIMA SORDA

**TOMO PRIMERO**

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser  
BUENOS AIRES

Sau Martia, números 150-156

LA PLATA

Boulevard Independencia esq. 53

1888



EL SOL QUE NACE Y EL SOL QUE SE PONE





EL SOL QUE NACE

Y

EL SOL QUE SE PONE

---

NOVELA HISTÓRICA ARGENTINA

POR

LIMA SORDA

---

---

**TOMO PRIMERO**

---

---

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

**BUENOS AIRES**

150—158 Calle San Martín 150 - 156

**LA PLATA**

Boulevard Independencia Esq. 53

1888



AL SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. JULIO A. ROCA

EX-PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ARGENTINA

LE DEDICA ESTE TRABAJO EN HOMENAJE Á SUS VIRTUDES CÍVICAS

SU COMPATRIOTA

LIMA SORDA.

Buenos Aires 1888.





L carnaval de 1881 había terminado, y la niebla de una triste noche de Marzo extendía sobre Buenos Aires su húmedo velo.

La fachada del teatro Colón, estaba iluminada por los pálidos resplandores de los faroles, y el techo de hierro del clásico edificio se destacaba vagamente del ceniciento cielo.

Un inmenso grupo de gente, se extendía debajo del vestíbulo, esperando la apertura de las puertas. Carteles inmensos anunciaban el *debut de la troupe* de Ferrari.

Nada faltaba al desacostumbrado tumulto, ni el ruido de los carruages que á cada momento arrojaban ante el peristilo, grupos de espectadores.

Preciso es confesar, que los coches de alquiler formaban la mayoría, pues se acababa de salir de una revolución, y el lujo no había recobrado aún sus derechos de ciudadanía.

Sin embargo, de vez en cuando, carruajes tirados por soberbias yuntas de raza, entraban en la "Plaza de Mayo" y describiendo una magestuosa curva, se detenían delante de la escalinata para dejar bajar elegantes damas y caballeros.

Delante de la puerta, en la entrada principal, se hallaba un hombre que parecía complacerse en el espectáculo de aquel brillante desfile.

Alto, delgado; este personaje tenía el aspecto joven y el aire desenvuelto. Su traje formaba un contraste singular: con el cuerpo abotonado, en una larga levita ajustada al talle, que le caía hasta los talones; tenía la cabeza cubierta con un inmenso sombrero ancho de copa y de alas levantadas, y

se apoyaba con desenvoltura en un grueso bastón de cabo de marfil.

En cuanto á su conjunto y á su rostro, ofrecía un parecido notable, con los tan conocidos tipos de la época de la "Reforma Pacífica"; los denominados Chupandinos. Una nariz encorvada, las mejillas enjutas, la pera amplia y puntiaguda y una larga melena echada atrás de las orejas, le daban una fisonomía melancólica y extravagante á la vez; pero unos grandes ojos castaños, de un brillo singular y de notable ternura, dulcificaban el aspecto un tanto agrio de sus facciones irregulares.

Un observador habría adivinado sólo con mirarlo, que era valiente, generoso, y exaltado como los ilustres Reformistas.

Este atrasado representante de la *Chupandina* vino á salir de su contemplación, por un choque bastante brusco. Se volvió con viveza, con la intención decidida de interpelar al malañdrín que le había dado el empujón, y se halló delante de un hombre de elevada estatura y de robustos hombros. Pero su cólera se calmó como por encanto, cuando vió á la mujer que escoltaba el coloso. Nunca más linda y seductora criatura se vió en unión de más macizo y desagradable caballero. Enyuelta cuidadosamente en un chal de la India blanco; tenía una mano apoyada en el brazo del Cuasimodo y daba la otra á una niña de ocho á diez años.

La desproporcionada pareja había pasado y desaparecido bajo el vestíbulo del teatro y el espectador empujado permanecía aún enclavado en su sitio por la sorpresa y la admiración.

¡Qué mujer encantadora! murmuró el singular personaje. Vamos Lebreton; añadió, hablando consigo mismo, hay que seguirla.

En dos trancos atravesó el vestíbulo y siguió por la gale-

ría que conduce á los palcos bajos y alcanzó á ver una punta del chal blanco; llegó á tiempo para ver cerrarse la puerta del palco en que habían entrado los que seguía.

Pero, como hombre previsor, se apresuró á entrar en la platea, y como estaba aún casi vacía, pudo elegir un punto estratégico. El admirador de la desconocida se instaló en la primera fila, enfrente del palco en que la dama había entrado y esperó con calma germánica que subieran la regilla del palco.

El teatro se llenaba con rapidez, y en menos de un cuarto de hora estaba rebosando de gente.

El aspecto variado de la sala, ocupaba poco á nuestro personaje, y se volvía con frecuencia hacia el palco que le interesaba más que todo. Pero la regilla se mantenía obstinadamente caída, y todo lo que podía ver á través de los listones de madera cruzados era el brillo fujitivo de los ojos de la desconocida y la sombra del hombre macizo.

Mientras tanto, de la muchedumbre agrupada en las regiones inferiores se elevaba un rumor confuso parecido al que produce la marea al subir. El telón como de costumbre tardaba en levantarse y los impacientes comenzaban á dar cadenciosamente con los tacos del calzado y con los bastones en el entarimado.

El hombre que seguía á la desconocida, paseaba sus miradas por la sala cuando notó que la regilla del palco acababa de levantarse y esperó la sensación de un deslumbramiento.

Apoyada con descuido en el antepecho del palco, la desconocida le produjo el efecto de una aparición celeste. Era tan bella que el público fastidiado se calmó como por encanto. No pateaba porque admiraba.

El entusiasta espectador se había quedado como petrifica-

do ante la juventud y la belleza de aquel rostro. Nunca había visto unos ojos tan brillantes, una frente tan pura, unos labios tan provocativos. El color rubio de sus cabellos, la blancura de su cutis, y el conjunto de sus facciones, respiraban una gracia y una dulzura poco comunes.

En cuanto al hombre gordo que la acompañaba, apenas se le distinguía, pues estaba en el fondo del palco, tieso inmovil, y silencioso como un cancerbero. El admirador de su compañera miró cuanto pudo, pero no apercibió más rasgo característico en aquella sombría fisonomía.

Al lado de la joven aparecía la cabecita de la niña que era otra belleza.

El parecido entre las dos era notable, pero la niña era más morena y su fisonomía más grave. Sus rasgados ojos se paseaban por todo el teatro con sorpresa infantil.

La sinfonía que había comenzado la gran orquesta, distrajo á Raul Lebreton de su emoción y como tuvo que ir á su lugar, perdió de vista el palco.

Bajó el telón trás el famoso golpe de musica, y Lebreton condenado á la inmovilidad durante todo el acto, se apresuró á mirar con sus gemelos. El coloso séguía en la sombra, la niña parecía soñar y la desconocida observaba con sus anteojos un palco á la derecha donde estaban varios personajes,

Acababa de concluir el segundo acto de Poliuto. Un personaje de la nueva situación salió del palco del director, y dijo con aire alegre, como quien desea descargarse por un momento del peso de los negocios.

Vamos entre telones; querido Rucar.

Vamos entre telones, señor Ministro, contestó el interpe lado.

Era necesario atravesar todo el escenario de Colón, invadido por los tramoyistas que maniobraban con las decoracio-



nes, con gentes de frac, que iban y venían, cruzaban el escenario, saltando sobre trastos y cuerdas de los telones, y se dirijían apresuradamente hacia el corredor que conduce á los camarines de los artistas y cuerpo de baile.

El Ministro había tomado el brazo de Rucar, su acompañante, y contemplaba sorprendido, aquella maquinaria puesta en movimiento por un número inmenso de brazos. Cosa desconocida para él y que miraba con cándida admiración, ante la cual Rucar, su amigo sonreía bajo su poblado bigote.

Todo esto podrá ser muy divertido, dijo el Ministro; pero vamos á los camarines.

¿Los conocéis Rucar?

Soy Carabinero en actividad,—contestó el amigo sin remarcar mucho la frase; pero una sonrisita semiburlesca le daba á entender que era muy bisoño para aquellas campañas.

¡Y efectivamente era la primera vez que el flamante Ministro ponía los piés en el escenario del teatro Colón.

Sentía curiosidades de la juventud y deseos de estudiante. —Esta excursión rápida á un mundo ignorado le hacía el efecto de *Il marito in campagna*; y un tanto vacilante, cruzaba el escenario en medio del movimiento y ruido propios del cambio de decoración; y se detenía de vez en cuando, de espaldas al telón de boca con el que rozaban los faldones de su frac.

Detrás del telón de fondo, músicos en traje militar de la banda que figura en la escena del primer acto, (atroz costumbre, esa introducción de mamarrachos que forman un anacronismo más bárbaro con la acción),—se paseaban fastidiados con sus instrumentos en la mano.

Jóvenes Hebreos de las tribus nobles, impacientes por sacudir el yugo romano, y más aun de los dos grandes sacerdotes

que dominaban al débil y afeminado Herodes Antipax bostezaban aburridos, esperando la hora de salir á la escena.

Muchachas con vestidos cortos se movían de un lado á otro, tarareando la invocación del primer acto de Poliuto.—Coristas que cruzaban las piernas, dejando adivinar tesoro por tesoro.—Bailarinas con calzones de punto de seda, color carne y vestidos vaporosos, dejando ver los pechos, al inclinarse para arreglar el atacado del zapato color rosa, hombres vestidos de frac que charlaban y se codeaban entre aquellos muchachas bonitas y desvergonzadas.

¿Y no hay más que esto? dijo el Ministro, ya un tanto fastidiado.

¡Cómo! contestó de Rucar; sois muy descontentadizo dijo.

¡Recién estamos en el prólogo.!

Entre el grupo de todas aquellas mujeres había habido un movimiento de curiosidad, y de coquetería á la vez, al apercebir á Floro Rucar con el Ministro.

Los habían visto en el palco de la dirección, y sabían y estaban ciertos que entrarían en el escenario porque todos lo hacían.—Todas las miradas se dirijían á ellos, y sentados en los bancos que sirven para la escena, algunos jóvenes elegantes, otros ya calvos y correctamente vestidos, rodeados por coristas y bailarinas, derretidos como caramelos, y ya en temple amoroso; procuraban disimular su presencia ocultando la cara con el disco de los clacs.

Floro de Rucar, al advertir este jueguito, había dejado escapar una sonrisita burlona, porque vió á varios personajes de alto coturno del Gobierno, que por lo visto administraban el país desde el fondo del teatro Colón.

Todos los partidos fraternizaban en aquel sitio, en irónica alegría, y en voz baja Rucar se lo hizo notar al Ministro;—los viejos autonomistas, los Mitristas, republicanos y cleri-

cales, mezclados con los elegantes del partido Nacional triunfante, de patillas negras y rubias bien peinadas, sorprendidos de verse en aquel sitio coqueteando, como noveles pervertidos, pero aun llenos de vacilaciones y menos atrevidos que aquellos más antiguos que ellos, que estaban allí en su elemento como viejos carabineros.

¡Los del gran partido Nacional triunfante, y los de la *abstención activa!* dijo el Ministro en voz baja.

¡Desgraciados Mitristas! ¡Tan inquietos!

¡Y su jefe les ordena la *abstención activa!*.... que es como decirles coman con la boca cerrada,— replicó Rucar cuyo color se animaba con la sangre ajitada por una emoción de singular alegría.

¡Ah! Señor Ministro! dijo un hombre gordo, barrigón y alegre como unas pascuas, con el pelo y las patillas color barba de choclo.—¡Vos aqui!

¡Qué milagro! Y se acercaba saludando, como si él fuese el director del teatro.— Gordito y rico y con una óptima salud, con sus cuarenta y ocho años, Gonzales, que así se llamaba el personaje, pasaba todas las tardes en las antesalas de los ministros de la “Casa Rosada”, y las noches en el escenario de Colón con las bailarinas y artistas.

Vos aquí entre estas muchachas señor Ministro? repitió Gonzales.

¡Ah! os aseguro que mañana saldrá todo en la *Crónica* de “La Nación” que escribe esa sílfide de los cronistas que se llama Niño.

¡Y si cae en mano de vuestra esposa.....!

Después de todo añadió Gonzales, la verdad es que la pobre señora no tendrá más remedio que acostumbrarse.

¡El teatro Colón! ¡Ah! es nada!

¡Pues si él forma parte de la política!

¡Cuántas veces los grandes problemas ministeriales se resuelven entre telones!.....

Y Gonzales se reía á carcajadas.

En seguida se puso á explicar al ministro todos los misterios del escenario, y la historia del teatro Colón como hombre hecho á vivir eternamente en aquella pequeña provincia.

Hace treinta años, poco más ó menos, Señor Ministro, que se inauguró este teatro con el gran tenor Tamberlik.

Los empresarios de aquel entonces se fundieron. —La sociedad Bonaerense no se había resuelto á pagar los precios exorbitantes de los artistas del día. Verdad es que Tamberlik mismo jamás se le ocurrió que se pagarían en Buenos Aires cuatro mil pesos por función á uno sólo de los artistas.

Este viejo teatro, tiene también su historia política, como antes lo he manifestado.

Aquí según cuentan las crónicas secretas, debió perpetrarse el asesinato del General Urquiza, en medio de un gran baile que se ofrecía al vencedor de *Caseros*. Pero la historia más remarcable del autocrático centro de la elegancia Bonaerense es indudablemente, la que se refiere á las autobiografías amorosas.

No hay marido elegante que no tenga algo que informar al respecto.

Aquí se han establecido las bases preliminares de los compromisos amorosos de treinta años á la fecha.

Aquí ha sido en todo tiempo el gran campo de batalla donde se ha disparado más bala rasa, desde la antigua generación, que hoy se tiene hasta la perilla del ombligo para disimular los estragos del tiempo, hasta la generación ardorosa que levanta sus ideales hasta más allá de lo imposible.

¡Ah! si el señor Ministro tuviese tiempo, le haría ver y le contaría las cosas más extraordinarias del mundo.

Si Gonzales hubiese estado relatando al Ministro anécdotas ó incidentes de un viaje al viejo mundo, no le hubiera escuchado con más gusto ni con más sorpresa.

Todo aquello, era para él un mundo ignorado lleno de atractivos y tentaciones, para aquel hombre todavía joven que á fuerza de estudio y de trabajo había llegado á la altura en que estaba y que no conocía de Buenos Aires más que lo que había entrevisto durante su vida de estudiante de derecho. El teatro de Variedades, los bailes de media caña, y los bailes de máscaras del teatro la Opera, alguna que otra vez.—Y ahora se encontraba lanzado en el escenario de Colón siendo el objeto de todas las miradas, y sintiéndose casi intimidado al verse en medio de los deshonestos descotes de las bailarinas.

¡Ah! señor ministro! prosiguió Gonzales en el colmo del entusiasmo al ver el efecto que producía su interminable charla.—Es necesario haber vivido aquí.

¡Preciso es que hagáis un paréntesis á vuestra vida de agitación.—Nada hay más divertido que esto. Este es un mundo aparte; se ve crecer á las muchachas bonitas, se acostumbra uno á verlas dando saltos en torno nuestro y algunas llegan tan alto de uno sólo, cuando no caen en algún abismo y se estropean.

¿Y se cae en esos abismos con frecuencia?...preguntó el Ministro.

¡Ah! señor Ministro, ¿qué queréis hacerle? ¡Hay tantas caídas en este oficio de levantar las piernas...!

¡Sucede lo mismo que en la política!...

...Y el célebre Gonzales se rió de la gracia, y exclamó con acento de curiosidad:

¡Hola! ¡Hola! apercibo á la jóven artista María que ha de-

butado hoy, y que viene de Rusia, precedida de una gran reputación de hermosura y de talento.

María que hace pocos años fué contratada para ir á San Petersburgo; cuando no era sinó una simple *soubrette* de tercer órden, y se fué de aquí siendo una simple nebulosa y vuelve hoy con el rango de una estrella de gran magnitud. Y el público Bonaerense, confirma esta noche con sus aplausos su rápida promoción.

Carlos, (este era el nombre del Ministro) que no la había oído todavía pero que le habían hablado de ella en el Club del Progreso, fué fuertemente sorprendido al reconocer en ella á la simple figuranta que había encontrado en años anteriores en el escenario del "Teatro de la Victoria." — Admiraba como todos su brillante metamórfosis, y creyó de su debèr ir á hacerle sus cumplimientos.

Hemos oído decir con generalidad que el prestigio de las artistas cesa en la escena donde uno puede ver de cerca, todos los horribles artificios que tienen necesidad de emplear para hermostearse.

En nuestra opinión este es un error, y si el prestigio de las artistas cesa en alguna parte, lo que es muy posible seguramente, no es en la escena. Todo lo contrario; es allí donde se muestra con todo su poder y singular fascinación. El blanco, el rojo, el negro, el azul, que emplean para la perspectiva teatral, les presta fuera de la escena, un encanto extraño y casi sobrenatural, que hace de ellas una especie de fantasmas seductoras.

Toda esa alquimia de que ellas se sirven tiene además la ventaja de ser agradable á los sentidos y esparcir á su alrededor una atmósfera perfumada que tiene su embriaguez.

Carlos encontró á la señorita María envuelta en esa atmósfera. Allí estaba de pié recibiendo con gracia y sonrisas de

reina, los homenajes de un círculo de fanáticos de corbata blanca.

El Ministro estaba espiando la oportunidad para acercarse á ella, cuando vió la mirada de la joven actriz dirigirse de pronto hacia él y que sus facciones tomaban una seriedad extraordinaria.

Ella permaneció un momento muda é inmóvil, y saliendo del grupo de adoradores, vino á tocar con la punta de los guantes el brazo de Carlos.

¡Por fin, os encuentro! dijo ella.

¡Me hace V. el honor de reconocerme señorita! dijo Carlos dominando su viva sorpresa.

Naturalmente! dijo ella riéndose y como si hubiese respondido á un pensamiento íntimo,—después poniéndose seria y mirándolo fijamente con sus grandes ojos con las pestañas pintadas;—os tengo aquí! repitió con un profundo suspiro, y bien, es preciso convenir que hay buenos momentos en la vida! Y después de una pausa agregó;—Porsupuesto vos no comprendéis nada de todo esto; ¿no es cierto?

Dios mio! señorita, perdón. . . . me juzgáis con demasiada lijereza.

¡Oh! no señor, no, yo os lo aseguro, así lo pienso, replicó María con una inflexión de voz de una dulzura infinita, pero decidme francamente.

¿Cómo me encontráis?

Embellecida.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

¡Sí repitió, pero creéis que tengo talento?

Mucho: me habéis sorprendido estremadamente, hace un momento.

Sois una gran artista.

Eh! bien! dijo ella alegremente, yo lo repito hay buenos momentos en la vida.

Hasta que nos veamos, señor.

Pero en fin, señorita, dijo Carlos, no podeis dejarme así... Hay entre nosotros un misterio, un enigma... yo no sé qué... Algo que no me puedo explicar!...

Eso será muy cierto, y muy útil esplicarlo, dijo María dando vuelta su linda cabeza.

Y me será muy grato.

Yo no sé... ¿Estáis casado, segun parece?

Carlos se inclinó con cierta gravedad.

Sobre todo, dijo ella, vos estáis casado... y yo ya soy vieja. (tenía veintinueve años) entonces podremos tratar esta historia de la juventud, como puro *enfantillage*, y en realidad no es otra cosa. Así, poneos aquí. —

Y en un rincón retirado, en un banco de jardín, hizo sentar á Carlos cerca de ella.

¿Con que recordáis haber encontrado alguna vez entre bastidores, hace unos cuatro ó cinco años á una humilde muchacha que se llamaba entonces, simplemente—María?

Lo recuerdo perfectamente. —

Imperfectamente sería mas correcto, me parece, pero no importa...

Yo no tenía entonces ni figura, ni talento, pero tenía un corazón muy tierno, muy ardiente y muy ambicioso.

Entonces ibais muchas vèces al "teatro de la Victoria" para hacerle la corte á una de mis camaradas, á una corista, y que entre paréntesis, detestaba cordialmente.

Me parecías un hombre... Cómo decir? no muy hermoso, pero sí muy bien y sumamente distinguido. Yo no me atrevía á amaros ¡gran Dios! pero me permitía admiraros — yo no era nada, sin embargo, me parece que si me hubieseis diri-



jido una palabra de bondad y de simpatía, me hubierais dado un valor de leona, y yo hubiese sido algo. — Una noche ensayé llamar vuestra atención, dejando caer á vuestros piés unas flores de mi ramo, ... unos resédanes, recuerdo,—al objeto de trabar conversación. — Pero pusisteis muy tranquilamente vuestros piés sobre mis flores, y notando lo lastimoso de mi semblante, me dijisteis — “perdón mi querida niña” — ... y seguisteis vuestro camino.

Cuando María había llegado á este punto de la conversación, un director vino respetuosamente á prevenirle que iba á faltar á su entrada en la escena.

¡Ah! Dios mio! exclamó ella levantándose bruscamente, como me he distraído tanto! y arreglando su vestido con mano activa y echando atrás con el pié la enorme cola del vestido, compuso su rostro y se precipitó en la escena. Era el fin del acto, y tenía que cantar un pasaje muy corto, pero muy dramático. — Carlos oía resonar vagamente su voz musical en medio de un silencio tal, que parecía que la sala estuviese vacía; después un grito sonoro seguido de prolongados aplausos y de llamados frenéticos.

Después de haberse presentado cuatro ó cinco veces ante el público entusiasmado, la jóven artista jadeante, anhelante; los labios entreabiertos, los ojos chispeantes, tomó las dos manos que le tendía Carlos. ; Es por tanto á vos á quien debo todo esto! dijo ella dejándose caer sobre un banco cerca de Carlos. — Ya ni sé donde estaba ... replicó ella, y como tengo que cambiar de traje en el entreacto, es necesario que abrevie. En dos palabras; en mi despecho, en mi dolor, partí para Rusia, jurando dejar micuerpo entre la nieve ó volver una gran artista. Ahora estoy satisfecha. — Esta noche ha sido completa para mí! Me voy. .

Y se levantó tendiéndole la mano á Carlos, diciendo:

¿ Os volveré á ver ?

Yo no sé verdaderamente dijo el Ministro.

Acabamos de pasar unos momentos deliciosos . . .

¿ No pensáis que todo lo que fuese de la vida real rompería el encanto ?

Es muy posible, dijo ella, dulcemente; como os plazca!..

Y desapareció entrando al camarín.

Carlos se separó de la señorita María con el propósito de reunirse con su compañero Rucar, presa de una violenta ajitación de espíritu y muy lejos de ser insensible á las seducciones de la aventura, que parecía ofrecérsele tan claramente. — En ese momento apercibió á su amigo Sanchez Boadil, quien al verlo se dirigió hacia él, y lo saludó con gran intimidad.

Carlos se adelantó y le tomó la mano afectuosamente.

¡ Al fin te veo hombre! Sabes cuanto te quiero! Tan luego tú, mi amigo verdadero, y aún ni siquiera me has felicitado . .

Eso consiste mi carísimo Ministro, en que me parece que la cartera que habéis aceptado no constituye un gran regalo, sinó que es un presente griego, después de la destrucción de Troya, en que todo hay que organizarlo. Pero puesto que tú te alegras, yo también me alegro, y te felicito de todo corazón.

Tú, mi querido amigo y Rucar, son dos originales — dijo el Ministro.

Con la diferencia replicó Boadil, que Rucar es como la buena madera, sirve para todo, para la política, para el amor; y sobre todo para la intriga.

Es una luz . . . cuidado, eh!

Y no soy más que un espectador, un simple corista.

La prueba de ello es que te ando buscando para pedirte un servicio.

¿Cuál mi querido Boadil? exclamó el Ministro con expresión de alegría.

¡Cuánto queráis!

Estoy en el palco de la señora viuda de Ramos, y me ha rogado que os presente á ella.

¿No es más que eso? ¡La señora de Ramos! dijo el Ministro. — ¿No es la viuda de un Coronel, que dá reuniones políticas?

Eso es agregó, reuniones nuevas para hacer competencia á las de la señora de Castillo, que en el 80 daba reuniones á los Rifleros y que según las crónicas obtuvo con su influencia un puesto para su marido y que conserva hasta hoy, debido á su conducta *epícena*.

Entonces te desagradará ir á aquellas reuniones, dijo Boadil.

Al contrario. — No consolidaremos la nacionalidad sinó con la ayuda de las mujeres.

¡Vamos! dijo Boadil, la política y los honores no te han hecho variar!

A mí, querido, no amigó mio, con unos años más y la calva que ya apunta; soy el mismo que en aquellos tiempos felices.

Café de París, Calle de la Florida, Club del Progreso, dijo Boadil.

Entonces soñaba yo con ser secretario del Congreso, y ¿que he logrado ser? Nada; un espectador, un transeunte, un corista, nada; verdad es que fui electo diputado en la Provincia de Buenos Aires y hete aquí que á los pocos meses, fuimos arrojados á la calle con mis cólegas á punta de bayoneta, dejando por única venganza la inscripción de la fecha de nuestra expulsión, puesta en el brocal de mármol del algibe que está en el patio de la Legislatura. Para después quedar

simple espectador por haberme metido con los *inmaculados* Mitristas.

Tú en cambio, no soñabas con secretarías, ni te embarcaste con los inmaculados, y te vemos trepado al Capitolio.

¡Trepado al Capitolio! dijo Carlos.

Y trató de hacer un movimiento de modestia, como si aquella palabra no hubiese alhagado su amor propio; pero se traslucía en su mirada una alegría tan infantil, tal necesidad de dejarla ver, que Boadil no pudo menos que sonreír al ver que aquel compañero de su juventud hacía constatar su triunfo.

Vamos al palco de la viuda de Ramos, mi querido Boadil —dijo Carlos.

Tanto mas, cuanto que, si es la que ví el juéves en el Parque 3 de Febrero, al pasar, debe ser una mujer deliciosa.

Carlos se alejó del brazo de Boadil, después de haber dirigido la última mirada, al sitio donde las bailarinas seguían charlando entre sus adoradores y donde los vegetes seguían ocultando la cara trás de los clacs.

Floro de Rucar, para despedirse de su amigo el Ministro, se separó con Gonzales de una de las primeras bailarinas, que sonreía colorada como la grana, por que Gonzales le había dirigido, tocandoie el seno, con sus enormes dedos, una porción de piropos de un verde subido.

Lo felicito, Señor Ministro, por el idilio con María — dijo Gonzales, dirigiéndole una mirada llena de malicia, y deseo, agregó, que Venus os sea propicia. Ya sabéis! que si en algo puedo seros útil estoy á vuestras órdenes.

Hasta mañana Carlos, que te veré en el Ministerio, — dijo de Rucar.

En el momento en que el Ministro se disponía á salir del escenario tropezó con un hombre de aspecto grave, de frac negro, todo abotonado, el cabello entrecano, ojillos de

avispa, el cual penetraba, mirando para todas partes como ratón que ha perdido la cueva.

El ministro lo miró involuntariamente y no pudo menos de exclamar con alegría, al reconocer á un exdiputado al Congreso que en el año 80 no fué á Belgrano, y se quedó con los insurrectos, razon por la cual lo echaron á fuera.

¡Hola! ¡Hola! Doctor Lopez.

El doctor sacudió el cuerpo como si le hubiesen tocado la parte más delicada y de colorado que estaba se puso lívido hasta el blanco de los ojos, al ver que el Ministro le alargaba la mano con toda amabilidad.

Sanchez Boadil que ya se había reunido á Carlos, se torcía de risa.

Las dos categorias se encontraban una frente á la otra, entre las coristas y bailarinas, dos excelencias, una sonriente, otra muy grave, espuestas á las miradas y risas burlonas de toda aquella gente.

¡Os he tomado infraganti; querido doctor,—dijo el Ministro divirtiéndose al ver á Lopez todo turbado, metido en su frac, y con sus ojillos saltones y más triste que un Viernes Santo.

¿A mí balbuceó Lopez. . . . Mi estimado Ministro venía. . . al solo objeto de hablaros.

¡Aquí!

Verdad!

Si. . . . deseaba que cambiásemos ideas sobre un proyecto muy importante relativo al voto secreto en los comicios, que tenía para presentar al Congreso. . . .

He pensado en vos, mi querido Ministro, porque sé que siempre habéis pertenecido al gran partido Liberal y no tenéis afinidades con la gente de la nueva situación, y me imagino que si habéis aceptado la Cartera del Interior, ha sido para

hacer el bien y mejorar en lo posible la situación, pues bien véis que los gobiernos, tanto el general como los provinciales son más bien personales que otra cosa.—El derecho libre de votar, para la elección de los funcionarios no se ejecuta por la mayoría y solo los mandones son los que hacen y deshacen á su antojo. — El derecho está cohibido por aquellos que se créen soberanos para gobernarlo todo. — Y lo peor del caso es que los mashorqueros nos invaden.

El Ministro contenía apenas la risa. Lopez, que parecía un monigote lanzaba miradas llenas de fósforo hacia el sitio donde estaban las artistas, riendo de las gracias de Gonzales.

Algunos reporters presumiendo que iban á pescar allí un tema interesante para sus diarios, daban vueltas en torno del Ministro de hoy y del diputado de ayer.

Sanchez Boadil estaba gozando al ver el aire campanudo del Dr. Lopez que se frotaba las manos, y que procuraba disimular su cólera, dejando adivinar en su risita sarcástica el inmenso placer que hubiese tenido en estrangular á su interlocutor.

Y bien mi estimable doctor, en otra ocasión hablaremos de vuestro importantísimo proyecto. — Me parece que eso del voto secreto para las elecciones, es una cuestión bastante escabrosa. . . . .

. . . . Y en cuanto á la invasión de los mashorqueros, puedo anticiparos que todos han muerto. . . . .

Los hizo fusilar un Gobernador que conocéis mucho. . . . .

Hasta otra vez!

Hasta otra vez Señor Ministro, respondió Lopez, haciendo un esfuerzo supremo por parecer amable.

Sanchez Boadil se llevó del brazo al Ministro, maldiciendo, á la par que sonreía burlonamente.

¡Vaya, Vaya. . . . . con el monigote!

Le han cerrado las puertas del Congreso; pero se ha metido en el escenario de Colón!. . . . .

Parece, respondió el Ministro, que este sitio es el consuelo de los caídos. Las piernas de las bailarinas son siempre un lenitivo agradable!. . . . .

¡Bah! añadió, no es caer tan mal, caer cobijándose á la sombra de las bailarinas.







A señora viuda de Ramos, esperaba la presentación del ministro del Interior, con una agitación nerviosa. — El telón acababa de caer al final del segundo acto; la platea estaba casi desierta; Boadil evidentemente debía haberse reunido con el Ministro, pero ni al uno ni al otro veía por ninguna parte.

En ese momento llamaron á la puerta del palco. — El señor Garzón, que era de la intimidad de la viuda, estaba en el palco con su señora, acompañando á Casilda, y medio dormido se había levantado para ver quien era. Y se encontró con un antiguo amigo de la viuda.

Casilda lo recibió como pudo. Estaba inquieta, impaciente, se daba golpecitos en la mano con el abanico de nacar del oriente, oyendo ejecutar á la orquesta los preludios del tercer acto.

¡ Por lo visto ! Boadil no ha encontrado al Ministro ó no ha obtenido nada . . . !

De pronto la puerta del palco se abrió de par en par, apareciendo la elegante figura de Boadil, que desapareció enseñuida para dar paso á un hombre que sonreía con suma amabilidad, y el cual entró saludando, cuando Boadil hubo dicho á la señora de Ramos:

Tengo el placer de presentaros á mi amigo el señor Dr. Carlos Oriburo, ministro del Interior.

La viuda transfigurada de alegría no veía más que al Ministro.

Levantóse con esquisita coquetería retirando su silla, y al

entrar el Ministro, Casilda y la señora de Garzón, pusieron de pié y se inclinaron para saludar al Ministro, Casilda radiante de alegría y la señora de Garzón llena de curiosidad, mientras que su marido seguía todavía medio dormido.

El Ministro tomó asiento al lado de Casilda con la desenvoltura de un hombre de sociedad, y aquella visita hecha á pedido de un amigo, á una mujer hermosa y galanteada, parecía la consecuencia natural de aquel triunfo de la nueva posición que lo halagaba por completo.

Sentíase también allí en una atmósfera de simpatía y admiración; aquellas dos mujeres jóvenes y bonitas que le sonreían con amable gratitud, y aquella Casilda le parecían seductoras, sobre todo cuando esta última con esa gracia especialísima de las argentinas, le dijo :

No sé como agradecer á mi amigo el doctor Boadil, que os haya decidido á venir á escuchar mi súplica.

¿ Una súplica señora? contestó el Ministro, con un tono que parecía estar accediendo á la súplica enunciada.

¡ Dios mio! señor Ministro, se trata de que honréis mi casa con vuestra presencia, en una reunión de mucha confianza.

¿ Una reunión? preguntó el Ministro sin dejar de sonreír.

¿ No os ha dicho nada el Doctor Boadil?

Nó señora, pero Boadil, es muy amigo mio, y sé y estoy cierto que lo ha hecho con toda malicia, para no privarme del placer de escuchar de vuestros labios cualquier pedido, que pueda hacer en vuestro obsequio.

Pues bien, señor Ministro; la señorita Edelmira Jacobson tiene la bondad de venir á mi casa el lunes próximo, á dar una conferencia de declamación. — Y estoy cierta que se alegrará infinito de contar entre sus oyentes. . . .

El Ministro la interrumpió para evitar el cumplimiento que esperaba,— conocía á la señorita Jacobson y la había encontrado en otro tiempo en casa de un médico amigo suyo,— era una niña de talento y declamaba muy bien ¡Y agradableísima!

Y siguió charlando y haciendo semblanzas ingeniosas, y Casilda aprobándolas con un movimiento de cabeza como si las aplaudiera.

El Ministro sentía placer en hablar, en mostrarse ingenioso, en contestar con sonrisas á las sonrisas de sus interlocutoras. Veía desde el palco donde se encontraban aquellas dos bellísimas mujeres, una rubia y otra morena, la gran sala de Colón resplandeciente de luz, llena de cabezas.

Y de aquella gente elegantísima, de aquellos palcos donde se veían descotes de encantadoras mujeres, con flores en la cabeza, con los resplandores que se escapaban de las facetas de las piedras preciosas, se desprendía como poco antes había sentido, cierta embriaguez, cierto perfume de mujer en la irradiación de una luz *del sol naciente*.

Un encanto extraordinario envolvía aquellos esplendores del teatro, y el lujo de Colón, contemplado así desde el fondo de un palco, le parecía el coronamiento de una eterna apoteosis y como una fiesta celebrada en honor suyo.

En la cándida franqueza de su alegría y satisfacción, sin darse importancia, hablando con aquellas señoras, con Boadil, con Garzón, como si hablase consigo mismo, daba rienda suelta á las alucinaciones y á sus proyectos. — Y á las felicitaciones que le hacía Casilda, contestaba con la teoría del desprendimiento,

De manera señor Ministro — le decía la viuda — que tenéis grandes proyectos.

... ¡En verdad no he aceptado la cartera del Interior sinó

á objeto de hacer el bien. Si no hemos de hacer nada mejor que nuestros contrarios, no valía la pena de haberlos derribado.

Ah! diablos! dijo Boadil, repitiendo las palabras del Dr. Avellaneda, cuando le anunciaron la renuncia del Gobernador Dr. Tejedor. — *Cayó el coloso y cayó sin ruido porque era de barro!*

Hemos hecho uno de *Roca* y listo será el que lo derribe— dijo el Ministro sonriéndose.

En ese instante el pensamiento de Carlos volaba hacia Sofía, aquella mujer joven y linda que era su esposa y que en aquellos momentos estaba esperándolo en la suntuosa morada donde acababan de instalarse.

Estaba impaciente por ir á reunirse á ella, para contarle todo lo que había hecho aquella noche, y apesar de esto, permanecía allí sin atreverse á despedirse de la señora de Ramos, la cual con ese instinto que tiene la mujer, comprendió que la conversación languidecía.

Espero el duo y me voy— dijo á Boadil.

Carlos no dijo nada, pero esperó que Casilda se levantara y se pusiera el tapado para ofrecerle su brazo y conducirla hasta su carruaje.

Boadil iba detrás de ellos, dando el brazo á la señora de Garzón, cuyo marido iba solo y con aire fastidiado.

Carlos acompañó á Casilda hasta su coche.

La viuda al despedirse le preguntó:

¿Me hará la señora del señor Ministro el honor de acompañarnos el dia del recibo en mi casa?

Muy pronto prosiguió, me tomaré la libertad de visitarla para rogárselo.

El Ministro la saludó con aire complacido.—Casilda le dió nuevamente las gracias, con una sonrisa encantadora.—Levantó la ventanilla de cristal y el carruaje, se puso en marcha.

¡Adios! dijo Sanchez Boadil al Ministro.

¿No quieres que te lleve? le contestó Carlos.

Gracias, prefiero ir á pié.

El Ministro se volvió á la señora de Garzón, que se inclinaba para despedirse, en tanto que el marido saludaba á Carlos con toda humanidad.

¿Queréis que os deje en vuestra casa?

Lo agradezco infinito, señor Ministro, tenemos aquí el carruaje.

Despidióse nuevamente de Boadil, diciéndole: te espero mañana á almorzar.

No dejaré de ir—respondió Boadil.

¡A mi casa! dijo el Ministro al cochero, subiendo á su carruaje.

Y se extendió en los cojines con toda voluptuosidad—Todas las peripecias de aquella noche se le venían á la cabeza, aún iba bajo la influencia del perfume perturbador del escenario de Colón, y en su imaginación llevaba el recuerdo de los incendiarios ojos de aquella artista María.—Y por último la voz acariciadora de Casilda.—Todos estos recuerdos acudían á su mente en tropel.

¡Si! Subido al Capitolio—se decía, repitiendo las palabras de Sanchez Boadil.

¡Subido al Capitolio! ¡Y era verdad!

Ministro! Parecía imposible! . . . . .

Mandaba todo un mundo de agentes y funcionarios, chicos y grandes. Movía él toda la maquinaria administrativa. Él, el novel abogado que años anteriores apenas soñaba con ser cuando más una gloria de la Provincia.

¡Ahora verán su valer! Verdad es que antes del instante actual, allá en sus informes en el tribunal del foro, y luego cuando la revolución, y durante el período electoral, y espe-

cialmente después del 80 durante las apasionadas campañas políticas, en el Parlamento, en las Comisiones, había hecho sus pruebas, mostrando sus condiciones de orador y de estadista.

Fuera casi de la semioscuridad en que vivía á la luz del *sol que se levantaba*, iba por fin á mostrarse lo que era y lo que valía.

Los mejores sueños de Carlos veíanse realizados! . . . .

Y en tanto que el coche lo llevaba al trote de los caballos, hacia la casa Calle de Corrientes.—Casilda envuelta en su tapado, se decía perfectamente indiferente hacia el hombre, pero entusiasmadísima por haber conquistado al Ministro para sus recibos.

¡Parece muy niño el nuevo Ministro! Pero es muy distinguido y simpático, y de agradable sociedad.

La puerta cochera de la casa del Ministro se abrió para que pasase el coche, y éste se detuvo al pié de la escalinata que conducía á sus habitaciones.

Carlos subió rápidamente las escaleras, dejó el sobre todo en la antesala, y penetró alegre en un pequeño salón, en el cual, bajo la luz de una lámpara con pantalla color rosa, su esposa lo esperaba leyendo; y al apercibirlo dirigióse á él aquella preciosa criatura fresca y sonrosada.

Al ver á su mujer que le sonreía con faz amorosa, al oír aquella dulcísima voz, que le preguntaba con acento de inquietud:—¿Como te ha ido? Tomó entre sus manos aquel rostro encantador é imprimió en él un largo beso apasionado, febriciente.

Me he divertido mucho, mi adorada Sofía! pero encontraba un vacío. . . . .

Toda la simpatía de que me veo rodeado, toda la favorable impresión que parece ha producido el nuevo Ministerio, y

hasta los gestos de los adversarios, me son gratos y me divierten.

Pero al mismo tiempo—¿no sabes lo que pienso ahora que he subido?

¿Qué es en lo que piensas? dijo la joven esposa, fijando una mirada dulce y tranquila en los febricantes ojos de Carlos.

¿En qué? En un mundo de cosas, pues, no basta ser Ministro, es necesario ser un gran Ministro, un hombre de estado! ¡Oyes mi adorada Sofía! Y había tomado las manos de su esposa entre las suyas, y la joven dirigía una mirada de estraña admiración á aquel muchacho delirante de esperanzas.

En medio de su alegría inmensa, Carlos experimentaba, sin embargo, la ansiedad del deber que tenía que cumplir, y ambicioso más de otras cosas, que del poder, que había gastado su vida en las luchas parlamentarias, veía correr el tiempo sin avanzar hacia sus ideales.

Después de esas luchas, para él como para todos los de su generación, los años habían pasado como un relámpago, bruscamente; después de haber dormido una larga siesta, despertaba asombrado de haber llegado á los malditos cuarenta años!

Apesar de la posición que se había conquistado en su partido, entre el grupo de los amigos, soñó con ser más aun, fastidiado de desempeñar roles secundarios y ávido de figurar en primera línea. En el hogar encantador que formaba con Sofía, era completamente feliz. Ella lo calmaba, traía sus entusiasmos á la realidad, espantábase á veces de sus desfallecimientos y de sus raptos de cólera, y sobre todo de sus ilusiones sobre las cosas y los hombres.

Carlos le reprochaba que le cortara el vuelo á sus sueños.

¿Yo? decía ella: ¡á lo que le corto el vuelo es á tus ilusio-

nes! ¡Qué presuntuoso eres! Y Carlos sonreía y la miraba, fijando la vista en los hermosos ojos de aquella joven tímida y ella se sonrojaba como si se avergonzase de haber mostrado más ingenio que él.

Para ella, no había mayor placer que ser la amiga leal de aquel hombre á quien consideraba superior á ella, y solo el instinto de su amor hacia todo aquello, pues ella era completamente ajeña á todas las intrigas políticas, y sin embargo en ciertos casos, era la más sabia y previsora consejera.

¡Te amo tanto!— le decía con la profundidad del sér que no tiene en el mundo más que un afecto, un pretexto para amar.

El no veía de esta vida, más que las alturas; su juventud inutilizada, sus esperanzas defraudadas, sus temores, el disgusto que amenudo le inspiraban los sinsabores de la política.

Aunque se veía mimado, idolatrado por su esposa, encontraba un vacío y que algo le faltaba á su vida, deseaba tener un deber cívico que llenar.

Y, sin embargo sonreía siempre, enamorado de aquella Sofía que era una sensitiva con sus sustos y candideces de niña, acostumbrada á la soledad silenciosa de la casa de sus padres, y ahora en la casa de su marido, en su escritorio, arreglando sus papeles, los proyectos de ley, trataba de envolver dulcemente á su querido Carlos en la inefable felicidad de su honrado hogar.

Cuando un dia, inesperadamente, en aquella casa cayó como una bomba la noticia de una crisis ministerial.

Carlos llegó á su casa ya tarde, nervioso, y como azogado, con señales de alegría á la vez.

Le habían dicho que se hablaba de él para formar parte de una combinación ministerial,— su último discurso sobre



política interior, lo había puesto de relieve más que nunca y se aseguraba que había influido poderosamente en la favorable solución.

¡Ministro! Podía ser Ministro de un momento á otro! Su círculo triunfaba.

El señor Ortiz, distinguido abogado, á quien todo el mundo indicaba para futuro Presidente de la Cámara de Senadores, era su amigo político. — Y, en efecto había influido, y tratado para que se le confiase á Carlos una de las carteras más importantes, — la cartera del Interior.

Carlos relataba todo esto á su idolatrada Sofia, durante la comida.

El grupo de sus amigos políticos se reunía esa noche. Y, tenía necesidad de apresurarse para estar á la hora indicada.

Sofia lo encontraba demudado y sentía una sensación indefinible, alegre evidentemente, pero no exenta, sin embargo, de cierta inquietud. La política le arrebatava frecuentemente y por tan largos intervalos á su marido, que la pobre se veía condenada á vivir casi en la soledad y temía que esto durara siempre. Pero todas sus aprehensiones desaparecían ante la satisfacción de Carlos. Tenía fiebre de impaciencia.

Se imaginaba que jamás se había visto en un momento tan crítico.

El timbre de la puerta de la calle resonó repentinamente en medio del silencio que reinaba en el comedor.

Un criado apareció por la puerta y entregó á Carlos en una bandeja de plata, una carta que venía con calidad de urgente.

Carlos conoció el sello de la Secretaría de la Presidencia. Era el Secretario privado del Presidente de la República quien le escribía.

Sofia vió que su marido se inmutó al leer aquella carta, que

Carlos le entregó después de una mirada impregnada de inefable gozo.

¿Has leído? ¡Esto es un hecho!

Sofía estaba sumamente emocionada.

El Secretario del Presidente le anunciaba á Carlos, que la combinación ministerial había triunfado. — El Presidente esperaba en la Casa Rosada á los nuevos ministros, — ofrecía á Carlos la cartera del Interior.

¡Ministro! dijo Sofía también muy complacida.

Carlos se levantó, y volvió á tomar la carta maquinalmente, en tanto que parecía buscar algo.

Que me traigan un coche

Sofía estaba llena de admiración y miraba á Carlos como si de pronto hubiese sufrido una transformación completa. Todo su sér respiraba satisfacción. Besó á su mujer con cierta especie de frenesí, y salió luego bajando la escalera como una exhalación.

Aún duraba el entusiasmo de la política en el momento en que Carlos engolfado, viéndolo todo fácil, paseaba su curiosidad por el escenario del teatro de Colón, donde lo hemos conocido. — Entraba en el poder con todos los buenos deseos y con una fé ciega. — Se imaginaba que iba á regenerar toda la administración y que iba á cortar de raíz todos los abusos.

Es difícil ser Ministro, — decía sonriendo, — pero es muy fácil ser un buen Ministro.

Basta solo un poco de voluntad.

Y, poder serlo, — le respondía su amigo Sanchez Boadil con cierta ironía.

¿Cómo poder serlo? Pues si era la cosa más fácil, puesto que Carlos tenía en sus manos las riendas. . . . Si los antecedentes habían defraudado las esperanzas de los amigos era

por no haber tenido el valor cívico bastante, y por no haberse atrevido, ó por no haber sabido hacer las cosas!

Como se ve Carlos entraba osadamente como un simpático tirano en aquel ministerio, queriendo reformarlo todo; y hacer todo de nuevo; y acometido del vértigo de los neófitos, tropezó con infausta sorpresa desde los primeros momentos, con obstáculos de detalle, con los inconvenientes de la poca práctica de los negocios, y dificultades en los engranajes de la gran máquina de la administración.

¡Bah! ya llegará á su objetivo. — Era todo cuestión de tiempo y tener un poco de paciencia.

¿Tiempo? ¿paciencia? ¡ya! replicaba Boadil, eternamente burlón.

No se hizo el mundo en un día y no se ha de pedir que el partido que está en el Gobierno resuelva en veinte y cuatro horas todos los problemas de la época.—contestó Carlos.

Desde la Administración del General Sarmiento, ( á quien la oposición clasificaba de loco, apesar de ser un loco bastante cuerdo ) á la fecha, el país ha realizado grandes progresos y ha de ser un pesimista recalcitrante el que no se dé cuenta de ellos.

En el orden material, — prosiguió el Ministro, ahí están los centenares de millas de líneas férreas, cuyas cabeceras se aproximan á Mendoza por un lado, y á Salta por otro, precedidas por el telégrafo que envuelve en su red toda la República.

Los indios han desaparecido y poco á poco se ha ido asegurando la propiedad y la vida en la campaña.

En el orden político avanzamos con paso seguro, afianzando las instituciones y el orden, y mantenemos el primer puesto entre las Naciones Sudamericanas.

Los caudillos han desaparecido del escenario y muchos

años han de pasar antes que se intente reabrir un nuevo período revolucionario.

La autoridad Nacional es el poder supremo del país; como hecho y como derecho, y se siente ya que van á desaparecer las antiguas rivalidades seccionales que han amenazado desmembrar la Nación en pos de cada turbulencia, se ha resuelto la cuestión capital y la opinión pública atestigua que salvo errores ó dificultades de detalle, la solución dada es la que conviene á los intereses permanentes y á la grandeza futura de la Patria.

Rivadavia, Urquiza y Mitre, fracasaron en la tentativa de resolver el gran pleito en favor de la Nación: pero al fin triunfó el que creían más débil entre todos nuestros hombres de *Estado*.

La marcha de las cosas humanas está llena de oportunidades históricas que los hombres de vista corta dejan pasar indiferentes, pero que aprovechan los estadistas de verdadero talento práctico.

La insurrección fué la oportunidad histórica que el joven Teniente General Julio A. Roca con ojo avisor supo percibir y aprovechar admirablemente para entregar en propiedad perdurable á la República Argentina la disputada ciudad de Buenos Aires.

Queda todavía mucho que hacer, pero la obra no excede nuestra capacidad, ni presenta dificultades como las que se han vencido. Nos quedan al frente cuestiones administrativas y económicas de alta trascendencia para resolver sucesivamente y con prudencia; las abordaremos con calma y atención.

El Congreso de 1880 llenará una página de la historia Argentina por su actitud en defensa de la autoridad que representa, y por haber sancionado la ley que estableció definitivamente la Capital de la República.

El de 1881 tiene que completar su última obra con leyes sabias y bien inspiradas, aprovechando las lecciones de la experiencia propia y estraña.

Ahora es cuando yo podré demostrar lo que valgo, poco ó mucho. Ya verás mi querido Boadil, ya verás lo que he hecho y lo que soy dentro seis meses.

¡Dentro de seis meses!

---





ANCHEZ Boadil habitaba en la calle de Balcarce una casita, que formaba esquina y que tenía sus balcones con vistas al río. Había encargado á un tapicero que le arreglase aquel nido de soltero — nido donde las citas amorosas se sucedían con frecuencia, como también las políticas, mezclando así lo útil con lo agradable.

Boadil vivía alegremente, dejando que Carlos, su amigo íntimo, su antiguo compañero en las luchas electorales, persiguiera los goces de la política, y saborease como él decía con su habitual tono de chacota, *las amargas del poder*, para perseguir él lo que había de más tentador que eran las mujeres, los placeres, las aventuras, y la política la tomaba como mero entretenimiento y para ayudar á su amigo Carlos.

Había derrochado sin lamentarlo después, dos herencias considerables; había probado ser estanciero; había ganado dinero para después gastarlo; era conocido de todo el mundo; siempre amable, querido de las mujeres, respetado de los hombres, de familia distinguido, había podido cruzar todas las peripecias de la vida sin mancharse en ninguna. En fin había corrido el mundo, como se dice vulgarmente y hasta se había encontrado en los campos de batalla, combatiendo siempre por la Nacionalidad.

En la actualidad, con un poco de dinero, y viviendo bien consu profesión de abogado, con el corazón bien dispuesto, juzgando á los hombres con arreglo á su talento, las acciones

según los resultados, y á las mujeres según el estado de sus vestidos. Joven, á pesar de sus cuarenta años; y hasta pretendiendo que es la mejor edad de las buenas fortunas y de las conquistas, vivía y tomaba los tiempos como son, pensando juiciosamente que después de un día de borrasca, viene un buen sol y todo lo disipa.

Boadil había pasado parte de la noche anterior, después de haberse separado de Carlos, en su estudio situado en la calle de San Martín, trabajando un alegato cuyo termino se vencía al día siguiente, y después de terminarlo se fué á su casa habitación en la Calle Balcarce. Quedose dormido leyendo una novela que le había enviado, Lolita Larraza, obra *profundamente filosófica*, . . . pero que destilaba fastidio, y despertó bastante tarde, con la cabeza algo congestionada. Abrió un postigo de la ventana de su dormitorio y vió que el cielo estaba encapotado y anunciaba lluvia.

¡Mal tiempo! me alegro — dijo Boadil, así no vendrá nadie.

Que no estoy en casa—añadió luego, dirigiéndose al sirviente. Con un tiempo como este ño puede venir nadie, que no sea algún agente electoral para pedir plata.

Había acabado de almorzar, y esperaba el café que humeaba en una maquinilla de plata cincelada, cuando á pesar de la orden que había dado, el sirviente entró con una tarjeta de visita.

No es un agente electoral, Señor.

Boadil tomó la tarjeta con fastidio, creyendo á pesar de la opinión de su sirviente, que iba á ser importunado, y poniéndose el lente, leyó el nombre escrito en la tarjeta dejando soltar un ¡diablo! ¡¡diablo! y lleno de sorpresa, dijo levantándose:

¡Que entre!



Se sacó la servilleta que tenía sujeta al cuello de seda de su camisa de mañana.

En el momento en que acababa de hacer esta operación, una mujer separaba la cortina de seda de Esmirna que había en la puerta del comedor, mirando á Boadil y diciendo con voz clara:

¡Buen apetito Boadil!

El se dirigió á ella tendiéndole la mano.

La jóven soltó la cortina de seda y puso su mano en la de Boadil, y miró á éste fijamente, sonriendo.

Mi aparición os ha sorprendido . . . . . ó asustado . . . . . ¡eh! Pues creed amigo mio, que lo siento en el alma el . . . . .

¿Sentirlo en el alma? Pues que no es esta vuestra casa amiga mia? y no estáis persuadida . . . . . bien persuadida del gran placer que me causa vuestra presencia?

¿No me esperábais? dijo ella después de unos instantes.

Confieso . . . . .

Bien puede asegurarse que no pensábais en mi.

Boadil hizo el ademán de inclinarse para darle un beso por toda respuesta, pero desistió y permaneció inmóvil mientras contestaba.

Sois injusta, porque pienso en vos con mucha frecuencia. Anoche no he hecho otra cosa, al ocuparme de vuestro asunto, que ya toca á su fin.

Ella con una mirada en torno suyo, había pasado revista de todos los muebles del comedor, de los cuadros, y de los objetos de platina del aparador, y extendiéndose en la butaca, dijo:

¡Qué bien instalado estáis! La verdad es amigo mio que siempre habéis tenido muy buen gusto.

Ahora lo tengo un poco relajado, no lo tengo tan bueno

cómo antes, mi querida Sara—dijo dando á estas palabras cierto tono de galantería.

Sara hizo una mueca y se hechó á reir.

¿Me encontráis muy cambiada? preguntó repentinamente.

Sí, mucho más hermosa.

No lo creo.

Mi palabra de honor. Estáis deliciosa.

Que audacia para mentir ¡Dios mio!—dijo Sara con una de sus alegres carcajadas fingidas, que esta vez era un poco nerviosa.

El la seguía contemplando con cierta curiosidad.

La alegre llamarada que salía del aparato en que se hacía el café, reflejando en aquella mujer, encontraba su tez pálida y daba á sus vivísimos y expresivos ojos, un aspecto singular. Ella medio volvía hacia él su elegante busto, mostrándole la nariz un poco aguileña, y muy graciosa, la boca pequeña, y labios finos, de una sensualidad irritante, y algo contraidos por una sonrisa que parecía el signo de una invitación amorosa. Se había quitado su abrigo, bastante usado, dejando ver su robusto cuerpo, aprisionado en un vestido que dibujaba sus seductoras formas; salían de su enhiesto y blanquísimos cuello reflejos dorados algo ocultos bajo sus abundantísimos cabellos rubios.

Se veía en Sara una extraordinaria elegancia natural, una delicadeza de maneras que no concuassaba con el traje bastante usado, como si fuesen los restos de la antigua opulencia, y Boadil que sabía darse cuenta en seguida de la situación pecuniaria de las personas que trataba, presumió algún apuro en aquella mujer, á quien antes había visto brillar, en medio del ensordecedor bullicio de una vida de locura, de un lujo efímero, apagado ahora como si hubiese sido en efecto un fuego fátuo.

¡Sara Winter!

De todas las mujeres que Boadil había encontrado en su camino, aquella era sin disputa la que más había querido con un amor absoluto. Sara no era un ángel caído, era una refractaria, una mujer independiente por carácter, indómita, sublevada contra la sociedad, relativamente pobre para casarse y demasiado soberbia para aceptar resignada lo humilde de su destino.

Huérfana, educada en el Colegio de las Hermanas Irlandesas. Salió de allí después de la muerte de la madre, á vivir á cargo de su tío D. Miguel Low Winter; un escultor y químico solemne, por decirlo así, que no se preocupaba de nada ni de nadie, más que de la química, de su arte y de oír misa todās los días, confesarse, y concurrir á las novenas de noche, y que no hablaba más que de su arte y de la moralidad, y el cual á la sombra de su propia conciencia, había dejado que Sara se desarrollara libremente, como el veneno en las plantas y á su lado, en aquella atmósfera viciada de viejo solterón, adquiriendo anhelos locos y constantes; Sara había vivido siempre con los apuros de la joven mal acomodada, pobre á pesar de tener una gran fortuna, cuyos instintos todos, la impulsaban invenciblemente á la molicie del lujo.

Había crecido en medio de una estraña mezcla de modelos y estatuas del taller y de retortas para los experimentos químicos.

En el estudio del escultor y del químico había algunos libros. Sara los leía todos ávidamente. Miraba con curiosidad los modelos desnudos, que enseñaban los brazos, las piernas, y algo más.

Había sido mujer muy pronto, sin que el tío advirtiese que podía comprender las cosas y juzgar de ellas.

Aquel infeliz fanático entregado por completo á la mística

y á sus obras, en las cuales la escultura se convertía en una nebulosa, según él aseguraba, filosófica y demostrativa; aquel pensador cuyas obras eran enigmas, no se acordaba que tenía á su lado una criatura que crecía apasionada á su vez por ilusiones quiméricas, atraída por el abismo; pero buscando no el lado desconocido de las nubes, sinó lo ignorado de la vida, el secreto de los sueños que la perturbaban y las tentaciones que la ponían febriciente.

Si alguna vez bajando de su nebulosa hubiese llegado hasta la tierra, el tío Winter, habría podido leer fácilmente en el fondo de la mirada de Sara chispazos de ardor y en sus movimientos algo de inquietante.

Pero aquel hombre gordo y flemático, no se preocupaba de semejantes cosas y dejaba crecer á Sara á la de Dios que es grande, á aquella criatura por instinto viciosa, aburrida y apasionada, que era su sobrina.

Condenada eternamente al aislamiento, la pobre joven, permanecía á veces horas enteras sobre cualquier libro que encontraba á mano, pálida, con el corazón apretado, en cuyos ojos se adivinaba un pensamiento extraño, ó bien asomada á la ventana y persiguiendo distraída una visión cualquiera, allá á la altura de las nubes.

La casa que habitaba estaba situada en un barrio silencioso y triste, donde no se percibían más ruidos que el de algunos pasos. Ahogábase detrás de los cristales de aquella casa, y, para Sara, el único horizonte que su mirada abarcaba era la fachada de un caserón que anunciaba ruina, que estaba frente á su casa, donde iban á estrellarse sus pensamientos.

¡ Ah! ¡ Huir, escaparse al egoísmo y á las teorías falsas de Winter, y sobre todo de las novenas y sermones, y vivir la vida ardiente de las que son libres, amadas con fortuna y dichosas!

Sara se hacía mujer acariciando continuamente esa dulce ilusión.

Experimentaba frecuentemente, en el fondo de su alma, el vacío de hiel de las melancolías, la tristeza penetrante del aislamiento absoluto, y sueños irrealizables y angustiosos por lo tanto.

Así iba pasando su vida, con el cuerpo y el alma aprisionados en aquella casa de donde no salía sino para ir á dar una vuelta por el paseo de la Recoleta del brazo de su tío, ó para ir á alguna novena, ó á un sermón del jesuita Jordán, y volvía con dolores de cabeza abrumadores, y con una vilo lenta y sorda cólera contra su destino.

Prefería la casa lóbrega de su tío, con sus divanes viejos, con los tapices que se caían á pedazos, allí al menos estaba sola, frente á frente consigo misma trabajada por los temores del porvenir.

Aquella virgen de cuerpo que no conservaba ni una sola de las virginidades del espíritu, podía replegarse sobre sí misma y preguntarse donde iba con aquella existencia en medio de su soledad y de su pobreza.

Carecía de bienes, aunque su padre al morir le había dejado una gran fortuna, pero se la habían usurpado, como lo vamos á ver mas adelante.

¡Ah! pobre Sara! Cuántas amarguras y que sacudimientos dolorosos los que la habían trabajado ¿Cuál será el final de semejante vida? El matrimonio? Pero ¿quién la había de pretender? Algunos de aquellos tipos que frecuentaban la casa de su tío, con sus ideas remisas, y sus trajes desatinados? Salir de las brasas para caer en las llamas, ser la mujer de uno de aquellos beatos, repelentes y apestando á rapé? Al solo pensarlo, todo el cuerpo de Sara se estremecía.

Con los ojos cerrados, tendida en un sofá, más viejo que:

Matusalén; con su hermoso cuerpo acariciado por la blanda brisa que penetraba por la puerta de la titulada sala, soñaba despierta, y seguía soñando. El despertar, fué una locura, una gran calaverada, una fuga. . . .

Había pasado por la casa de Sara y la había seguido por todas partes, un hombre más atrevido que los demás, y que no era otro que Raul Lebretón, aquel personaje raro que conocimos en el teatro de Colón; el perseguidor de aquella desconocida que era Sara Winter acompañada de su tío, y de una niña que habían criado. En el cotidiano contacto, incendió su amor en la estraña llama de sus impúdicos ojos de virgen.— Con una sola mirada se entendieron.

El encuentro con este loco decidió del destino de aquella joven, sucumbió no por ignorancia, ni por curiosidad sino por rabia; y por el afán de desafiar á la suerte. Puesto que era una desgraciada que estaba puede decirse sola en el mundo sin afecciones, sin amores,—se decidió á sacudir el yugo de una vez y definitivamente. ¡e Ssublevaba en toda regla! . . . y huyó con la primera figura de Cristo que se le puso por delante.

El *malhechor* era un muchacho valiente y con talento, raro, estrafalario, sediento de placeres, que se enamoró perdidamente y lució orgullosamente su conquista, y lanzó á Sara en el torbellinó de las queridas vulgares, y hubiese hecho de ella una mujer perdida, si la inteligencia superior, la voluntad y el disgusto mismo de aquella insensata no hubieran dominado, á la par que á su primer amante, al fin desastroso que la arrastraba.

Winter al saber la fuga de su sobrina, apenas experimentó una vaga sorpresa. ¿Cómo no había pensado jamás ni pasado por su mente lo que se ajitaba en aquella cabeza? Luego quien conoce á éstos diablitos de mujeres, ni siquiera los

mismos que les dan el sér? Y, después de estas reflexiones volvió á sus ilusiones sobre la química, y la superioridad del arte.

Por otra parte, —añadía el químico— Sara se había sometido á la ley natural. La más completa libertad para todos; esta era otra de las teorías de Winter. — Puesto que según le había dicho el abogado, Sara era mayor de edad, podía disponer á su antojo de su destino sometiéndose á una sanción social, severa, de su conducta, prosiguió el tío Winter fumando con una tranquilidad estóica. Ella volverá y tendrá siempre un sitio en este hogar.

Y, ya no se volvió á oír hablar en aquella casa de su sobrina, ni se volvió á pensar en lo que sería de ella.

En medio de aquella vida de agitaciones, que no era verdaderamente la de una mujer dada completamente al mundo sino la de una mujer fastidiada y despreocupada que se venga de la sociedad, Sara había encontrado á Sanchez Boadil que la patrocinaba como abogado, para recuperar su fortuna, (que un abogado beato le había usurpado), y lo había amado todo lo que ella podía amar.— Boadil la entretenía mucho, — con él hablaba de todo, se entregaba y hacía mil proyectos. ¿Por qué habían de separarse jamás? Se amaban con frenesí. Boadil, tenía un regular pasar. — Sara era una querida deliciosa, y de mucho talento, — Boadil estaba frenético por ella, y cada día iba estando más enamorado. Sara le repetía con frecuencia, y con la más profunda y sincera buena fé, que antes de conocerlo no había amado á nadie.

¿Y su primer amante? Ni siquiera un recuerdo vago conservaba de él.

No había razón ninguna para que no viviesen siempre unidos, haciendo la vida marital, dichosos con los mismos gustos y fantasías. ¿Por qué razón habian de separarse?

Pero, precisamente por esto mismo fué que Boadil se deshizo de aquella jóven esquisita. Tuvo miedo. No le veía horizonte á aquella unión. — Los tiernos lazos que lo seducían iban en camino de convertirse en cadena. Y, se preguntaba sino acabaría por casarse con Sara, cuyas aventuras conocía, y que sin embargo, lo embriagaba hasta el punto de hacerle olvidar su pasado.

Otras veces se le venía la idea de devolvérsela á su tío Winter porque sufría horriblemente, al solo pensar que Sara fuese á entregarse á otro hombre. — Pero en fin su miedo al matrimonio triunfó de sus celos.

Y, un buen día, Boadil rompió aquellos amores del modo más brutal. Una mañana aprovechó el momento en que dormía tranquilamente su amada, metió en un saco de viaje la ropa más necesaria, é hizo que un coche lo condujese al muelle de pasajeros, y huyó á Montevideo.

La pobre Sara esperimentó un pesar profundo al saber la huida. Era una esperanza perdida. — Amaba á Boadil con toda su alma, y creía que él también la amaba. ¡Huía de ella! Por qué? ¿A dónde?

En los primeros momentos de estupor tuvo la intención de seguirlo, cuando recibió una carta de él. Pero se convenció que Boadil, decidido á abandonarla, se servía de otra persona para que echase aquella carta en un lugar donde él no estaba ya.

Y, se resolvió á no representar el papel desairado de una mujer en persecución de su amante; y llena de amargura, en un momento de desesperación, como si hubiese perdido á su marido, tomó un día la dirección de la casa de su tío, quien la recibió con la misma tranquilidad de siempre.

Me alegre de verte, — le dijo su tío, y creo que es el paso



más moral que has podido dar al volver á este hogar. Ahora siéntate, descansa, y después me contarás tus cosas.

Iban á completarse cuatro años desde que Boadil no veía á Sara. Sus amores habían ido lentamente convirtiéndose en amistad, por la correspondencia epistolar. — Boadil le escribía y Sara le contestaba pidiéndole noticias de su asunto.

Todas las cartas fueron y vinieron por el correo, y á pesar de esta correspondencia, ni uno ni otro, habían buscado la ocasión de volverse á ver. Sin embargo, ¡se habían amado tanto! ¡Misterios del alma!

Cuando una mañana, inesperadamente llegaba Sara, al nuevo domicilio de Boadil y se sentaba cerca de la mesa, donde él acababa de almorzar.

Boadil estaba bastante turbado y lleno de sorpresa.

Miraba con curiosidad, no exenta de turbación á aquella mujer á quien había amado realmente. — Trataba de encontrar de nuevo en el fondo de aquellos ojos, brillantes y desdeñosos, la llama del amor de otro tiempo, apagada ahora sin que quedase siquiera una pequeña brasa en las cenizas! . . . . .

Y, pensar que para separarse de ella lo había abandonado todo, que había tenido que retorcerse el corazón, que había huido á Montevideo buscando la soledad y el olvido ...!

Y, ahora trataba de experimentar mirando á Sara, alguna de aquellas pasadas sensaciones, de aquellos recuerdos que otras veces le hacían latir el corazón.

Sara leía claramente en los ojos de Boadil, y se daba cuenta de lo que pasaba en su cabeza, y sonreía con expresión singular.

El sentíase dominado por la mirada maliciosa de su antigua querida y trataba de evocar, en los contornos de aquel cuerpo mórbido, en aquella mirada casi burlona, casi amorosa, en

la agitación de aquellos músculos, algo de los delirios de otros tiempos.

Pasaba algo extraño por aquel hombre de mundo, que no podía explicarse.

Todo lo que había de inagotado en aquellos amores interrumpidos pero no rotos, se le iba al corazón y experimentaba un sentimiento verdaderamente curioso é inesperado, y aquella mujer hundida en la butaca, le parecía otra mujer, una desconocida, que había ido allí con el propósito de enloquecerlo.

Ella seguía en el abandono de aquella poética postura que había tomado; y los contornos de aquel cuerpo elegante, las curvas del busto; los pliegues del vestido que dibujaban su espléndidas caderas y el regreso inesperado de la amiga, de la querida olvidada, tomaron de repente para él el colorido de una aventura; además cierto tinte de amargura que notaba en el semblante de Sara, y algunas palabras lanzadas en el curso de la conversación, excitaban su curiosidad y despertaban acaso lo que había de latente aun en una pasión cuyo desenvolvimiento había sido interrumpido bruscamente cuatro años antes.

Habíase ido Boadil á colocar reclinado sobre el espaldar de la butaca, donde estaba Sara sentada, y se ponía en movimiento como para hacerle una caricia.

Pero nosotros estamos solos . . . .

Vivamos solo para el amor! . . . .

Y, al decir estas palabras, Boadil rodeó el talle de Sara con su brazo.

¡Para el amor! exclamó ella. No me hables de eso!

Eso vuela como los pújaros . . . .

—Se va, se escapa á Montevideo . . . . .

Tomó entre sus manos la cara de aquel hombre, que se puso un poco pálido, y dándole un beso en cada mejilla,

friamente, pero sin rodeos ni ambages le dijo con tono extraño:

Bien sabes que te amé de veras. No te quejes ni me exijas ahora lo que no puedo dar.

¡Ah! están muy lejos aquellos tiempos en que vos decías riendo . . . . confieso que los dos nos reíamos mucho! . . . las originalidades de Sara . . . . Sabes lo que me sucede ahora, mi querido Boadil? Sabes lo que es la deschavetada que fué vuestra querida? Pues, una mujer hastiada de todo, y sombríamente fastidiada, con el corazón lacerado por los engaños. Una mujer enferma y de una enfermedad incurable, el odio á lo incoloro; el cansancio de lo vulgar, la insaciable sed de lo imposible. Una sed, que no se puede satisfacer, ni siquiera mitigar.

El manantial que debe satisfacerla no ha brotado aún.

Y prosiguió con un tono seco, y con una sonrisa nerviosa y forzada. Además hay en mí un cambio notable de carácter, me he vuelto mala atrabiliaria, y caprichosa. Y cometería un acto de verdadera locura si esperase atraer nuevamente vuestro corazón. Yo seré vuestra amiga, nada más que vuestra amiga: y una amiga bien segura y adicta. ¿lo entendéis, Boadil?

¡Déjame! . . . déjame! déjame! te ruego que me dejes.—  
Piensa que ya estoy un poco vieja! . . .

Dí más bien que eres tan hermosa!

Por otra parte si llegaras otra vez á ser mio . . . . mira . . . sería muy celosa . . . . terriblemente celosa!

No te dejaría ver ni la luz, para que no te escaparas como lo hiciste antes, y á fuerza de exigencias llegaría á hacerte muy desgraciado.

Te estaría atormentando continuamente. .

Pues hagamos la prueba.

¡Hacer la prueba!... que niñada; no... no — ....  
¡basta de bromas! Yo he hecho el juramento de tener  
juicio.

Y ¿á quien has hecho ese juramento?

Mientras tanto él continuaba haciéndole algunas caricias que ella toleraba, sin embargo, aparentando rechazarlas... Pero en el fondo de su alma no deseaba sino que le hiciese una dulce violencia, para ceder voluntariamente por fuerza. Las cosas iban llegando á tal extremo, que el papel que representaba Boadil empezaba á ser bastante comprometido y muy difícil.

Pero hete aquí que de repente y sin que pudiera explicarse aquel extraordinario fenómeno físico, la luz del sol se amortiguó, y continuó amortiguándose, hasta el extremo de no derramar por el comedor, más que una claridad muy indecisa.

A pesar de lo muy impresionada que estaba Sara por las voluptuosas emociones, de los recuerdos del pasado, no pudo menos que advertir este cambio.

¿Que es esto? exclamó desprendiéndose de los brazos de Boadil.

Qué? le contestó él con indiferencia y sangre fría.

¿Cómo? Pues que no ves que estamos á oscuras?

Pues yo no lo noto, mi querida Sara, me parece que tenemos la misma luz que antes.

¿Lo decis formalmente? exclamó. No hay para vos en en este instante ninguna diferencia en la luz?

Absolutamente ninguna!

Estoy yo ciega?

Boadil se encojió de hombros ligeramente. No estás ciega, querida Sara, le dijo, sino preocupada é influida, según lo supongo, por alguna mala disposición de vuestro cerebro.

A todos nos sucede lo mismo; hay días en que no somos dueños de nuestras impresiones.

¡Cómo! ¿Pesistes en negar que no estamos en este momento casi á oscuras en este recinto?

Seguramente que lo niego, puesto que veo la misma claridad y resplandor que alumbraba, y que no advierto en la luz ninguna variación.

¡Ah! exclamó la pobre Sara apretándose las sienes, la falta de sueño evidentemente, y la cena de anoche me ha congestionado la cabeza.

Boadil se acercó á ella, siempre con la fisonomía risueña.

El único sentimiento que espresaban sus ojos, era la estrañeza que le causaba al ver el desorden que se manifestaba en las maneras de su antigua querida, desorden espresado por el trastorno de las facciones de su rostro.

Vamos, querida Sara, le dijo Boadil, con tono cariñoso, no te tranquilizas?

Que pálida estás?

¿Te sientes indispuesta? Quieres que te haga servir una taza de café bien cargado, para que te haga disipar esas alucinaciones.

Sara, haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, y dominando la emoción le contestó:

No estoy mal ya. . . . Tienes razón amigo mio, cuando dejas hace un momento que hay días en que uno no es dueño de dominar sus impresiones.

Probablemente yo me hallo en uno de esos días.—Pero en fin, esto ya pasó. . . .

Y francamente te confieso querido Boadil, que me ruborizo por todas las necedades que he estado diciendo y haciendo desde hace un momento.

¿Se puede pedir en vuestra casa una copa de vino?

No faltaba más! contestó Boadil, sirviéndole inmediatamente el vino madera que había sobre la mesa, y tomando Sara la copa, dijo: ¡A vuestra salud, mi encantador Boadil! A nuestra larga amistad! . . .

A nuestra amistad, nó, replicó Boadil. . . . sino. . . . ¡a nuestros amores, bella Sara!

Conmovido, interesado, sin pensar ya en el capricho que sintiera un momento antes, Boadil la miraba como el médico que encuentra á su cliente mucho más enfermo de lo que él supone.

¿Sois muy desgraciada, Sara?—preguntó.

¿Yo? ¡Bah! Fatigada, hastiada, sí!

Desgraciada, nó! Porque en resumidas cuentas la desgracia tiene algo de grande. Puede uno luchar con ella cuerpo á cuerpo.

Es la tempestad. Pero una perpétua renovación de amores sin alegrías ni goces, de orgías y de borracheras sin sed.

¡Ah! lo que esto te aseguro que es inaguantable, y abrumador!

Y mi vida siempre es así, como la rueda de la atahona que da vuelta la mula andando siempre del mismo modo!

Boadil, conmovido profundamente, sentíase interesado por la suerte de aquella joven.

Puesto que iba á verlo, era que lo necesitaba. Y puesto que no quería continuar las amorosas relaciones que los unieran en otro tiempo, era de otro asunto que se trataba, acerca del cual sentíase poseído de extraordinaria curiosidad.

¿A qué había ido á su casa aquella mujer seductora y deliciosa, con el corazón hecho trizas por las penas que los desengaños habían trabajado? Boadil la conocía demasiado, y sabía y estaba cierto que no era mujer capaz de hacer

aquella visita por el gusto pueril de recordar tiempos pasados ó de hacerle confidente de sus angustias.

Sara echóse á reir de nuevo después de aquella escena un tanto dramática y de aquella confidencia sobre el fastidio de su vida, y sin dejar de mirar á Boadil, le preguntó de pronto:

¿Es cierto que sois uno de los concurrentes mas asíduos á las reuniones de Casilda Ramos?

Sí—dijo Boadil.—Aunque no me hacen muy feliz esas reuniones.

Parece que en ellas se mezcla mucho la política.—Y á estar á lo que he leído en los diarios, van á ser ahora científicas también. . . . He visto anunciado que el señor Peralta. . . .

Y á propósito, mi querido Boadil, conservas siempre amistad con el distinguido literato D. Gonzalo Tunez y Peralta?

Y al pronunciar ese nombre con una bien calculada indiferencia, Sara se había aproximado á su interlocutor con el objeto de oír mejor su respuesta.

Boadil no contestó inmediatamente, como si estuviera penetrando la intención de Sara al hablarle de Peralta. Entonces le asaltó la sospecha que su amigo el distinguido Español, entraba por algo en aquella visita.

Es siempre mi amigo, y nos frecuentamos cuando se encuentra aquí—dijo al cabo de un momento.

Pues tendrás el placer de verlo muy pronto, porque ha llegado esta mañana.

¿Quién te lo ha dicho?

Los diarios. No lees los diarios? . . . Viene de un viaje de la India y del Oriente y no recuerdo de que otros puntos. Y según esos mismos diarios la viuda de Ramos tiene empeño en hacerle relatar sus aventuras en una *soirée* que piensa dar en su obsequio.

¡Una conferencia especial! Mucho debe haber cambiado nuestro amigo Peralta, con los viajes!—Por que antes era bastante salvaje.

¿Porque lo clasificas tan duramente?

Es tímido, corto de genio, lo cual es una cosa muy distinta, y por otra parte es un hombre de gran talento y de una ilustración poco común.—Pero, preguntó Boadil al cabo de un instante—¿qué tiene que ver Peralta? . . . dime antes que ya sabías que llegaba hoy.

Lo sabía por los diarios, como antes lo he dicho.

En estos tiempos los diarios hasta le dan á uno noticias de las cosas que tenemos más escondidas.

Lo importante es que lo supieras, y lo es, porque tengo verdadero interés en oír al señor Tunes Peralta, por lo cual venía á pedirte que me presentes en casa de la viuda de Ramos.

¡Ah! ¿Es eso? . . . dijo Boadil.

Eso es—me fastidio,—me aburro, tengo odio por lo incoloro.—Quiero oír el relato de esos viajes, y así olvidaré las penas del alma. . . .

Pues lo oirás, mi querida Sara. Pero lo oirás en un *tête á tête*, pues lo de la conferencia por mi amigo para relatar sus aventuras, no son más que invenciones de los diarios.

La señora viuda me rogó la otra noche en el teatro que le presentase al Ministro del Interior. Ahora tú me pides que te presente á ella. Héteme aquí convertido en introductor de embajadores.—Y me alegro mucho por otra parte de llevarte á unos salones que supongo te han de parecer menos tristes que mi casita de la calle de Balcarce. . . . Pero... ¿ó la memoria me es infiel ó lo he soñado yo? Creía que eras amiga de Casilda Ramos.

Sí, antes nos hemos encontrado en la sociedad, y siempre me ha inspirado simpatía. En otras ocasiones me ha invi-



tado para ir á su casa, pero entonces no me encontraba en condiciones de hacerlo.

¡Ay! ¡qué deseos vehementísimos acometieron de nuevo á Boadil, de volverla á tomar entre sus brazos para hallar en ella otra vez á la querida, y de impedir que aquella mujer se fuese de su casa sin ser suya, como en otros tiempos!

Pero Sara se había puesto en movimiento para irse, y poniéndose el abrigo abrió la puerta con presteza.

¿Con que estamos entendidos? — En casa de la señora de Ramos.

En casa de la señora de Ramos. — Haré que te envíen una invitación.

Y, yo vendré á buscarte aquí. Si, yo, como si fueses un niño. ¡Y, me presentarás á Peralta! ¿Si se acordará de mi?

Sara se echó á reir.

Por supuesto que me presentarás también á vuestro amigo el señor Ministro, añadió sonriendo y enseñando sus preciosos dientes.

Siempre es bueno estar bien con los Ministros.

¡Adios, querido amigo!

Antes que Boadil hubiese adelantado un paso hacia Sara ya ella había desaparecido, y la cortina de seda de Esmirna que Sara había entreabierto para pasar, ocultaba tras sus pliegues tupidos la puerta del comedor. Abrióla.—La joven estaba ya en la antesala con la mano puesta en el picaporte de la puerta.

A las once en punto estaré aquí! dijo desde lejos á Boadil.

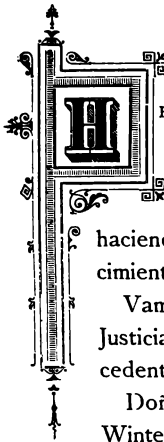
Lo saludó con toda coquetería, en tanto que el sirviente se apresuraba para abrir la puerta, y una vez abierta ésta, desapareció la elegante silueta de Sara, que por un momento habíase visto dibujada en la claridad de la escalera.

Boadil entró en su cuarto, todo emocionado, y contrariado á la vez.

Ahora que ya se había ido, él abrió de par en par el balcón de su gabinete. Parecíale que se iba por él y con ella el perfume que había dejado aquella mujer que un instante antes lo había trastornado, con la esperanza de satisfacer un capricho efímero.

Boadil respiró con fruición, el aire purísimo; le parecía que le quitaba el olor á trevol, mezclado con el perfume de aquella mujer.— Parecíale que le sacaban un gran peso de sobre la frente, un poco congestionada momentos antes. El viento fresco barrió las huellas de las caricias de Sara.

¿Si seré siempre un cadete?— Se decía para su capote. No ha venido por mí; sino por mi amigo Peralta. Si me descuido, en un triz he estado de reincidir otra vez.— ¡Era lo que me faltaba!... Para después tener que hacer otro viaje á Montevideo, ó al Japón. Y á mis años. ¡Vive Dios!



EMOS dicho, anteriormente, que las enormes sumas que le pertenecían á Sara por herencia, le habían sido usurpadas, figurando en ella valiosas propiedades de campo, inmensas haciendas, cuyos bienes le correspondían por fallecimiento de sus padres.

Vamos á introducir al lector, en la Casa de Justicia, y en pocas palabras imponerlo de los antecedentes de este escandaloso asunto.

Doña Catalina Low de Winter, madre de Sara Winter, viéndose viuda y con una inmensa fortuna, creyó encontrar un protector en Lucas Sanguin y lo aceptó por esposo. Sanguin había sido su dependiente asalariado.

Pero la protección y el agradecimiento que le mostró, fué maltratarla y abandonarla por largos años, malgastando sus bienes y consagrándose al vicio y á la disipación.

Cuando se le agotaban los recursos aparecía de tarde en tarde para maltratarla de nuevo y exigirle nuevos fondos.

Un sabio vecino del partido X... cuya profesión era ser devoto, con una lonja de campo al principio, supo extender considerablemente sus dominios á costa de los linderos, paisanos sencillos que no conocían la gazmoñería y la hipocresía, que daban crédito á la beatitud representada por la frecuentación á las iglesias, golpes de pecho y rezos á toda hora, ese sabio decía, fijó su vista en los bienes de ese matrimonio.—Y cual otro Chile resolvió agregarlos á su patrimonio para *manipular el equilibrio del partido.*

Y con esa diplomacia de unión y de ternura que saben poner en juego los beatos diplomáticos de su clase, le formulo una separación de bienes. Es decir la que separaba era Doña Catalina dueña de todo, que para librarse de su verdugo, compró su seguridad con una majada de ovejas que entregó á Sanguin y que de Sanguin fué en derecho á engrosar las cuantiosas majadas del sabio diplomático de las sacristías.

Pero no se detuvo ahí.—Este era un triunfo pasajero muy abajo de sus fama y de sus pretensiones.

El marido recibió instrucciones para redoblar sus hostilidades, para sitiar á la pobre anciana hasta sofocarla y hacerle odioso su hogar.

Coincidía con esto, las insinuaciones, los frecuentes mensajes y proposiciones directas que recibió Doña Catalina para que vendiese la estancia principal á un comprador que estaba entre cortinas.

Pero esa infeliz mujer, inspirada por Dios que defiende á los buenos contra los mismos explotadores de su nombre y de su religión, resistió toda asechanza, abandonándolo todo antes que entregar la presa al invidioso invasor.

Viene á la ciudad y entabla demanda de divorcio por sevicia; pero enfermándose de muerte, cuando la causa se encontraba en el estado de prueba, no suministró los datos indispensables para justificar los hechos; y esta circunstancia exenta de toda ciencia del contrario, dió un éxito inesperado á Sanguin y al jurisconsulto.

Pide ante la jurisdicción la separación de bienes fundándose en un convenio formal celebrado con su esposo y que éste confesó paladinamente.

Sin embargo la sentencia del inferior no hizo lugar á la demanda.

La Sala de lo Civil enmendó el agravio revocándolo en todas sus partes.

Por último la Sala de lo Criminal con fundamentos equivocados creyó deber reformar la de lo Civil y confirmar la de 1<sup>a</sup> Instancia.

Apesar del éxito de este negocio persistimos que la razón y la justicia estaban de parte de Doña Catalina.

Y á propósito; este espediente escandaloso y plagado de herejías jurídicas, viene á confirmarnos en la idea de que entonces debía haberse establecido la libre defensa. Los que la impugnaban en esa época creían que los Jueces no iban á entenderse con las peticiones que no fuesen redactadas por abogados—y nosotros contestamos:

¿Cómo se han entendido con los escritos de Sanguin?

Bien, pues, Sanguin que usaba anticipadamente de la libre defensa como la usa el enfermo que se vale de un curandero, pidió que se librase oficio para que le entregasen el establecimiento que era de Doña Catalina, y que le dieran—*los frutos y frutas*.

El Juzgado alarmado, sin duda de las *frutas* en pleno invierno—decretó “traslado.”

Lo que indicaba á las claras que el Juzgado desconfiaba de la cordura del pedido—y que exigía el conocimiento de la otra parte.

Pero Sanguin piensa, que á título de la libre defensa á que se había acogido, el genio no puede encerrarse en la estrecha cárcel de las formas. El se emancipa del orden de los juicios, de los trámites y formularios de los abogados para manejarlos libre y tan libremente que ni en poesía serían permitidas las licencias que se tomaba.

¡Esto sí que era libertad! la crema de la libertad que algunos ignorantes clasifican de abuso, desacato, temeridad

Llevado Sanguin al extremo por las reglas de los juicios que otros retrógrados llaman la salvaguardia de los intereses privados; pide el oficio, el oficio ya pedido, ya decretado, ya recurrido, ya suspendido.

Pero la estrañeza no está en el pedir; un muchacho mal criado importuna al padre pidiéndole la luna, y el padre lo deja llorar y no le hace caso.

Lo que es estraño, en verdad, es la existencia de Jueces que hayan mimado á Sanguin haciéndole el gusto en su extravagancia, lo que estraña es que habiéndose interpuesto apelación y habiéndose concedido en ese mismo día—ese Juez vuelva á hacerle el gusto, firme el oficio y le entregue en propia mano al letrado de Sanguin que puso en juego toda su astucia para reducirlo á la entrega *en tabla y mano propia*.

Pero la disculpa y la esplicación para el magistrado es muy sencilla.

El Juez Dr. H. . . . se veia rodeado de multitud de espedientes, negocios abultados, de otra jurisdicción; espedientes que no había visto nacer, que no sabía las cuestiones que cerraban, en una palabra espedientes que no conocía ni por la carátula.

Como si esto, que es por sí solo capaz de arrancar errores á la cabeza mejor organizada, no fuera nada, se le va encima el letrado, pide, ruega, insta, y sale el oficio.

El Dr. H. . . . no podía sospechar que aquella inusitada visita tuviera el fin nada piadoso de hacerle faltar á los deberes de su cargo, proveyendo mal; que el compañero y el condiscípulo, (pues los dos estudiaron juntos. . . .) antepusiera sus deberes para dejarle mal parado.

Los resultados le enseñaron al Dr. H. . . . el peligro que hay en escuchar el *canto* de los civiles, y que hay gentes que profesan aquella máxima: *Primum miki et secundum miki*.



EN la acera de la calle "de Maipú," cuatro vigilantes, envueltos en sus largos capotes, contenían la multitud que se agrupaba en la puerta que conducía á la alfombrada escalera, de la espléndida morada de la señora viuda Casilda Ramos. Los carruages que iban llegando á la puerta dejaban bajar mujeres elegantísimas, y seguían después para tomar la fila en que iban colocándose para esperar el final de la *soirée*.

Presentábanse como nunca los salones de la señora viuda de Ramos. — Eran las doce y media de la noche. — Las luces reflejaban en los espejos, se reproducían, se combinaban de distintas maneras, presentando perspectivas ya próximas, ya lejanas, pero todas selladas con el aspecto de lo brillante.

El animado compás de las piezas ejecutadas por la orquesta de la compañía de Colón, produce el ondulante movimiento de tanta mujer seductora.

Chispean los ojos, y su fugaz pero brillante espresión, encuentra una nota hermana en los labios color rubí de tanta mujer encantadora.

Modulaban sonrisas finas, voluptuosas, cortantes unas, como el filo de una espada, acariciadoras otras, como el primer beso de amor; todas rápidas como el relámpago, en aquel cielo de luces, de flores, y de armonía. La señorita Sara Winter, que acababa de entrar, del brazo de Sanchez Boadil, lucía un elegante vestido color rosa pálido. Estaba hermosísima. — En la antesala, la gente abría paso á aquella

mujer bellísima, cuyos cabellos rubios, caían sobre su blanca espalda, y que esbelta y de carnes mórbidas, hacía crujir con los movimientos de sus bien formadas caderas, la falda de seda que las comprimía.

Boadil, con sus bigotes retorcidos, llevando cerrado el clac ceremoniosamente, adelantaba con cierto aire de víctima hacia el salón principal entre las miradas curiosas de los concurrentes, que miraban al pasar la esquisita gracia de aquella mujer provocadora.

La viuda de Ramos estaba en la puerta del salón principal, muy interesante, — con un vestido de terciopelo negro, adornado con encajes de Inglaterra, que hacía resaltar su belleza y atendía á todo el mundo, sonreía, se multiplicaba, en tanto que su amiga la señora de Garzón, tan hermosota como siempre, le ayudaba á hacer los honores de la casa.

Casilda se manifestó muy complacida al ver á Sara.— En otro tiempo había experimentado el ascendiente de aquella inteligencia rica, viva, atrayente. No se preocupaba del pasado de Sara. — La sobrina del escultor era bien recibida en todas partes, y además aquella noche iba acompañada por su tío que entraba detras de ella, aunque casi nadie lo conocía, ni nadie había reparado en él.— Iba conversando con un hombre de aspecto venerable y de mirada bondadosa que lo escuchaba con cortesía, pensando talvez en otras cosas muy distintas de las que le hablaba el escultor y químico.

¡Ay! mi querido Calpe! Cuanto me alegro de veros esta noche — decía con tono enfático y cariñoso.

La verdad es que nos vemos poco, querido Winter — ¿Qué es de vuestra vida?

¿Yo? ¡trabajando! Y, siempre firme; porque ya sabéis que jamás he transigido . . . . jamás . . . . la moralidad.

Sus voces se perdieron en el rumor de las conversaciones



que reinaban en aquel salón, lleno completamente, al extremo de no poderse caminar; en tanto que Casilda, tomando de la mano á Sara que entonces soltó el brazo de Boadil, la condujo á un salón más grande, tapizado de damasco de seda, donde se veían arregladas en filas, una cantidad de sillas, delante de un espacio que habian dejado libre, y que formaba una especie de escenario donde iba á presentarse sin duda la persona que todos esperaban con impaciencia.

Casi todas las sillas estaban ya ocupadas. — Multitud de bellísimas mujeres lucían allí sus encantos. Todas las miradas se dirijian á Sara cuando apareció acompañada de Casilda que la condujo hasta una de las sillas desocupadas, muy cerca del escenario improvisado, donde la señorita Jacobson debía declamar.

La señora de Garzón se sentó al lado de Sara que fijaba su mirada investigadora en los ojos de la amiga íntima de la casa, para adivinar su pensamiento. — La señora de Garzón estaba radiante de alegría. — Su amiga Casilda obtenía un triunfo completo, pero que triunfo! Allí estaba el señor Ministro del Interior! Y su esposa también! El señor Ministro de la Guerra — y muchos congresales, y Ministros extranjeros.

Se notaba también gran número de militares que acudieron esa noche, en profusión. — Veíase el salón brillantemente esmaltado por los uniformes de gran parada. — Lo que muestra el aprecio, y aceptación que iba entrando en nuestra sociedad, por el personal del ejército, pues antes eran raras sus apariciones en bailes de alta sociedad.

¡Es decir ministros, diputados, generales, diplomáticos y lo más selecto de nuestra sociedad! Casilda está loca de alegría! ¡Completamente contenta! Imaginaos que la de Castillo, su rival, cuando más ha tenido en las reuniones dos ex-

ministros y algunos diputados de la Provincia de Buenos Aires, y éstos sin importancia.

Y añadía, con el tono confidencial que adoptan siempre las personas maldicientes, que las reuniones de la de Castillo, eran un verdadero velorio. Ya no iban allí más que algunos ministros caídos. Y gracias: en tanto que en los salones de Casilda, se encontraban todos los hombres importantes del país y del Gobierno.

¡Si supiérais decía la señora de Garzón que simpático es el nuevo Ministro!

Tiene una conversación agradabilísima!

Sara escuchaba con la imaginación muy lejos de allí; ansiaba el momento de hablar con Tunez Peralta.

Boadil había acertado perfectamente: á Peralta y solo á Peralta era á quien buscaba Sara en aquella *soirée*.—Quería verlo, hablarle é intentar un plan audaz.

¿Por qué nó?

Sara se decía que iba á jugar el todo por el todo. Se acordaba bien de Don Gonzalo Tunez y Peralta, á quien en otro tiempo había visto frecuentemente con Boadil.

Inteligentísimo escritor, pródigo por temperamento, simpático en alto grado por su finura exquisita, viajero infatigable, narrador original, con cierta seductora ironía de aventuras de amor que hubiesen podido parecer fantásticas invenciones de un romántico, si él no hubiera atenuado lo que parecía inverosímil, por la gravedad de su carácter y el tono con que las contaba; aquel hombre no se había curado aun de la enfermedad del romanticismo á pesar de las heridas que había recibido en su alma y de los choques que había sufrido en la vida real.

Sara se acordaba sobre todo de varios encuentros que habían tenido, yendo acompañada de Boadil.

En sus días maños, habíasele ocurrido pensar en aquel hombre espléndido, rubio, de ojos azules, de mirar profundo y melancólico, y con el labio inferior un poco caído como con desdén, y con una elegante barba un poco recortada.

¿No es verdad—le había dicho Boadil—que mi amigo Gonzalo es muy interesante?

¡Simpático!

Y con talento y erudición, y por añadidura millonario, lo cual es un apéndice que viene siempre bien.

Sara pensaba con frecuencia en todo lo que un hombre como aquel, tan extraordinario, representaba de poder absoluto, de deseos satisfechos, de fantasías, de ilusiones realizadas.—¡Cuántas veces entre las brumas del recuerdo, había visto aquella risa altanera, que contraía su finísimo bigote retorcido!

Pero ¿dónde andaba Peralta entonces—En Oriente, en Haití, en la Groelandia ó en los infiernos? Los diarios habían anunciado que estaba organizando una expedición al polo Norte. Tal vez estuviera perdido entre los hielos de los mares polares.—Y Sara sonreía con inesplicables suspiros, producidos por una emoción bien sincera, pero mezclados de reproches egoístas.

Parecía que más de una vez, Gonzalo le había demostrado un poco de amor, con toda galantería, con toda delicadeza, como se habla á la querida de un amigo, cuando se es caballero, pero con ciertas reticencias que parecían verdaderas declaraciones de amor. Sara había finjido no comprenderlo, porque entonces amaba á Boadil ó creía amarlo, que es lo mismo, y se había contentado con sonreír al oír las galanteorías de Tenez Peralta.

Talvez fué una tontería mía—se decía.—Pero después de todo Peralta tampoco habría pasado de ahí.

¡Los deberes de la amistad! ¡La sombra de Boadil!

Y aquello era como un consuelo para esa mujer hastiada de la vida.

Su pesar era haberse conducido bien. Otros tienen remordimientos por una falta; pero ella los tenía por haber sido honrada.

Si hubiese sido la querida de Tunez y Peralta se sentía capaz de haber revuelto á todo Buenos Aires.

Pero en fin . . . á quién culpar? . . .

Y héte aquí que de pronto, inesperadamente, la casualidad traía de nuevo á Buenos Aires, y en un momento bien crítico de su vida, á aquel Gonzalo á quien ella no había olvidado, y el que á su vez quizás se acordaba de ella. La llegada era tan inesperada y el auxilio llegaba tan oportunamente, que Sara supersticiosa como todos los vencidos en las luchas de la vida, no dejaría de aprovecharlo, porque le volvía la té. Bastábale un esfuerzo de voluntad para levantarse de su caída, apoyándose al brazo de Tunez y Peralta.

Boadil y Casilda eran los dos auxiliares inconscientes á quienes encontraba en su camino. Los aprovechaba, sirviéndose del uno para llegar hasta la otra y de ésta para ir á su objetivo.

La sobrina de Winter, la querida de Boadil, la mujer que había sido de otros, continuaba siendo joven, sino por la edad, por la elegancia, por aquel encanto de virgen que envolvía su cuerpo profanado.

Sara se encontraba á dos pasos del hombre que buscaba, con la misma ansiedad que un seductor esperaría á la mujer codiciada.

Si Tunez Peralta me ha amado antes, un momento siquiera—se decía Sara, volverá á amarme hoy.

En aquel salón se sentía una atmósfera sofocante.—Sara se ahogaba y temía le repitiese lo que le pasó en la casa de Boadil, pero era indispensable permanecer allí, en primera fila para que la viese Gonzalo.

Sentía un calor irresistible que le subía á la cabeza, y á veces temía desmayarse porque había perdido la costumbre de asistir á reuniones.

Pero permanecía en su lugar denodadamente, atisvando con ansiedad hacia la puerta del salón, para ver si se presentaba por entre el cortinaje la interesante silueta del ilustre viajero.

Sara se había distraído, porque notó que un hombre de elegante figura, la miraba con persistente atención. Y la vecina que tenía á su lado, que también lo había notado, le dijo, que era el Ministro del Interior.

Pero ¿quién había de sospechar que fuese el Ministro? Era muy simpático y galante. Poco antes, al entrar ella en el salón, le había dirigido al pasar algunas flores, á las que Sara contestó con una sonrisa.

¡Y era el Ministro!

Sara, había oído hablar mucho de él y de su talento y había visto su retrato en las vidrieras de las librerías.

De todas las miradas que le dirigían á Carlos, ninguna lo atraía tanto como la de Sara. Y había experimentado un momento antes, el ascendiente y el encanto producido por aquella aparición femenina que cruzaba el salón bajo el fuego de las miradas lanzadas por multitud de hombres que estaban allí estacionados.

Sara lo miraba y se dejaba mirar sonriendo.

De pronto su pálido rostro púsose sonrosado, como avivado por un repentino absceso de fiebre, debido á que en medio de un verdadero tumulto producido por la curiosidad,

apareció inesperadamente, con aire un poco tímido, D. Gonzalo, dando el brazo á la señora Casilda Ramos, que lo conducía hacia el improvisado escenario, como para presentarlo á toda la concurrencia.

¡ Ah! es él, ahí está!

Es el señor Tunez Peralta, ¿no es verdad? sí, sí; él es!

Qué interesante!

Aquel nombre pronunciado por los lábios de las mujeres, sonaba en los oídos de Sara, como el toque de carga lanzado al viento por todos los clarines de un regimiento de caballería. Parecía que estaba próxima la hora psicológica de toda su vida. En aquellos momentos tenía en medio de la fiebre que la devoraba, toda la superstición de un jugador.

Se decía para sus adentros al ver á Gonzalo, que si el la veía en el primer momento, era que no la había olvidado, y podía esperar todo.

Y añadía, que por fortuna los hombres olvidan con menos facilidad que las mujeres. Por egoísmo ó por arrepentimiento, olvidan como Boadil; otros deploran talvez la ocasión perdida, y Don Gonzalo es bastante sentimental para no formar entre estos últimos.

Era absolutamente necesario, díjose para sus adentros, que Peralta la mirase á todo trance, y con el cuerpo inclinado, con la barba apoyada en la mano, manejando con la otra el abanico, con la gracia y rapidez que lo hacen las argentinas, lanzó á Gonzalo una mirada, en la cual iba envuelta todo un mundo de caricias. En la pupila del ojo humano, hay indudablemente algo como la atracción del imán. Gonzalo, como si hubiese experimentado la sensación material de aquella mirada incendiaria fija en su rostro, después de un saludo ceremonioso y correcto, y de levantar la frente para mirar aquella colección de mujeres bellísimas, Gonzalo

miró y vió de repente, como si en la sala no hubiera más que ella, á Sara que inmóvil, lo contemplaba en silencio.

Gonzalo apareció sobre el fondo del cortinaje, con su bella y arrogante figura, el cabello casi rubio, la cara pálida, vestido elegantemente con su traje de etiqueta, y con una pequeña cinta roja en el ojal de su frac negro.

Al fijar su mirada en la mirada ardiente de Sara, la cara lánguida y poética del ilustre viajero, animóse repentinamente, con una sonrisa que terminó en un afectuoso saludo, pero que fué lo bastante para envolver á Sara en un mundo de deseos y esperanzas.

¡Me ha conocido! . . . ¡Luégo no me ha olvidado!

Todos escuchaban atentamente á la señorita Jacobson. En el salón no se oía mas ruido, que el de los abanicos de las señoras.

Carlos, á quien ya la joven no miraba, seguía, sin apartar la vista de la señorita Sara. La encontraba encantadora. El fluido magnético que esparcía aquella mujer, iba derecho al corazón de Carlos, que absorbido en su contemplación, no oía ni una palabra del recitado que hacía la señorita Jacobson, y fijaba su pensamiento en aquella mujer seductora, que á su pesar comparaba con Sofía, su esposa, que estaba al lado de Sara.

Sofía era talvez más bonita, más linda aun que Sara; pero cosa estraña, jamás le había parecido tan apagada como aquella noche, al verla sentada inmóvil, oyendo á la Jacobson, sin hablar y con su eterna timidez.

A Carlos lo contrariaba infinitamente aquella timidez de Sofía puesta más de relieve, con la gracia y la inquietud de aquella pálida vecina que apretaba convulsivamente los labios, contraídos por una atrevida sonrisa de constante provocación. A no dudarlo, era el verdadero tipo de la

mujer seductora, con esa destilación del vicio atrayente que se escapa hasta de los ojos de algunas mujeres verdaderamente virtuosas, y al oír algunas palabras sueltas que pescó del recitado de la Jacobson, la descripción del *preparado* casi fantástico de un veneno usado entre los habitantes del Indostan, Carlos decía para su capote, que no hay veneno más sutil ni más dulce, que la mirada de una mujer al clavarse por decirlo así, en la carne de un hombre; y sentía sed de aquel veneno embriagador, delicioso, perturbador. . . .

Deseaba, que la señorita Jacobson terminase su declamación. ¿Qué le importaban aquellos recitados, aquella poesía de Oriente, ó aquellas declamaciones? Sentía deseos de saber lo que pensaba una criatura tan encantadora como Sara. ¡Ay! ¡qué hermosa! Había preguntado como se llamaba; conocía por casualidad al tío de Sara, porque el químico lo había ido á ver una vez, para establecer una oficina de química.

El Ministro experimentaba oyendo á la señorita Jacobson, la impresión de aburrimiento que se apoderaba de él algunas veces, cuando en la Cámara un orador se extendía demasiado en uno de esos discursos pistoludos á la hora crítica de irse á comer, ó á la hora de una cita amorosa.

No pudo menos de decir en voz baja á un diputado al Congreso que estaba sentado á su lado:

¿Vamos á pedir que se levante la sesión?

El Congresal sonrió, pero como buen diplomático, escuchaba á la señorita Jacobson, y le dijo al Ministro que estaba muy bromista.

No bien había acabado de decir esas últimas palabras, cuando resonó en todos los salones una tempestad de aplausos, porque aplaudían hasta de las habitaciones contiguas,



donde todos habían guardado profundo silencio para procurar oír algo.

¡Por fin! dijo Carlos, casi á media voz.

Era el momento que estaba esperando. Al cabo iba á poder hablar con la señorita de Winter!

Apresuróse á ofrecer el brazo á Sara. La viuda de Ramos había ya embargado á Don Gonzalo á quien muchas personas se apresuraban á estrechar la mano. A no ser por esta circunstancia, Sara se hubiese dirigido á él como pensaba hacerlo. Pero el brazo de un Ministro tampoco era de desdeñar; el flamante Ministro al fin y al cabo, era el principal personaje de la reunión. Miró á Carlos cara á cara, como para pedirle cuenta de la insistencia con que la había estado mirando, y él, cortado ante aquella muda interrogación semiburlesca, no supo que decir, en tanto que Sara le sonreía con una gracia esquisita.

Pasó llena de satisfacción por entre una doble fila de personas que saludaban y sonreían al Ministro.—En aquel instante tuvo una especie de vértigo: Parecióle en su delirio loco que era á ella á quien se dirigían todas aquellas adulaciones. Sentíase en su puesto, y se creía nacida para recibir esos homenajes y agradecía en lo más íntimo de su alma á Carlos que la hubiese elegido por su dama aquella noche.

En cuanto á Tunez y Peralta tiempo tenía para buscar la ocasión de hablarle. ¿Y quién sabe sino convenía mejor para sus planes que la buscase Don Gonzalo?

Mientras tanto ella cruzaba los salones triunfalmente del brazo del Ministro.

El, en extremo galante, lleno de benevolencia, correspondiendo sin afectación á todos aquellos homenajes, en cierto modo oficiales, dirigía alguna que otra galantería trivial á

Sara, solo como un incidente, reservándose para después, tratar la cuestión principal más íntimamente.

El salón donde estaba la mesa del *buffet* preparada por el "Café de París" se presentaba resplandeciente de luces que brillaban al reflejar en el servicio de cristal de muselina, en el dorado color del champagne en las copas, en el color rubí del ponche americano, y en los colores rosado y amarillo de los helados. Carlos se detuvo y soltando el brazo de Sara, pero sin apartarse de su lado, le ofreció un helado que un sirviente le alargaba, acompañado de un pastelito de cubilete.

Aceptó el helado pero no el pastel, prefiero los pasteles diplomáticos, dijo Sara sonriendo. . . .

La gente empezó á agruparse alrededor suyo; miradas inquietas observaban de continuo sus miradas; pero el Ministro solo tenía atenciones y galanterías nada más que para Sara, y se preocupaba con sumo interés en satisfacer todos sus deseos, como si se hubiese erigido en el caballero de aquella bellísima mujer.

De pié, rompiendo el helado con la punta de la cucharita, Sara lo estaba examinando con la curiosidad de una mujer que siente venírsele encima una declaración de amor.

Sara adivinaba fácilmente que había producido en el Ministro una impresión de verdadera seducción.

El se lo decía no solo con los ojos, sino con la actitud de un rendido adorador, que había adoptado talvez sin apercibirse de ello.

En medio de aquel *mare-magnum* que reinaba en el salón y delante de aquella multitud de gente que los rodeaba, no era posible ser expansivo, y la conversación se perdía en el murmullo de las otras voces.—Por esta razón se veían obligados á aproximarse uno á otro, al extremo de encon-

trarse algunas veces enteramente juntos, y entonces el aliento ardiente de aquella mujer, quemaba la cara de Carlos.

El contemplaba con marcada admiración, su cuerpo encerrado en la bata de su elegante vestido de seda color rosa pálido, de donde salían sus brazos mórbidos y sus hombros blanquisimos. Una animación extraordinaria se manifestaba en sus preciosos ojos, vivos, expresivos: sonreía con una expresión provocadora segura de su irresistible aliciente.

Carlos se sentía visiblemente turbado por aquella mujer espléndida, cuyas facciones se agitaban mientras que lentamente deshacía entre sus ardorosos labios la crema endurecida del helado.

Encontrábala deliciosa, con el atractivo del traje de baile.

En la bata del vestido, en el hombro izquierdo, cerca del corazón, Sara llevaba un alfiler artísticamente trabajado, que figuraba una rosa pálida con hojas entreabiertas, esmaltadas y con chispas de brillantes, como gotas de rocío, que sujetaba un lazo de cinta del mismo color del vestido. Y Carlos sonriendo le preguntó sin atinar bien lo que decía.—¿Si era aquella su alma; ó era simplemente el emblema de las flores vivas sus hermanas, prendida en un traje de baile para rodar bajo la voluble planta de las parejas en una noche de embriaguez poética? . . .

Ella sonrió.

Efectivamente—dijo después.—Lo que tengo ahí en el vestido lo llevo también en el alma. Ilusiones pálidas . . . ó sueños color de rosa pálidos, como queráis.

No sois una excepción—dijo Carlos.—A todas las mujeres les pasa otro tanto.

Entonces á vuestro juicio todas las mujeres están un poco desequilibradas, no es verdad señor Ministro?

No, pero les echo en cara ser aficionadas á las ilusiones

de que hablabais hace un momento, las ilusiones pálidas ó sueños color de rosa pálidos.

¡El color pálido!. . . . ¡Bah! eso es bueno para ciertos hombres, esos infelices, esos cándidos, únicos partidarios que hay en estos tiempos del color pálido en el amor y en general en todas las cosas de la vida! . . . .

Y había vuelto á acercarse á aquella mujer que lo estudiaba, como un general que se prepara á dar una batalla, mientras lo acariciaba con la vista, y él se perdía en aquel rosa pálido de que hablaba con cierta galanura; fingía ser satírico y en realidad era sincero.—Ella le dijo con el mismo tono de sátira y señalando el color de su vestido:

Ya véis, mi querido Ministro, que no todas las mujeres detestan el color rosa pálido.

¡Ah! si es la moda, y sienta bien á su belleza, como ese vestido á la vuestra, no es de estrañarse que lo prefieran..

También les gusta de otro modo..... En el amor y en la existencia.

Eso depende de quien sea la mujer..... y el hombre..... también..... añadió sonriendo con una gracia encantadora.

Y Sara, dejando la cucharita en el plato, alargó el servicio al criado.

Su brazo, enguantado y admirablemente contorneado, en un movimiento involuntario ó quizá perfectamente calculado oprimió el brazo de Carlos contra su pecho; henchido de impresiones, quien al sentir el contacto, experimentó una conmoción estraña, y cierto deseo vehementísimo de estrecharla entre sus brazos.

Pasada ya la conmoción violenta que había sacudido todo su ser, Sara estaba delante de él abanicándose, y él le de-

cía como si la imájen de que hablaba fuese lo único que se le viniese á la memoria en aquel instante :

Me parece, señorita, que con esa misma rosa y tan interesante como estáis esta noche he visto vuestro busto expuesto en la casa de Burgos.

Sí, contestó ella.—Es el mejor trabajo que ha hecho mi tío.

Me parecía óptimo antes de haberos conocido; pero ahora....

Sara no se dió por satisfecha con la sonrisa que acompañó á esta galantería, sino que quiso que se la dijera completa.

¿Y ahora?—preguntó con la más atrevida de sus sonrisas.

Ahora me parece muy inferior al original.

Eso se dice siempre, señor Ministro, menos al artista; pero me temo que miréis á través de un cristal..... de ese famosísimo color rosa..... ese rosa pálido que tanto os agrada.

Y que me agrada cien veces más desde esta noche—contestó él con la voz cambiada y verdaderamente conmovida.

Sara no respondió, pero lo miró frente á frente, como para darle á entender que lo había comprendido. El estaba profundamente emocionado.

¿Consentiréis en honrar mis salones como lo hacéis con la señora de Ramos? ¿No es verdad? dijo Carlos con una voz sumamente baja.

Con el mayor placer; seré yo la honrada en ellos señor Ministro.

Nadie oyó las palabras del Ministro, pero Sara, que veía que todos los miraban, estaba radiante de satisfacción, y se erguía con orgullo, desafiando la envidia de muchas mujeres.

Envuelta en aquella atmósfera de homenajes é impregnada de un pesado olor á incienso, tenía la presunción y la conciencia de su poder, la embriaguez de ese poder que Carlos personificaba y que en cierto modo iba á reflejarse en ella, siquiera fuese por su conversación en voz baja con el Ministro, delante de aquella sociedad.

Estaba orgullosa y entusiasmada.

Hasta se hallaba á punto de olvidar que solo por Tunez y Peralta había ido á la reunión.

Carlos se proponía continuar sus coloquios apasionados, cuando la dueña de la casa, que pasaba por allí y que toda la noche iba de una parte á otra, llenando de atenciones á sus invitados, vió á Sara, acercóse á ella y tomándola de la mano dijo :

Disimulad, Señor Ministro, pero os la embargo por un momento, porque me la reclaman.

¿Quién? preguntó Carlos.

El señor Tunez y Peralta.

Carlos miró á Sara. Pudo notar perfectamente que aquel pálido rostro se iluminaba por un repentino acceso de alegría, lo que le hizo experimentar un extraño descontento que no pudo disimular.

Sara lo saludó cariñosamente con una sonrisa ; él se inclinó, viéndola desaparecer, tomada del brazo de Casilda, por entre los grupos de damas y caballeros, con cierta especie de rabia, como si aun no estuviera satisfecho de lo que había hablado con aquella mujer, casi desconocida, á quién deseaba decir muchas cosas más.

Apenas había abandonado á Sara cuando se vió acometido y rodeado por muchos diputados é infinidad de pretendientes, de esos que pululan en todas partes que solo

esperaban, para precipitarse hacia él, el final de aquella conversación con la señorita Winter.

En medio de todas aquellas caras desconocidas que se le aproximaban, Carlos buscaba con la vista ansiosa una cara amiga, como para libertarse de aquella nube que se le venía encima.

La presencia de un amigo, ya de edad, de regular estatura, con la barba blanca como un capullo de algodón, y esmeradamente cuidada, le produjo verdadera alegría, y contento exclamó :—¡ Hola, Adadus Calpe! ¡gracias á la señora de Ramos que se os vé!

Y con ademán cariñoso, alargaba las dos manos á un hombre como de cincuenta y ochó 'á sesenta años, que llevaba unos cuellos que estaban en conversación secreta con las orejas y una enorme corbata blanca atada al cuello, como la que usaba el corredor solemne, el Señor Don Evaristo Pineda, un frac azul de corte antiguo con solapas anchas y debajo un chaleco, también antiguo, que concasaba admirablemente con las otras piezas.

¡Qué gustazo, me habéis dado Calpe! ¡Cuánto, cuánto me alegre encontraros!...

Y yo también — dijo Calpe con voz simpática, cuyo semblante, que parecía adusto, pero que en realidad no era más que bondadoso y varonil, iluminóse de pronto.—Precisamente por vos he venido á esta reunión.

¡Cierto!

De veras. Quería estrechar vuestra mano. Ha transcurrido tanto tiempo desde que no os veo! Cuántos acontecimientos se han desenvuelto desde entonces!

Quien nos hubiera dicho, amigo Calpe, en esa época, que yo llegaría á ser Ministro contestó Carlos, cuando iba á vuestra casa á llevar mis primeros artículos para que los publicaseis en "El Nacional."

¡Bah! ¿Que tiene de extraordinario que hayais llegado á ser Ministro? contestó Calpe. Pero ya que habéis triunfado, acordaos de las palabras de nuestro jefe, al entrar á “la Casa Rosada.” “Ya estamos aquí, mis amigos,” ¡Ahora es menester que permanezcamos!” . . . .

Que coincidencia, precisamente eso es poco más ó menos lo que me dijo Floro Rucar al felicitarme por la nueva combinación ministerial.

Sí; pero os anticipo que Rucar llevaba otra intención muy diferente de la que agita á vuestro viejo amigo.

¡Mi verdadero amigo!—dijo Cárlos emocionado y estrechándole la mano con sincero cariño.

Lo que acabáis de decirme es doblemente meritorio, replicó Calpe, porque lo que es ahora no os faltarán amigos. . . . .

¿Seguís siendo periodista, Calpe?

¡Yo! . . . siempre, no puedo perder la afición al oficio, y siempre sigo creyendo en las debilidades de mis semejantes, y puedo afirmaros que en eso no me equivoco nunca.

Pues, yo, mi querido Calpe, no creo en nada, excepto en las oscilaciones de la bolsa, y aun es preciso para esto leer las cotizaciones en “El Nacional.”

¿Como habéis venido á esta reunión, vos que sois un poco salvaje?

¡Me he civilizado! Ya os lo he dicho, porque sabía que veniais, y porque me interesaba hablaros, para que os pongáis en guardia con Floro Rucar, que bajo la capa del amigo, os está minando.

Vamos á ver mi noble amigo, lo interrumpió Carlos, seríais capaz de darme el placer de aceptar la Subsecretaría de mi Ministerio?

No, Señor Ministro—contestó Calpe cariñosamente.



Pero, por qué? Haced por mí ese sacrificio, aunque solo sea por hacerme ese favor, por ayudarme.

No, no; y creed que esto es puro egoísmo, querido Carlos. Me crearía crueles enemigos.—Y así de afuera puedo ayudaros más eficazmente. Nombrad á Barros, añadió señalando á un hombre correctamente vestido, que acababa de acercarse á saludar al Ministro, con frases melosas y aduonas.

¿Barros?

Parece que es un decidido partidario vuestro?

Que terrible sois Calpe. Es partidario del Ministro y no del hombre.—No es mi amigo, sino de todos los Ministros que están en el poder; es un parásito, un cortesano servil.

¡Oh! Ya conozco á esos cortesanos—dijo el viejo periodista.—Cuando un Ministro está en el poder lo aplauden, y cuando cae le ponen cola, si pueden.

Carlos lo miró, y echándose á reir, dijo:

¡Estáis espléndido esta noche! Pero al menos iréis á verme, añadió alargándole la mano.

Ya lo creo.

¿Vivis siempre en la misma casa?

Siempre en la antigua gazapera.

Hasta muy pronto querido Calpe. Supongo que si necesito de vuestros consejos no os negaréis. . . .

Ni mi más leal amistad. Pero sin Subsecretaría, ¿eh?—respondió Calpe sin abandonar su buen humor.

Carlos sentía verdadero placer en hablar con su antiguo amigo; pero hacía un instante que se sentía inquieto y con el deseo de encontrar de nuevo entre aquella multitud de personas que llenaban los salones, á la encantadora mujer que se le había aparecido como la imagen del deseo, del deseo penetrante é irresistible.

No había ido á la casa de la Señora de Ramos más que por cumplir con un amigo, prometíase dar solo unas vueltas por los salones, y una vez hechos los cumplimientos de ordenanza, retirarse con Sofía á su casa para no privarse de un rato de conversación á solas con su mujercita, cosa que le era muy grato á su carazón y de la que tenía que privarse con frecuencia desde su entrada á la Casa Rosada.

Generalmente le desagradaban las reuniones como las de aquella noche, reuniones por lo regular fatigantes en las que se invitan más personas de las que la capacidad de la casa admite; reuniones triviales, en que el dueño de la casa se queda más satisfecho si se desbordan los salones, en los que la gente se agrupa, se ahoga, se estruja y donde la entrada es una verdadera batalla, y el encuentro del abrigo á la salida una conquista. Le daban horror esos salones donde no se habla, donde no se conoce á nadie, donde ya el rumor de voces y conversaciones, ya el silencio aplastador de un concierto de música clásica, no le permitían cambiar ni una idea, ni una palabra, ni siquiera un saludo cariñoso.

Experimentaba una irresistible repugnancia ante aquel personal de jóvenes insustanciales, pretendientes, haciendo cortesías para pescar un empleo, hombres de veinte y cinco años, astutos é interesados, hijos de sus habilidades y no de sus buenas obras, asistentes cotidianos á las antesalas de los ministerios y salones, partidarios de mala fé que nunca han tomado un fusil para servir á su patria; estado mayor, ambicioso de honores, que reía dando vueltas en torno suyo con sonrisas en los labios, preparados siempre para irse encima en la primera ocasión.

¡Cuánto más agradable no era para él el tranquilo placer de un rato de conversación al lado de la estufa con un ami-

go, ó de una pieza de Beethoven, tocada al piano por Sofia, que hacía pasar las horas insensiblemente!

Para eso había nacido. Por lo menos, así lo creía.—Es decir lo había creído hasta entonces. Y héte aquí que aquellos salones que le eran antipáticos, parecíanle ahora agradabilísimos. Una mujer encantadora, que había encontrado allí por accidente, le hacía deliciosa aquella *soirée*. Sentía un deseo irresistible de ver otra vez á Sara, de hablarla. Le interesaba cómo resolver un problema difícil.

Carlos salió rápidamente del comedor, y cruzó los salones buscando con la vista á Sara. Vió al pasar á Sanchez Boadil que, sentado en una silla al lado de su mujer, conversaba con ella. Ella al ver á su marido, le dirigió desde lejos una sonrisa que solo tiene la mujer que quiere, preguntándole sin hablar, porque sabía que siempre deseaba retirarse temprano.

¿Queréis que nos váyamos?—decía aquella mirada.

Él pasó de largo por delante de su mujer dirigiéndole una sonrisa, y haciendo como que no comprendía, desapareció por la puerta del salón, en tanto que Boadil decía á Sofia:

¿De modo, mi amiga, que el Ministro?

¡Oh! no me habléis de él. . . . ¡me da espanto!

En aquellas habitaciones me parece que no estoy en mi casa. ¿Sabéis cuál es mi impresión? Me parece que estoy de paso y que vivo en un convento.

¡Qué soledades!

Verdaderamente los Ministros debían ser solteros y no casados.

Ellos se llevan todos los honores, pero á las mujeres solo les dejan las angustias.

Y á pesar de eso, en el fondo de esas angustias debe existir algún goce, cuando tanto se siente dejar el poder.

¡Ay!, Dios mío!—contestó Sofía.—Yo os protesto que yo no lo sentiría. No, no; os afirmo que no lo sentiría.

Y hubiera querido, como de costumbre lo hacía Carlos, abandonar aquellos salones con su esposo; pero presumió que algo importante tenía entre manos cuando no quería retirarse.

El salón donde había penetrado Carlos comunicaba con otro más pequeño, tapizado de damasco de seda color rosa, en el cual había en el centro un inmenso candelabro, dorado á fuego y con bombas del mismo color del entapizado que iluminaba suavemente los divanes destinados para las confidencias. Carlos adivinó por instinto que Sara estaba allí.

Dirigióse, pues á aquel sitio, y en el momento de penetrar vió entre dos cortinas de seda rosa pálido á Sara, y sentado junto á ella Tunez y Peralta, cuya conversación escuchaba la joven con una atención tan grande, que casi era apasionada. La luz daba de lleno sobre los descotados hombros de la señorita Winter, y reflejaba sobre sus rubios y abundantes cabellos. — Tunez y Peralta estaba extasiado mirándola. Carlos no avanzó un paso más.

Pasaba por él algo extraño é inesplicable.

Aquel *tête á tête* tan íntimo lo contrarió desagradablemente.

La señorita Sara apercibió al Ministro, y volviéndose un poco, talvez sin intención, saludólo con graciosa sonrisa, se levantó y le hizo señas invitándolo para que se aproximara.

Los tapices de seda eran como el fondo natural para la belleza de la deliciosa rubia.

Señor Ministro—dijo—permitidme que os presente á mi distinguido amigo el señor Don Gonzalo Tunez y Peralta que, como buen literato, admira á los oradores elocuentes. Peralta, que se había levantado á su vez, se inclinó ceremo-

niosamente delante del Ministro, pero de un modo raro, no como un pretendiente delante del que reparte mercedes, sino como un gran señor que saluda á un hombre de talento.

El Ministro buscaba en su magín algo agradable para decirle á aquel personaje, y no se le ocurrió nada. Hacía poco que lo habia visto en el salón, y lo había encontrado simpático. Pero le parecía que en aquel instante, y en aquel lugar, Peralta no era el mismo, y por el contrario, le hacía el efecto de un importuno, que le privaba con su presencia de aprovechar una buena oportunidad. Disimuló sin embargo su mal humor, que no trataba de ahalizar y del cual ni él mismo se daba cuenta exacta, y al fin encontró para Tunez y Peralta una frase común de esas que elogian, pero que nada comprometen, porque nada dicen.

Cuando saludó para alejarse, Sara lo detuvo con el ademán.

Ya véis, señor Ministro—dijo con aquella sonrisa seductora que le era peculiar—ya véis señalando á los tapices color rosa del pequeño salón—que hay mujeres á quienes les gustó el color rosa.

Sí, ¡la señora de Ramos!..... respondió Cárlos con marcada ironía, completamente fuera de tono, pero que se le vino á los labios y la soltó como si fuera un reproche.

Y á mi también—contestó Sara.—Apenas hemos hablado unos rápidos momentos y me han proporcionado la ocasión para conocer que ambos tenemos gustos muy parecidos, de lo que me complazco sinceramente.

Y yo doblemente—replicó Carlos medio turbado ante la atrevida mirada de la señorita Winter, que le pareció un flechazo lanzado recto á su corazón.

Ella había vuelto á tomar su asiento, pero Cárlos ya se había reconciliado con ella por aquella conversación íntima con Peralta.

Su mirada abrasadora lo había disipado todo; y se llevó la impresión que le produjo, satisfecho, y emocionado.

Estaba impaciente por salir de allí.— Sentíase por momentos nervioso, satisfecho, y fatigado al mismo tiempo. Ante la multitud de gente, que se apresuraba á darle paso, volvió á tomar los aires de Ministro, irguiendo la cabeza y contrayendo sus labios con la sonrisa oficial, pero en el fondo de su corazón llevaba otra preocupación bien distinta; la cabeza llena de ilusiones y en sus oídos las últimas palabras de la voz insinuante y llena de esperanzas de Sara.

Encontró á Sofía sentada en el mismo lugar, sonriéndole como siempre, pero sin embargo le pareció notar un cierto tinte de frialdad. Acercóse á ella, ofreciéndole el brazo, y estrechando la mano de Boadil mientras le decía: “Hasta muy pronto, querido amigo”—desapareció por la antesala, en tanto que su señora penetraba en el salón de *toilette* para tomar su tapado de baile, y que una voz gritaba mientras el metía los brazos en las mangas de su sobretodo.

¡ El carruaje del señor Ministro !

Estoy muy fatigada.—dijo Sofía cuando se vió en su coche.—¡ Y tu Carlos !

Yo, un poco; pero no me he fastidiado. La conversación que he tenido con mi amigo Calpe ha sido muy interesante, y además, ahora es indispensable que nos exhibamos con más frecuencia.

Ya lo comprendo—contestó Sofía.

Y como un angel que se duerme, dejó caer la cabeza, metida en la irreprochable capucha del abrigo, sobre el hombro

de su esposo. Sus manos buscaron las de Carlos para estrecharlas y en tanto que ella completamente tranquila, Carlos veía, con los ojos de la imaginación aquella rubia esquisita que paseaba la lengua sobre sus ardorosos labios, y refrescándolos, sonreía tomando un helado.....

---



En el pequeño salón que ya hemos descripto, tapizado de damasco rosa, Sara, sentada en un divan, medio vuelta hacia Tunez Peralta, mirándolo con toda atención, como queriendo adivinar su pensamiento, aparecía al ilustre viajero, como á Carlos, realmente encantadora, sobre aquel fondo rosa que hacía resaltar más su belleza.

Lo cierto es que con Tunez Peralta se manifestaba de una manera muy distinta de la que se conducía con Carlos, y que envolvía al primero en una mirada llena de fuego y de pasión.

Gonzalo estaba conmovido delante de aquella mujer deliciosa, de la cual, allá en el fondo de su alma, había llevado su imagen por todas partes á donde lo condujo su capricho de viajero intrépido. La miraba como se mira á la mujer largo tiempo deseada—y que un accidente cualquiera hizo imposible el que se pusieran en contacto y que el destino los reúne casualmente.

La encontraba más hermosa que nunca, elegante, fascinadora, su rostro y su apostura tenían algo de sobrehumano; su talle era delicado y esbelto; sus ojos dulces y brillantes al mismo tiempo; sus cabellos color oro, caían sobre la nieve de sus hombros; su cuello era torneado, bien moldeado y deslumbrante de blancura; su tez pálida se amimaba por el movimiento rápido de la sangre, circulando en sus arterias; cuando entreabría sus labios, veíanse sus dientes como perlas, engarzados en alveolos de rosa.

Poco antes Casilda había puesto en contacto aquellos dos seres, y por instinto, como si tuviesen muchas confidencias que hacerse, habían buscado la soledad en medio de aque-



lla voragine de animación, y habían hallado asiento en aquel saloncito retirado á donde Carlos también por instinto, ó por efecto del magnetismo, había ido buscando á Sara.

Si, á la verdad, ella tenía muchas cosas que decir al hombre que encontró un día en su camino y desapareció en seguida, durante algunos años. Parecíale á Sara que rejuvenecía, que no había transcurrido el tiempo, y que era un sueño el volverse á ver con Don Gonzalo, el cual, á despecho de su frialdad, había dejado adivinar su pasión alguna vez, acaso porque las mujeres amadas adivinan el secreto de quien las ama antes de que el hombre se dé cuenta verdadera del estado de su ánimo.

Sara sentía una alegría intensa, sincera. — Se le venían á la memoria sus conversaciones íntimas con Tunez y Peralta, en presencia de Sanchez Boadil una noche de baile en el “Club del Progreso”.

Los tapices lujosos del saloncito en que se hallaban contribuían un tanto á la ilusión.

¿Sabéis en lo que estoy pensando, que me parece que he estado soñando estos años y que no he envejecido?

Y á la verdad nada habéis cambiado.

O, antes bien . . . .

Si, ya me imagino lo que váis á decir: he embellecido. Es esa una galantería que no me es desconocida . . . Ya me la dirigió Boadil el otro día.

Sara simuló arrepentirse mordiéndose imperceptiblemente los labios, como si deplorase aquella imprudencia, pero aun cuando expresamente hubiese mezclado el nombre de Boadil no se imaginó el efecto que iban á producir sus palabras.

Aquel semblante de Gonzalo, muy pálido de ordinario, se puso lívido, y un gesto violento, aunque prontamente reprimido, hizo temblar sus labios por un momento.

¡Ah! dijo, tratando de dominar su enojo.

¿Seguís siempre siendo amiga de Boadil?

¿Yo? Iban á completarse cuatro años que no lo veía apesar de ser mi abogado, cuando he ido á rogarle que me proporcionara una invitación para esta noche, porque sabía y estaba cierta que os encontraría aquí.

Sara estaba completamente satisfecha. Ya tenía el convencimiento que Gonzalo la amaba aun; puesto que el nombre de Boadil lo habia hecho estremecer. ¡Vamos! no había errado sus cálculos!

¿Qué ha sido de vos, mi querido amigo, durante todos estos largos años que han pasado sin veros? preguntó.

Y lo acariciaba como acababa de hacerlo con Carlos con su habitual sonrisa dulce y burlona al mismo tiempo, profundamente agitadora y con una mirada que escudriñaba hasta el fondo del alma de su interlocutor.

Ya sabéis, lo que se suele decir vulgarmente: he vegetado. Esto talvez es una solemne puerilidad, pero es la verdad.

Apostaría mi cabeza —contestó resueltamente Sara, á que no habéis pensado ni un solo instante en mí.

¿En vos?

Sí, en mí. En esta loca de Sara que es la cabeza más dada á lo extravagante que habéis encontrado jamás en vuestros viajes al Polo Norte, pero que no tiene mal corazón, aunque sí, muy desgraciado y que no ha dejado de latir violentamente al calor de ciertos recuerdos que vos no conserváis sin duda.

Todo lo tengo en la memoria —respondió don Gonzalo con la más profunda seriedad.

Sara lo miró y se echó á reir.

¡Oh! con que aire decis eso. ¡Qué tono tan fúnebre! ¡tan dramático tomáis! Y sin embargo, nuestros recuerdos no tienen nada de fúnebres ni de dramáticos.

¡Eso depende del bien ó del mal que hayan producido contestó Tunez Peralta, cada vez mas sério.

Os lo juro por lo más sagrado que jamás, ni siquiera he intentado haceros el menor mal, mi querido Gonzalo! Dadme la mano! siempre os he estimado y os he admirado muchísimo. Como lo merecéis!

Y lo atrajo hácia sí suavemente acercando su cara á la de Gonzalo.

Miradme bien y decidme si miento, le dijo; Gonzalo trató de leer, en efecto, en las pupilas de los ojos de Sara, pero escapábanse de éstos, destellos tan estraños, que retrocedió, separando su mano á la presión de los delicados dedos de Sara

¿Que os pasa? — dijo ella — veo que mis ojos os inspiran miedo. ¿Tan temibles son? Y los ponía tímidos, humildes, acariciadores. Y agregaba, no deja de ser una gloria para mí, querido Peralta, causar miedo con mis ojos de gata á quien está acostumbrado á dominar tigres y leones.

No escapa á vuestra sutil penetración que delante de vos soy un niño y que me hacéis temblar, Sara. ¡A mis años, es fuertemente ridículo! Pero que queréis soy supersticioso. como los jugadores . . . y jamás os he visto sin experimentar la sensación del temor de que detrás venía un sufrimiento para mí.

No me explico. — Qué sufrimiento?

Sufrimiento por vos — dijo Tunez y Peralta. — Tened entendido que sino os hubiera encontrado en mi camino, es probable que no hubiese recorrido jamás los países á que aludiais hace un momento, y que llevaría ya mucho tiempo de casado y viviría tranquilamente.

¿Y yo os lo he impedido? . . .

Gonzalo interrumpió á Sara con viveza, y dijo con tono breve y con una sonrisa casi dolorosa:

¡Ay, querida amiga, si supieseis! . . .

Habéis impedido tantas cosas! . . .

Si he impedido que seais desgraciado, me alegro infinitamente. Después de todo, la verdad es que nunca tuvisteis vocación decidida al matrimonio, cuando preferisteis corretear como un loco desatado por esos mundos de Dios, expuesto á contraer alguna fiebre perniciosa, algo asi como el tifus, ó ser devorado por los tigres ó los leones.

Como el judío errante, ¿no es verdad?

Pues sabed, ya que hablamos de estas cosas, que por vos me ví obligado á emprender esos largos viajes. — Talvez fué una temeridad mia, pero fué una medida dictada por la hidalguía y por la prudencia.

Sí, dijo Gonzalo bajando la voz.

Pues, sí, por eso precisamente.

Y se acercaba á ella, en tanto que Sara le respondía sonriendo.

Afortunadamente está cantando la Jacobson en aquel salón y la gente por escucharla, nos deja aquí solos, lo cual nos viene muy bien. ¿Queréis ir á aplaudir á la señorita Jacobson.

Hace mucho tiempo que no la oigo.

¡Que cruel sois, Sara! dijo Gonzalo.

Dejadme que goce de estos momentos de dicha.

¡Soy tan feliz!.

¿Feliz vos?

Extraordinariamente, porque me veo á vuestro lado, porque oigo vuestra voz dulcísima que me enajena.

Toda la poesía, todo el pasado, todo el secreto amor de Gonzalo le inflamaban el corazón y se le subían á los labios.

En aquellos salones brillantes de luz, de flores entre aquellos dorados y tapices, lo olvidaba todo, para no pensar más que en aquella mujer bella, capaz de trastornarlo, y que

con su mirada iba infiltrando en sus venas el veneno de mil pensamientos agitados.

Una música lejana dulce, penetrante, llegaba como una brisa al pequeño salón.

Gonzalo creía soñar.

¡ Ah ! Si supieseis, Sara—decía cada vez más apasionado y febriciente, como si estuviese bebiendo un nectar embriagador.

¡ Si supieseis cómo habéis viajado conmigo por todas partes, cómo os llevaba en el pensamiento y guardado como un amuleto.....

Mi retrato preguntó Sara.

No, no, no era vuestro retrato. Lo hice pedazos un día que estaba loco de celos.

¿ Lo rompisteis ?

Sí, pensando que aquellos ojos, que aquellos labios habían sido de otro.

Sara se puso pálida.

Pero llevaba otra cosa mejor que vuestro retrato : una cinta ajada y empolvada, desprendida de la bata de vuestro vestido de baile, estrujada bajo los piés de los parejas, recogida por mí y guardada en un pedazo de gasa, en el fondo de mi baul, como un talismán con algunos malos versos ; era en verdad una cosa pueril, pero esa puerilidad había excitado mi inquietud.—Conservo todavía ese papel teñido por el polvo de los viajes y aquellos versos que envolvían la cinta empolvada.

Llevaba también vuestro recuerdo indeleble, vuestra imagen hermosa..... tan hermosa como estáis ahora.

¿ Y por qué ?—dijo ella pausadamente, dando á su voz el tono de una caricia—no me hablasteis así aquélla noche que nos encontramos en un baile en el Club del Progreso ?

¡Ah! ¡En aquella noche!— exclamó Gonzalo con rabia.

Ella dejó caer la cabeza en el espaldar del divan, mirando á aquel hombre como sabía mirar y acercándose á él insensiblemente, hasta estar muy cerca, dejó escapar al oído de Gonzalo estas palabras, que lo quemaron:

En esa noche cuadró la casualidad que estuviese cerca de mí, alguien que era vuestro amigo, ¿No es verdad?

¡No me habléis de él! exclamó Gonzalo contrariado.

Al contrario porque tengo empeño en probaros que aún cuando le hubiese amado, no habría trepidado un momento en seguiros; pero no lo amaba!

¡Sara!

¿Lo dudáis? pero jamás lo amé ni nunca fuí su querida.

No os pido que me hagáis revelaciones penosas, ni os hablo de él—le dijo Gonzalo poniéndose lívido.

Y yo tengo empeño en hablar. Jamás, lo oís bien?—jamás Sanchez Boadil fué mi amante. No; á pesar de todas las apariencias nunca me ha dado un beso en la boca. Yo creía amarlo, pero antes de entregarme á él tuve tiempo de notar que me equivocaba, y esperé el momento que me dijeseis que me amabáis.

¡Yo!

Tú, dijo Sara con la voz profundamente conmovida.

¿No lo habíais adivinado?

Y cómo si no se diera cuenta de lo que hacía, se deslizó hasta junto á Gonzalo, quien atraído como por un imán irresistible, abandonó su cabeza á aquella mujer que tenía en aquel momento sus ojos extraviados, sus labios entreabiertos, y que dejaba escapar de entre su boca un aliento que iba á morir en el cabello de Gonzalo. . . .

Él enmudeció: tomó á Sara por la mano; atrajo hasta su boca aquella cabeza que parecía perdida de amor, y ébrio

delirante, puso sus labios febricantes sobre aquella boca, fresca, que le produjo á su contacto una sensación indefinible.

Al fin y al cabo por qué había de mentir?

Yo te amo, y te amaba, Gonzalo!... ¡te amo con toda mi alma! seré tuya, enteramente tuya á pesar de todo!... le dijo Sara después de aquel beso que le había hecho languidecer.

Tunez y Peralta se levantó rápidamente, porque en aquel momento oyóse en el salón donde se cantaba, un ruido abrumador de aplausos y la gente que se había levantado, iba llegando al pequeño salón rosado. Sara, apercibió á su tío que estaba charlando con Adadus Calpe, el cual parecía bastante fastidiado. Ella se levantó también, tomó la mano de Gonzalo, la estrechó nerviosamente, y dijo mirándolo nuevamente:

Aquí está ya mi tío. Nos volveremos á ver, ¿no es verdad? y magnetizaba á Tunes y Peralta con una mirada cargada de electricidad.

En presencia de Peralta dirigióse á su tío y se apoyó en su brazo, como para demostrar, que no estaba solita en el mundo, que tenía un protector natural.

Winter parecía sorprendido de la amabilidad de su sobrina.

Vámonos tío — le dijo Sara.

¿Cómo que nos vamos? ¡Sin ir al ambigú!

Cenaremos en casa — respondió Sara, os preparo una sorpresa. — Y echaremos un párrafo sobre la moralidad del arte.

Ya había dado su golpe, y comprendía que cuanto hiciese solo serviría para enfriar la impresión producida en Tunez y Peralta. — Por eso quería dejarlo bajo la perturbadora influencia de aquel beso.

Ya que lo quieres vámonos, pues; — dijo Winter con un humor negro y preparándose á salir. ¡ Vaya una idea! Calpe — añadió dirigiéndose al periodista y dándole la mano, tengo algunas obras de arte que enseñaros.

¡ Salgo tan poco de casa! contestó Calpe.

¡ Hurón! — le dijo el químico y escultor.

¡ Puritano! — añadió Sara estirándole á su vez la mano á Adadus Calpe.

Las cinco de la mañana eran, cuando la orquesta ejecutó la galop de conclusión. Palidecían ya las luces del salón ante el brillante esplendor *del Sol que nacía*.

Tunez Peralta seguía con la vista á Sara y la vió desaparecer en el salón contiguo entre los numerosos grupos de damas y caballeros que se agitaban en todas direcciones; y cuando desapareció de su vista, parecióle que el saloncito rosado era un vasto desierto.

Un malestar repentino se apoderó de él, y en tanto que Sara alegre y satisfecha, recorría con la memoria, en dirección á su casa, los incidentes de aquel baile, viendo la turbada sonrisa del Ministro y pareciéndole escuchar aun las apasionadas declaraciones de Tunez Peralta.

En tanto que ésta iba engolfada pensando en esas cosas, Gonzalo se sentía contrariado y hasta descontento al ver interrumpidas áquellas íntimas confidencias, y se arrepentía de haberla dejado ir sin concertar otra entrevista para continuarlas.

Pero, ¿ que más tenía que decirle?

Lo había dicho todo. — Había sellado su amor con aquel beso embriagador, se había confesado, dejando ver toda su alma, y eso que en otros tiempos había formado el firme propósito de ocultárselo todo, ahogando su amor, para que más tarde sin saber por qué, como un niño, al primer encuen-



tro con aquella mujer, dejarse llevar por la pasión, y caer en multitud de revelaciones peligrosísimas.

¡Era que amaba verdaderamente, que había amado siempre á esa mujer! No mentía, la imagen de Sara lo siguió por todas partes; en sus ojos había bebido un veneno que le devoraba las entrañas. Le pertenecía completamente. Si Boadil no hubiese estado de por medio, seguro habría venido á Buenos Aires mucho tiempo antes, en busca de la señorita Sara Winter. — Pero la sombra de Boadil se lo impedía, se acordaba cuanto la había amado su amigo. Había estado algunas veces con ellos; frecuentemente acompañaba á Boadil hasta la casa de Sara. ¿Cómo se ha atrevido ésta á negar, un momento antes que no fué jamás su querida?

Una chispa de cólera, que no hizo más que relumbrar y apagarse cruzó por los ojos de Gonzalo, su frente se puso severa, acometido de un repentino acceso de esos que amenuendo le impulsaban á buscar al aislamiento absoluto. — Experimentaba irresistibles deseos de salir de allí. Para no encontrarse con la dueña de casa y poderse ir sin despedirse; deslízose por entre los grupos de gente y se dirigió hacia el guarda ropa sin que nadie lo viese y sin mirar á nadie.

Estaba ya poniéndose el sobretodo, cuando la voz de Boadil le dijo:

¿Ya os váis, mi querido Gonzalo? Queréis aguardarme diez minutos y saldremos juntos?

Apenas había tomado Boadil su abrigo, y se disponía á reunirse con Gonzalo, cuando Casilda lo detuvo para hacerle reproches por lo poco galante que había estado esa noche con ella, y le entregó un billete que él precipitadamente metió en un bolsillo del faldón del frac.

Os pido mil perdones mi querido amigo por haberos hecho esperar más tiempo del que yo pensaba. — Y le alargó su

mano cubierta con el guante, sin abandonar su franca y leal sonrisa.

Túnez Peralta se manifestaba contento del encuentro con Boadil.—Acaso sin quererlo, se decía, un momento de conversación con Boadil era como seguir conversando con Sara.— Aquellos dos hombres entraban por partes iguales en sus preocupaciones y sus recuerdos. Además tenía la mayor estimación por Boadil.— Aquel Argentino completaba á aquel Español.

¡Tenían tantos recuerdos comunes; fiestas, cenas, bailes! Y llevaban mucho tiempo sin verse.

Gonzalo experimentaba cierto placer indefinible, viéndose junto con Boadil, lo rejuvenecía, y le traía recuerdos de la juventud. Cuántas veces habían paseado juntos del brazo, tomando el aire y haciendo mil proyectos.

En muy rápidos momentos, en muy pocas palabras, cerraron el largo paréntesis de los años de separación y de viajes. ¡Se expresan tantas cosas en pocas palabras!

Y como Túnez y Peralta, fatalmente atraído por el nombre de Sara, lo pronunciara sin saber cómo, ni á cuenta de qué, Boadil guardó discreta reserva y se quedó esperando á que el señor Peralta lo interrogase.

¡Que Buenos Aires éste!—dijo Gonzalo. Tiene una rara propiedad. Pronto se apodera de uno, como si nunca se hubiese salido de él.—Apénas he abierto mi equipaje, y ya me hé convertido en el criollo que era ántes de emprender mis últimos viajes.

Buenos Aires es como el champagne cuando se bebe con las mujeres—contestó Boadil.—En cuanto uno abre una botella, empieza á beber, para seguir bebiendo sin medida.

¿El champagne? Vosotros los Argentinos siempre estáis calumniando á vuestro país.

¿ A quién se le ocurre comparar la gran capital de la Republica Argentina con el champagne.

Pues ya véis que vos mismo estáis diciéndolo!

Apenas hace dos días que habéis llegado, y ya estáis borracho ¡ El champagne de los salones!

Talvez no sea eso solo lo que se me ha subido á la cabeza—dijo Tunez y Peralta.

Claro está que también habrá sido la criolla, porque la señora de Ramos es encantadora.

Es cierto—contestó Gonzalo con frialdad.

¡ No tanto como la señorita Sara Winter!

Boadil envió hasta sus ojos una bocanada de humo del cigarro que iba fumando, esperando que Tunez y Peralta contestase; pero Gonzalo caminaba al lado de su amigo sin decir una palabra, como abstraído en una profunda meditación, y Boadil, viendo esto, procuró reanudar la conversación.

¿ Y habéis venido—dijo, sin nombrar á la señorita Winter—por largo tiempo?

A deciros verdad no lo sé.

Presumo que no os iréis á marchar inmediatamente.

¡ Oh! ya sabéis, que soy un original, y no tendría nada de extraño que lo hiciese.

Boadil se echó á reir.

No me extrañaría; pero si algo valgo para vos, os ruego que no nos abandonéis así, y todos ganaremos. Como os he dicho tantas veces, no sois español sino argentino, y yo en vuestro lugar me instalaría aquí definitivamente. ¿ No decis que después de Madrid, esto es lo mejor que habéis encontrado? ¿ Entonces á que buscar otra cosa?

Mi querido Boadil—dijo repentinamente Tunez y Peralta, que no había puesto atención á lo que le decía.—queréis

darme vuestra palabra que me contestaréis con toda franqueza á una pregunta sumamente delicada, inconveniente si queréis, una de esas preguntas que no es permitido hacerse, y que yo sin embargo os dirigiré torpemente.?

A esa y á todas las que queráis hacer, querido Gonzalo, contestaré como corresponde hacerlo á un caballero y á un amigo.

¿Habéis amado mucho á la señorita de Winter?

Mucho.

¿Y ella os ha correspondido?

No por cierto.

Pues no es eso lo que me ha dicho hace muy poco tiempo.

¿Ah!—dijo Boadil encendiendo el cigarro, os habéis ocupado de mí?

Me ha dicho que había creído amaros sinceramente.

Pues eso era lo que yo decía.

¿Y.... Sara?....

¿Sara?... repitió Boadil que adivinaba perfectamente la pregunta, al ver las vacilaciones de Peralta.

Quando un hombre amigo mio, se siente bastante aturdido ó débil, ó demasiado interesado, como os plazca, para jugar su vida á una sola carta, le debe ser permitido hacer una de esas preguntas inconvenientes á que aludía yo hace un momento. Bien pues, vos solo podéis decirme una cosa que nadie más que vos podría afirmarme ¿Habéis sido el amante de Sara?

Boadil antes de contestar tomó amistosamente el brazo de Gonzalo y al apoyarse en él notó que su amigo se estremecía;—lo encontró calenturiento.

Querido amigo, lo que me proponéis es la perdurable cuestión de la honradez para un caballero, y del deber con respecto á una mujer. Aun poniéndome en el supuesto caso

que yo hubiese sido el amante de Sara, me vería en la ineludible obligación de decir que jamás fué mi querida. Esas mentiras son de cajón.

No, no he sido el amante de Sara, pero me permitiré aconsejaros que si no queréis haceros muy desgraciado, procuréis no serlo vos tampoco! Sois de esos hombres que llevan el corazón en la mano.—Ella es una de esas mujeres que calculan y persiguen sin fijarse en las consecuencias, un objetivo cualquiera. . . . . Es muy posible que se considere halagada en su amor propio teniendoo como su prometido, que es lo que yo fuí, ó como amante patentado, que es lo que han sido otros, según se murmura—fijaos bien, lo que se murmura, porque yo no digo nada, pero en ninguno de esos dos casos se sentiría conmovida por vuestro amor.

Es una mujer que es pura cabeza, bellísima y seductora, pero con el corazón lacerado por las penas y los desengaños y completamente descreída, por esos mismos desengaños, tan incapaz de amaros como vos merecéis, como incapaz sois vos de engañarla, como dicen que han hecho otros.

¿Engañada?—preguntó Tenez Peralta con un acento de conmiseración que sorprendió á Boadíl.

¡Si, engañada! como lo oís.

De modo . . . . que si yo me enamorase de Sara . . . preguntó Gonzalo.

Os aconsejaría que le declaraseis vuestro amor, primero, que se lo probaseis después y por fin lo destinaseis *al archivo* con los demás amores pasados.

Habláis de la señorita Sara como hablaríais de cualquier mujer vulgar.

Os protesto que hablaría de muy distinto modo; si se tratase de otras mujeres os diría: son muy hermosas y no constituyen un peligro.

Y por el contrario, Sara es un personaje peligroso.

Si por cierto.—Para vos lo es.

¿Y por qué no lo fué para vos ?

Por la sencilla razón, mi querido Peralta, de que me dí por satisfecho con amarla como vos la habéis amado hasta ahora, y porque según antes os lo he manifestado, tuve la suprema suerte de no ser su amante.

¿Habéis venido esta noche con ella á casa de la señora de Ramos?

Sí.

¿Y acompañáis á una mujer que según acabáis de asegurar es un personaje peligroso ?

Sí, pero no para Casilda.—Además, eso es una gota de champagne, como una dosis homeopática. En Buenos Aires se vive solamente de complacencias y hasta cuando uno se muere necesita ser complaciente, y darle la mano al confesor, que bien puede ser un *Judas Iscariote*, sin tener deseos de hacerlo, todo por la sociedad ó la familia.

No se siente uno tal cuál es (y de repente Boadil cambió el tono burlón en serio y grave)—sobre todo cuando un hombre como vos, un distinguido caballero, dirige preguntas que se parecen mucho á un consejo.—Entonces se le contesta como lo acabo yo de hacer y se le dice después: *¡fait attention !*

Gracias—dijo Tunez y Peralta estrechándole la mano nerviosamente.—Vuestra actitud es la de un verdadero amigo y de un caballero.

Y si juzgáis que he estado demasiado duro, echad la culpa á mi despecho. Tal vez he juzgado torpemente á Sara, pero puedo afirmaros que nó os he engañado.

Ahora sacad el partido que podáis de esta conversación. ¿Cuándo nos vemos ?

Estoy indeciso, no sé si permaneceré aquí—respondió Gonzalo. Ya os escribiré, porque talvez me vaya á Montevideo á visitar un amigo.

¿Iros?

Sí.

Vamos! dijo Boadil—sabéis que si fuese una escapatoria del peligro aludido, me alarmaría? Entonces la cosa sería más seria.

No en verdad, no sería una escapatoria, sino el placer de ver á un amigo cuando más—respondió Tunez y Peralta.

Y entraron al Hotel menos satisfechos uno de otro que al principio de su conversación. Boadil iba con la impresión que de cualquier manera, aunque hubiese sido en broma, había ofendido á Gonzalo; y este en su carácter un poco sombrío, se enfadaría con él al ver que lo echaba á la chacota al tratar una cuestión tan seria.

Después de un rato de conversación Boadil se despidió de Tunez y Peralta y se dirigió á su casa.

También Gonzalo entró en el hotel descontento, pero por muy distinta causa de la que presumía Sanchez Boadil, y á penas hacía un momento que el ultimo se había ido cuando el sirviente le entregó una carta puesta en una bandeja de platina.

Gonzalo la abrió maquinalmente. Un amigo suyo de Montevideo, al saber que se hallaba en Buenos Aires lo invitaba á pasar unos dias en su casa, añadiendo que si él no venía á darle un abrazo, era porque asuntos de interés se lo impedían, haciendo necesaria su presencia allí.

Tunez y Peralta, que era algo supersticioso, leía y releía la carta en tanto se sacaba los guantes.—Talvez aquella carta llegaba á tiempo para evitar que hiciese un disparate.

Aun sentía sobre sus labios arder aquel beso de Sara.

Al otro día irremediamente su primer pensamiento, sería el de buscar aquella mujer y renovar aquella impresión deliciosa que le inundaba el alma ¡Un personaje peligroso! había dicho su amigo Boadil. Efectivamente los ojos de Sara tenían destellos peligrosos; pero precisamente era su encanto y su fuerza y su adorable seducción; aquella llama que se escapaba por entre sus largas pestañas rubias.

¡Un personaje peligroso!

Quizas Boadil tuviese razón.—Los mejores amores son los no satisfechos, que permanecen siempre inagotables.

La carta del amigo de Montevideo llegaba muy á tiempo.— Talvez era una advertencia, ó una coincidencia.

En resumen de todo; que arriesgaba Gonzalo pasando unos días en la otra orilla llevándose impreso en los labios el sello, ardiente del beso . . . . . El aire del mar calmará su ardor.

Tengo la cabeza aturdida—decía Tunez y Peralta.—¡Tenía necesidad de hablar de Sara con Boadil! Tenía también necesidad de hablar con ella! . . . y se quedó contrariado de sí mismo, turbado y casi colérico.

Sin duda Boadil había cometido una imprudencia, pronunciando aquella palabra que para Peralta tenía cierto atractivo siempre.—Lo que más lo ponía fuera de quicio al intrépido viajero, era la repuesta de Boadil, afirmando que no había sido el amante de la señorita Winter, pero que ésta había sido de otros—¿Qué sabía Boadil de todo eso?

Y en su interior se mezclaba cierto tinte de envidia furiosa con esa insaciable sed del deseo, que el beso de Sara le había inyectado en las venas. Hubiese deseado saber la verdad desnuda, volver á ver á Sara, estrechar más á Sanchez Boadil con sus preguntas. ¡Más le valiera que no hubiese vuelto; ni la hubiera visto, ni se hubiera encontrado en casa de Casilda!



Bueno, sea, Boadil tiene razón. Me iré. Y diciendo esto y mientras se sacaba su frac de baile, apercibió en la alfombra un billete sin dirección y sin querer se impuso, que era una cita que Casilda le daba á Boadil.

Al día siguiente por la mañana Sanchez Boadil, recibió una esquila membretada con el escudo de armas de Tunez y Peralta, cuyo contenido era el siguiente:

“Esta vez la suerte ha protegido al amor, pues el adjunto billete, no ha caído en manos enemigas.

“ Se lo remito y deseo que Vénus lo proteja, y que goce del indefinible placer de Antenor en brazos de Lactenia en el gabinete de Flora.

“ Lo felicito por este rasgo de la bella C.... y porque Vd. cultiva todos los ramos de la elocuencia, mezclando lo útil con lo agradable, según el precepto de Horacio: *omne pumtum tullit qui miscuit utile dulci.*

“ Talvez V. tenía razón. Estoy un poco borracho de champagne. Me voy á Montevideo y si vuelvo aquí, le aseguro que solo iré á la sociedad de hombres graves.

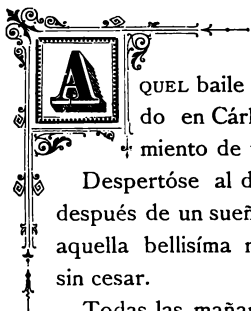
“ Al menos allí no encontraré *personajes peligrosos*.—Gracias y hasta que nos veamos.

“ Vuestro de corazón.

G. T. P.”

¡ Diablo !—exclamo Boadil, que leyó dos veces la carta.— Estaba agarrado de veras nuestro querido Peralta. Esta vez Sara Winter ha tirado bien el anzuelo. ¡ En fin, allá veremos !.... siguió diciendo en tanto que habria la carta en la que Casilda le daba una cita para la noche de ese día.

---



QUEL baile en casa de Casilda Ramos había dejado en Cárlos Oriburo, algo así como el aturdimiento de una noche de orgía.

Despertóse al día siguiente con la cabeza pesada, después de un sueño agitado, durante el cuál había visto aquella bellísima mujer, de pié delante de él, riéndose sin cesar.

Todas las mañanas, desde que era Ministro, Carlos se conceptuaba feliz al levantarse, con la alegría del buen vivir. Se paseaba con cierta especie de voluptuosidad por el jardín de su casa.

Aquella mañana, por el contrario, encontró un aspecto sombrío en las desnudas plantas del jardín.—Sentiáse esplinado. Había dormido pocas horas, pues lo habían despertado para entregarle unos telégramas de las provincias: noticias sin importancia alguna. Y por otra parte su pensamiento no estaba en esos asuntos. Veíase en casa de Casilda Ramos, cerca de Sará, tan bella, con su vestido de seda, rosa pálido, y sus deliciosos cabellos rubios.

Si no hubiese sido casado, desde aquel momento se hubiera ido en pos de ella para volverla á ver. Sentía cierto goce de cuando era estudiante al verse interesado de aquel modo. En otro tiempo había experimentado las mismas emociones.

¡En otro tiempo! Pero en otro tiempo no era el hombre de estado, el personaje actual.

Un Ministro tiene muchas cosas de que ocuparse para entregarse á las caricias de un ideal.—Carlos se vistió apresuradamente, pidió el almuerzo y en seguida se fué al Ministerio.

Sentóse delante de la inmensa mesa de su despacho, llena de papeles, y encima de la cual se veía una gran cartera de tafilete negro. Habían colocado en medio de la mesa una carpeta de cuero llena de hojas de papel que contenían decretos y resoluciones para la firma del Ministro. Al lado veíanse multitud de pliegos de papel que llevaban sus respectivos membretes.

Carlos se sentó en su sillón, lleno de satisfacción y con ánimo de trabajar.

Aquel regio salón aunque provisorio, por estar en construcción el palacio de Gobierno, estaba adornado con grandes cortinas de damasco de seda mordoré, mármoles finos, y riquísimos bronces.

Despacho suntuoso, de altos balcones que caían á la “calle de Rivadavia”, y con entrada á un patio, lleno ya con los eternos importunos y pretendientes que iban entrando á un salón contiguo al despacho del Ministro, inmediato al del Subsecretario del Interior.

El Ministro vió que todo estaba en perfecto orden y respiró satisfecho la atmósfera de su despacho antes de ponerse á trabajar. Préviamente á todo, leía los partes de los jefes de oficina, del jefe de policía—tomó el parte de este ultimo.—Nada notable. Un pequeño accidente en la via férrea de Campana.

En la Bolsa se había comentado favorablemente, el dia antes, el próximo discurso del Ministro sobre política interior y el del Ministro de Hacienda, que debía desmentir los rumores infundados, ó por lo menos prematuros, que había hecho circular la oposición sobre un empréstito en Londres. Todo

marchaba bien.—El nuevo Ministerio era saludado por la confianza pública.

Carlos sonrió y pasó á leer los artículos de la prensa. A excepción de dos diarios muy rabiosos, opositoristas irconciliables, todos los demás diarios nacionales y extranjeros elogiaban calurosamente al Ministerio que acababa de nacer. "The Standard" que se publica en Buenos Aires desde hace más de un cuarto de siglo, por los excelentes Irlandeses SS. D. Miguel y Don Eduardo Mulhall, el primero autor de su Hand Book of River Plata—aseguraban en su importantísimo diario que la combinación ministerial respondía ampliamente á las exigencias y necesidades de la situación.

En fin, la opinión pública, por el órgano de los diarios que valía la pena de tenerlos en cuenta, manifestaba la confianza que inspiraba el nuevo gabinete.

El día parecía que se presentaba con mucha aglomeración de trabajo. Multitud de Diputados iban entrando al despacho del Ministro, y los amigos y pretendientes más íntimos, hacían antesalas en el salón de espera y adulaban á los porteros para conseguir que introdujeran sus tarjetas al subsecretario ó al Señor Ministro.

Carlos se veía sitiado por todos lados á la vez; bloqueado en su despacho despedía á los visitantes y solicitantes con una sonrisa ó con un apretón de manos, prometiendo de buena voluntad, satisfecho de prometer y contrariado cuando notaba algún gesto de desagrado en alguna de aquellas caras. De cuando en cuando, en medio de sus más serias ocupaciones, se le venía á la imaginación la sonrisa perturbadora de Sara, y trataba de desechar como importuno ese recuerdo, meneando la cabeza para hacer creer que escuchaba y estaba en todo lo que se le decía, pero el Ministro se hallaba á mil leguas de aquel lugar.

Entre aquella nube diaria de solicitantes, de diputados que reclamaban destinos para sus amigos políticos, que pedían la destitución de tal ó cuál empleado, y recompensas para los agentes electorales, acosando al Ministro con recomendaciones y ruegos hechos en tono de humildad, en los que casi siempre había algo de amenaza,—Carlos tenía que haberse-  
las pocas veces con un amigo.—Aquello era una série aplastadora de indiferentes ó de enemigos encubiertos que se resignaban á adular al vencedor.—Carlos que era Ministro desde hacía poco tiempo, sentía la sensación vaga, inquietante, de que un Ministro se debe á una porción de tipos, siempre los mismos, frecuentadorés asiduos, y quien quiera que fuese el Ministro tenían en el ministerio la misma influencia y el mismo derecho á entrar y á pedir.

El Ministro sentíase abrumado ante aquella lluvia interminable de solicitudes y pretensiones, cuando el portero le entregó una tarjeta en la cual se leía este nombre: *Floro de Rucar*.

Rucar que siempre le había demostrado amistad á Carlos pasaba en el Congreso por hombre que le era poco adicto, y el Ministro sin saber por qué, comprendía que aquel hombre estaba llamado á ser su sucesor. Por lo que era indispensable mostrarse sumamente amable.

¿Que andará buscando? se dijo para su capote.

Rucar era un verdadero tipo. Junto al Ministro actual era el Ministro de mañana, el hombre necesario, el Mitrista de dos frisas, aquel cuyo advenimiento al poder marcaría, según decían sus partidarios, la estirpación de todos los abusos grandes y chicos.

Rucar tenía su pequeño círculo que suspiraba por su elevación al poder, y que hacía insensible propaganda en su

favor y que intrigaba sin descanso por él, colaborando de antemano para su elevación.

Carlos no ignoraba que desde hacía mucho tiempo, Floro de Rucar había lanzado de aquel modo su candidatura para una cartera cualquiera. En un triz estuvo para que formara parte de la última combinación, y en ese caso hubiese sido cólega de Oriburo en vez de ser su adversario.

A Carlos le era lo mismo tenerlo frente á frente en el parlamento, que por cólega en la mesa de los acuerdos de Ministros.—Era un enemigo del cual era preciso estar siempre en guardia. Rucar verdaderamente no era una potencia, pero le sobraba audacia, y no se paraba en los medios para llegar á su objetivo.

¿Qué novedad hay?—le dijo el Ministro al verlo entrar en su despacho, sonriente y saludando con suma amabilidad.... ¿Venis á visitar vuestra casa? Y lo invitaba con el ademán á que se sentase en el sillón ministerial que estaba desocupado.

¿Yó?— contestó Rucar.— Me libraré muy bien de sentarme en ese sillón. Harto bien ocupado está.

Que amable sois, mi querido Rucar.

Líbreme Dios disputaros ese sillón. Al contrario, vengo á daros un consejo para consolidar vuestra situación, que por otra parte es sólida é inmovible.

Un consejo que viene de un amigo debe ser muy bueno, compañero.—Veamos.

Se trata, mi querido Ministro, del nombramiento de dos Jueces Federales, y vengo á suplicaros que interpongáis toda vuestra influencia para que sean propuestos al Senado los SS. Doctores Domingo Salvadores y Octavio Goldan que son muy amigos míos.

Mientras hablaba, Rucar—que estaba sentado frente al

Ministro, observó que éste contraía un poco los lábios y le oyó contestar, casi con fastidio :

Ya había pensado de antemano en los señores Delgado y Ocampo—jóvenes ilustradísimos y además amigos decididos de causa.

Rucar sonrió.

Evidentemente sería una elección acertada la de esos dos jóvenes. Los dos tienen ilustración, como lo acabáis de manifestar pero poco influyentes en el Congreso. En cambio mis candidatos son muy queridos y pertenecen al círculo de Rucar. Y amigos míos personales, querido Ministro. Os aseguro que me causaréis un verdadero desagrado sino los apoyáis en el acuerdo de Ministros, donde hoy mismo se redactará el mensaje que se enviará al Senado, pidiendo su aprobación para el nombramiento de esos jueces Federales. ¿Se celebra hoy acuerdo? ¿no es verdad?

Dentro de un momento.

Rucar se despidió del Ministro repitiéndole con una insistencia impertinente, que casi hizo volar á Carlos, que los candidatos que le recomendaba serían muy bien recibidos por la mayoría del Senado.—Cien veces mejor que los candidatos Delgado y Ocampo.

Los dos son enemigos políticos y á mi no me gustan los tráfugas, repetía Carlos saludando á su amigo.

Carlos se quedó rabioso y descontento al ver que el dichoso Rucar había preparado ya el terreno.

Amigo falso y desleal!—exclamó Carlos, cuando Rucar hubo salido de su despacho. Y furioso tomó el sombrero para ir al acuerdo.

Los colegas esperaban reunidos y conversando en el salón tapizado de blanco y dorado, el eterno salón de los acuerdos, con los grandes espejos y consolas con tapas de mármol y

piés dorados.—Las carteras, unas aparecían repletas, otras desocupadas, en manos de sus excelencias.—De pronto se abrió una puerta, los porteros se apartaron para dar paso, y el Presidente de la República se adelantó, con aspecto grave, á tomar asiento en su lugar de costumbre, mientras los Secretarios se sentaban en sus puestos habituales.

Luego á su vez, cada Ministro iba tomando la palabra por turno, para hablar de los asuntos concernientes á su departamento, muchos de los cuales habian sido tratados en acuerdos anteriores. Cada uno al terminar de dar cuenta del estado de las cuestiones pendientes, saludaba al compañero que tenía á su derecha. ¡He dicho!

El Presidente escuchaba. Carlos delante de aquella mesa entregábase á sus ilusiones, olvidando los asuntos que eran debatidos.

Unas veces para recordar la diputación provincial y hacer constatar para sus adentros que aquella reunión traía á su memoria, el mezquino recuerdo de la diputación provincial; otras para pensar que en aquel salón, "de la Casa Rosada," aquellos hombres sentados allí, gobernaban la República, á la patria querida, y que tenían en sus manos los secretos, los destinos y la suerte del país.

Y Carlos, satisfecho de verse en el poder; y que se sentaba siempre con cierta especie de deleite en aquel sillón que imaginaba ser suyo, se olvidaba, sin embargo, de sí mismo y sentíase traído á la realidad cuando aquel hombre de grandes bigotes, que era su compañero, el de la Guerra, dejaba caer alguna palabra en la cual se entreveía ó un temor ó una esperanza.—Carlos entonces se ponía á escuchar, más emocionado de lo que quería aparentar, procurando á su vez ocultar todas sus agitaciones de artista y patriota bajo la máscara impenetrable que tenía, por ejemplo, su compañero



el Ministro de Hacienda, que parecía al mirarlo un ídolo mexicano.

El acuerdo de aquella mañana era poco importante.—El Ministro del Culto, el Dr. J..., hombre gordo y de anchas patillas, de ojos saltones y un poco vidriosos, sometía á la aprobación del Presidente de la República, el cual lo escuchaba, como quien oye llover, cierto proyecto de reforma que se relacionaba con la iglesia, que le era completamente indiferente á Carlos.—Ni siquiera oía la palabra un poco gerundiana de su cólega, que se perdía en consideraciones inútiles, mientras el Ministro de la Guerra, que lo miraba con ojos rabiosos, parecía ordenarle militarmente: “Terminad con mil diablos, ó de lo contrario os hago tocar una diana.”

Carlos, con la vista fija en el cielo que se veía á través de los cristales del balcón, contemplaba las gentes que transitaban por la plaza. Su pensamiento estaba lejos, muy lejos de aquella mesa, en rededor de la cual, y en medio de un profundo silencio, iban saliendo palabras y palabras de los labios del Ministro de Justicia, como la cañilla abierta de un caño de agua corriente que la deja caer monótona y acompasadamente.

Carlos tenía siempre por delante aquella visión en forma femenina, vestida con el traje de seda color rosa, aquel que Sara llevaba la noche de la reunion en casa de Casilda. Parecíale estar viendo aquella sonrisa fugitiva, cuya expresión deseaba descifrar, aquella mirada particular burlona, aquella esquisita criolla en toda la extensión de la palabra. ¡Qué encantadora era! ¡Y qué poético aquel nombre de Sara!

Después de casado Carlos no habia experimentado una emoción semejante, ni se dejaba influir de aquél modo por un recuerdo.

El señor Ministro del Interior tiene la palabra.

Carlos no se había apercibido, tan absorbido estaba, que el señor Ministro del Culto había terminado su discurso, y que después habían hablado los demás cólegas.

Afortunadamente para Carlos, los compañeros no habían notado que aquel hombre inmediato á ellos estaba soñando despierto.

La verdad es que ese día el Ministro de Interior tenía bien poco que decir y nada de vital interés, nada notable.

Habló de los artículos de la prensa y agregó que antes de pocos días tendría terminado el estudio de un proyecto de gran trascendencia que sometería al acuerdo, y acabó pidiendo que se tratase inmediatamente de los candidatos para Jueces Federales que debían enviarse al Senado.

Entonces pudo ver Carlos la estraña influencia que debía tener Floro de Rucar. Desde el principio de la discusión, el Ministro comprendió que sus candidatos estaban derrotados por los de Rucar. Su ex-amigo había trabajado á cada uno de los Ministros separadamente. El Presidente también era partidario de aquellos candidatos. La competencia de éstos, su cultura esquisita, la despreocupación extraordinaria con que se miraban sus antiguas opiniones en política, eran grandes méritos. Era necesario atender á los nuevamente convertidos y mostrár que el Gobierno abría los brazos á cuantos ingresaban en las filas del gran partido Nacional.

La teoría es muy humana,—dijo Carlos,—y en verdad no soy partidario de la intransigencia, ni del sistema de la sospecha torpe; mas hay en ese amor profundo que se profesa á los tránsfugas de todos los partidos, algo de fuertemente irónico.

Pero altamente político,—dijo el señor Ministro de la Guerra.

Es una lección que se da á los neófitos.

Pues bien, la lección es peregrina, y cuando vengan las elecciones veremos á quien se le aplica la lección,—replicó Carlos.

El Ministro comprendió que era mejor dar por terminado el asunto, pues era inútil toda insistencia.

De su cuenta corría que aquellas propuestas no pasasen en el Senado.

Negocio convenido de antemano!—pensó Carlos, á quien le parecía estar viendo la sonrisa cortés, pero amenazadora, del Floro Rucar.

Sentíase un tanto nervioso y contrariado por aquel resultado. Pero ¿qué hacer? se puso á escuchar, para distraerse, los discursos de los compañeros. El Ministro de la Guerra tomó la palabra, y Carlos, con asombro y mal humor, en vez de oírle hablar como esperaba de áltos intereses del país, vió que el Ministro se iba al grano, formulando extensas consideraciones, sobre las mochilas, la forniture y los capótes.

Carlos estaba saltando por que terminara el acuerdo.

El Presidente antes de levantar el acuerdo repetía con la mayor gravedad:

Sobre tódo, señores, nada de innovaciones bruscas. Vamos organizando las cosas lentamente y todo marchará bien, no nos metamos en laberintos para mejorarlas. No nos criemos dificultades. Contentémonos con poner las cosas en su quicio.—Se levanta la sesión.

En el momento de salir de la sala de los acuerdos, el Ministro de la Guerra le dijo á Carlos con tono de broma: Parece, compañero, que no han sido muy de vuestro agrado las propuestas para Jueces Federales. Si han cambiado la casaca, eso prueba que son partidarios de aquel principio, de que en la variación está el gusto.

Y el Ministro de la Guerra se echó á reir.

Carlos tomó su carruaje y se fué á su casa á comer.

Para él, en otro tiempo la hora de la comida era generalmente un momento de placer.— Sentado junto á su Sofía, descansaba en aquellos instantes de las luchas diarias de la política.

En su casa de la calle de Reconquista, tenía la costumbre de ser expansivo, de mantener una conversación alegre y cariñosa, que su mujer encontrara en el hombre lleno de ocupaciones, al novio, al recién casado. Pero ahora, siempre con convidados, y delante de aquellos sirvientes, correctos y estirados, apenas hablaba; sentíase siempre asediado por todos y temeroso de cometer una indiscreción.

Sofía aceptaba lo mejor que podía las necesidades de su nueva situación. Puesto que aquello era estar en el poder, que se había de hacer, paciencia! Estaba resignada á esas soledades de apariencia lujosa, puesto que la fortuna política de su marido la tenía como prisionera en aquel inmenso caserón, donde no le quedaban nada de las alegrías del hogar, de aquella casa que ella había adornado á su gusto y con el mayor cuidado, y se sentía fuera de su centro en aquellos vastos salones, fríos, á pesar de las estufas. Cuando alguna amiga iba á visitarla y le decía que estaba muy bien instalada, la pobre Sofía respondía sonriendo tristemente.

¡Sí! Pero preferiría, de buena gana, vivir en mi antigua casita, y vivir con mis antiguas costumbres.



ARLOS, desembarazado al fin del acuerdo de Ministros, al entrar á su casa hizo avisar á su esposa que estaba ya de vuelta.

Sofía, muy interesante, con su vestido de mañana ajustado á su esbelto talle, fué á recibirlo y se sintió fuertemente impresionada al notar lo preocupado que se hallaba. No se atrevía á interrogarlo; pero asustada, inquieta, no pudo menos que inquirir la causa de aquel ceño tan adusto.

Que serio estás, mi querido Carlos—dijo sonriendo.

Entonces, él en cuatro palabras le explicó lo que había pasado en el acuerdo, á propósito de las propuestas para Jueces Federales.

¿Y no es más que eso? ¡Bah! que importancia tienen esos nombramientos! No vale la pena que te preocupes por tan poca cosa! Muchas otras cosas por el estilo has de ver!

Y sonrió graciosamente.

Eso es lo que VV. llaman la política. . . . y puesto que tanto te gusta . . . ¡Al menos que no te guste nada más que ella, Carlos, dijo acercándosele!

Iba á aproximar la cara para que le diese un beso, pero retrocedió rápidamente; un criado de aspecto tieso se presentó en aquel momento, para anunciar ceremoniosamente que la comida estaba en la mesa.

Carlos comió sin apetito. Sofía lo miraba con ternura. ¡Cuán nervioso, y fácil de disgustarse es!

Iba hablarle del asunto; pero Carlos le hizo seña para que callara.— Los criados inmóviles escuchaban.

Sofía experimentaba el suplicio de aquella vijilancia eterna, ejercida sobre ellos.

Carlos estaba triste, silencioso y en sus mudas preocupaciones, mezclaba con extraña confusión al astuto Rucar con aquella Sara Winter, cuya imagen no lo abandonaba ya ni un momento. Estaba descontento de sí mismo abrumado por la persistencia de aquel recuerdo.

Sofía, también triste, sin saber por qué, trataba en vano de sonreír y de distraerlo para arrancarlo de sus preocupaciones; si salía, como quien sale de un momento de estupor, de sus reflexiones, era para contestar con un monosílabo ó una frase seca á alguna pregunta de su mujer, y volvía á caer en su nervioso mutismo.

Con frecuencia lo había visto así en los momentos de las luchas ardientes de la política, y por lo tanto no se asustaba. Si se hubiese encontrado en su anterior y modesta casa, en vez de hallarse en medio de aquellos suntuosos salones, hubiese corrido á él, y sentándose en sus rodillas le hubiera dicho, tomando entre sus manos aquella cabeza calénturienta! “Vamos ¿qué tienes? ¿qué pasa? manifiéstamelo, para que yo, aunque no soy más que una niña, pueda consolarte.”

Pero allí, en aquellos salones, con visitas y con aquellos criados siempre en escena, no se atrevía. Estudiaba con inquietud triste la explosión del adusto semblante de su Carlos, quien, desde la entrada al Ministerio era la primera vez que lo veía así.

Tu tienes algo, Carlos mio.

No . . . . nada . . . . y además . . . .

La mirada del Ministro acababa su frase . . . Y además suponiendo que tuviese algún disgusto que confiarte, podría hacerlo sin que lo oyesen aquellos criados importunos y obsequiosos á la vez, pero quien sabe si hostiles en el fondo? Ya habian pasado los tiempos aquellos de intimidad y de las confianzas entrecortadas con besos y caricias, como las que tenían cuando recién estaban casados.

En verdad, Sofia se olvidaba que Carlos era Ministro.

Servid pronto el café, dijo.

Estaba ansiosa de verse en su cuarto sola con su esposo. — Pero éí, como si tratase de sustraerse á una entrevista, deseoso de soledad, dijo que tenía un fuerte dolor de cabeza, que talvez sería nervioso.

Del mucho trabajo ó del disgusto.

¿Talvez en el acuerdo de esta mañana? . . . preguntó Sofia.

Sí, en el acuerdo. . . . Tengo necesidad de un poco de aire. . . . Iré á dar una vuelta por el parque 3 de Febrero. . . . El tiempo está espléndido, y creo que el paseo me sentará bien. . . . .

¿Quieres que te acompañe? dijo ella muy alegre.

Si tu quieres. . . . . contestó Carlos.

Y añadió apresuradamente:

Talvez sea mejor que vaya solo. . . . . Tengo tantas cosas en que pensar. . . . .

Como tu quieras—contestó Sofia dirijiendo á Carlos una dulce mirada. Hubiese sido, sin embargo, tan agradable ir á tomar juntos el aire! Pero veo que tienes razón, y comprendo que deseas estar solo para pensar en tus ocupaciones de la política que son antes que todo; así pues, toma el aire y descansa. . . . .

Me conceptuaré feliz si vuelves con la cara placentera y la sonrisa de siempre.

Carlos miraba con cierta especie de ternura, á su mujer-cita que lo desconcertaba, así como si tuviese un remordimiento.—¡Había tanto amor en sus miradas! ¡Sofía, con su profundo cariño, y con su calma aparente, lo amaba tanto, tenía tan buen criterio! Y era tan confiada!

Experimentaba deseos de pedirle que fuesen juntos para dar un paseo como dos enamorados. Pero al mismo tiempo sentía un deseo extraño, irresistible de verse solo y entregarse por completo al nuevo recuerdo, á la imagen que lo perseguía por todas partes.

Así es que desechó esa idea y dijo que era mejor ir solo. Al día siguiente saldría con Sofía. El carruaje los llevaría á donde ella quisiese, á San Fernando ó al Hotel de las Delicias y allí almorzarían los dos sin que nadie los perturbase.

¿Me lo prometes? — dijo Sofía.

¡De veras! Tengo yo también deseos de sustraerme por algunos momentos á tantos saludos y ceremonias cotidianas.

Y Carlos le decía riendo.

Tengo el corazón apretado, me ahogo —añadió besando á Sofía que estaba radiante de alegría pensando en la expedición proyectada.

¡Que excitada y colorada estás! — le dijo Carlos con toda candidez. ¿Que tienes?

¿Yo? nada.

Ella lo miró con aire inquieto.

Me encuentras muy colorada. No tengo el color pálido de la Señora de Ramos. Pues como seas mucho tiempo Ministro, te aseguro, querido mio, que se irán estos colores. Y te aseguro que no es por quejarme.

Luego le dió otro beso.

Y así se despidió, alegre y contento de verse completamente libre.



¡Por fin! Por fin durante largas horas iba á cambiar de cuadro, escapaba á la monotonía de la existencia ordinaria, á las conversaciones, á las preguntas, á las entrevistas, y al estruendo de la Cámara. Ahora iba á ser dueño de su pensamiento y de su reflexión. Era casi imposible salvarse por un rato de la abrumadora tarea á que se había lanzado, satisfecho y contento, pero que algunas veces lo fatigaba. En la agitación continua de la política sentía de cuando en cuando la necesidad del reposo y de la tranquilidad, deseos de emanciparse, de hacer un paréntesis y hacer vida vejetativa en un rincón ignorado y volver á la realidad de la existencia, que no era, ni podía ser aquella vida ajitada, exacerbada, que estaba haciendo. Y también de cuando en cuando deseaba reemplazar la actividad con la actividad, viajando, viendo el verde de los campos.

Pero el tiempo había transcurrido en medio de aquella tensión nerviosa á que lo condenaba la política. Vivía con Sofía en medio de una sobreexcitación continua. Era dichoso sin embargo, porque su esposa lo idolatraba, porque sus ambiciones se veían colmadas, porque ejercía sobre toda una Cámara una influencia poderosa; bendecía su vida, excitaba la envidia de muchos, hubiese parecido ridículo si se hubiera quejado de su suerte, y sin embargo, en el fondo de su alma descontento sin saber por qué, punzado por vagos instintos febriles, se sentía dominado por apetitos extraños que no podía definir, por curiosidades hijas acaso de haber soñado en su juventud cosas bien inferiores á las que la realidad le daba. Y sin embargo cuando analizaba esas realidades, se decía que las promesas de sus ensueños eran mucho más embriagadoras que las más cumplidas satisfacciones de su amor propio y de su ambición.

¡Carlos era ambicioso, pero un ambicioso á su modo! En

otro tiempo, le parecía que la vida estaba compuesta de triunfos, de entradas en los pueblos de la campaña al son de la música y con estandartes, presidido por el entusiasmo público.

Imaginaba victorias, apoteosis! Glorias teatrales! Ahora, más irónico se hubiese contentado con triunfos á medias, como si su naturaleza inquieta no estuviera satisfecha de lo que había obtenido ya.

Sofía lo amaba.—El á su vez amaba á su mujer.

Por qué entonces el encuentro con Sara lo perturbaba?— Es fuera de duda que la Señorita de Winter personificaba ensueños pasados, apetitos de cierto amor que la pasión de Sofía, con ser absoluta, no había podido saciar del todo.

Había en aquel hombre recto y serio al mismo tiempo, arrebatos singulares, curiosidades más bien que arrebatos, ávidez de conocer lo ignorado, necesidad de acercarse á los abismos y dirigir una mirada hasta el fondo de ellos.

A veces le parecía á Carlos que no había vivido y tenía miedo al tiempo por su deseo de vivir, vivir esa vida de Buenos Aires que agujijoneaba todos sus instintos y hacía revivir todos sus ensueños. Al encontrar á Sara la noche antes, habíale parecido, al verla dirigir hacia él aquellos ojos medio velados por largas pestañas rubias, que se le abría un mundo nuevo delicioso y poético que lo deslumbraba completamente.

Lo deleitaba pensar en Sara.—Era una preocupación completamente nueva; una manera como cualquier otra de descansar de las fatigas de la política, una sensación nueva y grata. Encontraba en ella emociones de las que había sentido en la juventud. Sentir amor es un antídoto contra la vejez.—Además, ¿quién sabe si no había de volver nunca á ver á la Señorita de Winter! Pondría, sin embargo, todo cuan-

to estuviese de su parte por verla de nuevo, y en cuanto abriese los recibos en su casa la invitaría. . . . . Rápidamente su pensamiento voló hacia Adadus Calpe, á quien también quería invitar para sus recibos. ¡Le tenía tanto cariño! El fué quien allá en los tiempos de las pasadas luchas periodísticas, perteneciendo á la dirección de “El Nacional” lo había ayudado tanto!

Y precisamente, puesto que tenía bastante tiempo desocupado, iría á visitar á Calpe.

Tenía empeño particular en demostrarle que para él era siempre su amigo sincero y leal.

A la calle “del Juncal”—dijo al cochero bajando el cristal de la ventanilla;—luego iremos al Parque 3 de Febrero.

El cochero guió el carruaje hacia la derecha y se encaminó á la calle del Juncal cruzando “la plaza de Marte”. Carlos se encontraba muy contento. Iba á echar un párrafo con un verdadero amigo. ¡Este diablo de Calpe es un hombre original! Patriota, inteligente, recto, ilustrado, pero siempre con su afán de no ser nada, de permanecer en la sombra: las posiciones oficiales no lo seducen, ni lo atraen las brisas del poder.

No hace mucho renunció al puesto de senador que se le ofrecía.—Anteriormente no había aceptado otros puestos importantes que se le brindaron.

El verdadero mérito es siempre modesto. Pocos son así! Pues á pesar de todo, Carlos lo tomaría por consejero suyo. Aquel original de Calpe, aquel huraño, aquel salvaje sería á pesar suyo, el verdadero Ministro del Interior.

El Ministro no conocía la casa que Calpe habitaba desde hacía poco tiempo. Esperaba encontrarse en una casa sumamente pobre y poco comfortable, y se encontró cuando Calpe le abrió la puerta, en la casa de un obrero, trasformada

por el gusto de un artista, en el pequeño museo de un coleccionista inteligente.

Cuando penetró en la galería, subió por una escalera, no muy cómoda, que conducía á una pieza bien amueblada, llena de luz y buenas vistas.

Había allí pinturas de autores antiguos, colgadas de las paredes, y una multitud de objetos de arte muy curiosos. Aquella habitación era como un santuario, la más recóndita y la más inaccesible de la casa; había sido elejida por Calpe para su estudio.

Aquello parecía en su desórden y confusión el hundimiento de una biólioteca, cuyos estantes hubieran cedido al peso de los volúmenes por la multitud de libros; abiertos los unos, cerrados los otros, y esparcidos algunos por el suelo. Un estrecho sendero trazado evidentemente por los pasos de Calpe entre aquellos volúmenes, conducía al fondo de la estancia hacia la parte que recibía mayor cantidad de luz.

Allí veíase una alcoba pequeña con una cama de bronce, su cuarto de vestir, después un comedor, y en seguida un despacho también con buena luz que recibía de una gran ventana.

Cerca de la ventana veíase una mesa de madera muy vieja, y un gran sillón de roble, que debía ser el sitial y la mesa de escritorio del filósofo.

Aquella modesta mansión, aquellos libros, aquella tranquilidad, el olvido hallado en aquella casita retirada, era lo bastante para Calpe. Este salía poco, solamente á respirar el aire, y volvía pronto, porque se fatigaba con facilidad.

Y es que había trabajado mucho, diariamente en sus tareas periodísticas, gastando sus nervios, su energía, su cuerpo, improvisando, lanzando al viento de la publicidad sus gritos, sus protestas, su corazón y su vida! Siempre luchando con

la prensa contraria, nerviosa, apasionada, batalladora, y á veces despiadada—que revuelve todos los intereses, agita é hiere todas las conveniencias, se divide en propósitos antagónicos y no da cuartel en la lucha, buscando con insidia el corazón del adversario para enterrarle el puñal envenenado y proclamar el triunfo del ideal jurado, de la pasión ardiente y aun del capricho que avasalla y extravía. ¡Cuánta tinta consumida! ¡Y cuánta sangre de sus venas mezclada con aquella tinta!

En su cuarto de trabajo, Adadus Calpe pasaba á veces las horas de ocio asomado á su ventana, mirando los árboles de las quintas inmediatas ó los altos muros, donde se hallaba instalado un cuartel, ó la bandera Nacional que tremolaba en una escuela normal establecida en frente, luego, allá á la derecha, á lo lejos, podía percibir el movimiento y actividad de la estación de la Recoleta, de donde, alternando con los agudos silbidos de la locomotora, subían blanquecinas columnas de humo que se disipaban en el aire como si fuesen los gemidos de un gigante.

Calpe se puso muy alegre al ver á Oriburo, que un criado gallego anunciaba estropeando su apellido de este modo:

El *Señor Oliduro*.

Le acercó una silla sonriendo, y le preguntó que iba á hacer en casa de un periodista más viejo que Matusalem.

¡Que iba á hacer Oriburo!

La visita del Ministro no tenía más objeto que el de encontrarse con su antiguo y leal amigo y el consejero de otras épocas, y al mismo tiempo ver si había manera de llevar á Calpe al Ministerio.

¡Pero sabéis, mi querido Carlos—dijo de pronto el viejo periodista—que sois el primer Ministro amigo mio, y ya véis que he tenido muchos que se han acordado de mí!

El mayor placer que podéis darme, querido Calpe, es dirigirme esas palabras afectuosas, pues no hay para mi nada más despreciable que los ingratos, y entiendo que esto que tanto os llama la atención es simplemente cumplir con un deber de cortesía.

Sí, pero ¡vive Dios! que hay muchas gentes que no lo entienden así, ni saben una palabra de vuestras teorías.

Una razón de más, mi querido Adadus, para agradeceros vuestras pruebas de amistad.

Carlos conocía la penetración y profundos conocimientos de Calpe, y estaba acostumbrado á su ingenio singular y un tanto burlón, pero lleno de sabiduría.—No conocía hombre más prudente ni más penetrador al mismo tiempo que el viejo periodista.

Solo un recuerdo lo sublevaba, y era la injusticia con que fué tratado por muchos de sus mismos partidarios políticos, que en las épocas aciagas de su vida, no les mereció una simple atención siquiera de cortesía, sinó el olvido mezquino y la indiferencia ruin que ciertos hombres tienen la debilidad de reservar para los caídos.

¿Por qué queréis que odie yo á esos hombres?—decía el periodista.— ¿Por su bellaquería?

Los compadezco y no tengo tiempo de ocuparme de ellos. No se puede hacer todo á la vez.

Carlos se encontraba muy satisfecho viéndose á solas con aquel hombre de otra época. Con él podía hablar con plena libertad, decir las cosas tal cual las sabía, porque no era posible la traición por su parte. Por eso hubiera deseado tenerlo á su lado, como poderoso auxiliar; por eso insistió de nuevo, á pesar de las negativas de Calpe.

Ya os lo he manifestado—¡Es que me hacéis falta!

¿Yó? estoy ya demasiado viejo.

De vuestros consejos.

Ya me conocéis de mucho tiempo, disponed de mi sin reserva y me consideraré bastante pagado como pueda servir en algo útil.

Carlos comprendía que era inútil insistir, porque no tenía que habérselas con un desdeñoso, sino con una potencia. Cuando llegase la ocasión, encontraría la lealtad y el desinterés de aquel venerable anciano que fumaba su cigarro habano tranquilamente al lado de la ventana, cuando entró el Ministro.

¿De modo— dijo Carlos algo asombrado—que sois feliz Calpe?

Enteramente feliz.

¿No ambicionáis nada en este mundo?

Nada absolutamente.— Espero con filosofía la hora que me trasladen al gran hotel.

Y sonrió al ver que Carlos no comprendía el significado de aquellas palabras.

Si, al gran hotel que hay ahí cerca: el Cementerio de la Recoleta. No es porque tenga prisa de marcharme, porque á veces la vida es muy agradable; pero después de todo, hay que pensar que la comedia tiene que acabar.—El día menos pensando me encontrarán muerto entre estos libros, y leeréis en algunos diarios, un anuncio puesto por mi sirviente, el gallego, invitando al entierro de Adadus Calpe, viejo redactor de varios diarios, célebre allá en sus tiempos y completamente olvidado después.—Asistirán cuatro gatos, pero os ruego que no faltéis. . . . á no ser que tengáis ese día que contestar alguna interpelación importante en la Cámara:

Y el viejo periodista, acariciándose su barba blanca, ponía un cierto tinte irónico en las últimas palabras.

Borrólo sin embargo alargando afectuosamente la mano á su amigo.

¡Vaya con la conversación divertida y alegre con que os estoy regalando! Os pido mil perdones, tanto más cuanto que tratándose de vos no dudo ni por un instante. . . . habéis sido siempre demasiado franco y leal, lo cual en política constituye un defecto, que no es pequeño. En una sociedad donde predomina el mercantilismo, de políticos, la mayor parte egoístas, de medianías, vos conserváis ilusiones de artista.

Me hacéis acordar á los soldados de nuestro ejército, especie de poetas de la guerra, que cuando es necesario, va uno solo á romperse la cabeza contra los cañones. — Ciertamente me consideraré feliz en aconsejaros, mi querido Carlos, y si la opinión de un pobre periodista que ya está muy viejo, puede servir alguna vez de algo, aquí me tenéis completamente á vuestras órdenes siempre dispuesto á seros útil.

¡Ah!—esclamó Carlos.—¡Si supieseis cuánto bien hace oír la palabra franca y leal de un hombre en quien se tiene plena confianza! . . .

Y entonces Carlos, por una suave pendiente, deslizóse al terreno de las confidencias, de los desengaños y de los disgustos primeros.

El mensaje redactado aquella misma mañana para remitirlo al Senado proponiendo para Jueces Federales á dos mitristas furiosos, lo ponía fuera de quicio.

Calpe en cambio se echaba á reír.

¡Ah! ¡bah! Ya veréis otras cosas mucho más gordas. . . Los gobiernos siempre han hecho mucho caso á sus enemigos, tan luego como esos enemigos han finjido deponer las armas! . . .



¡Y eso no os irrita á vos, Nacionalista de buena fé!

¡A mí, con la experiencia que tengo!

¡Bah!—dijo Calpe sonriendo, bajo sus bigotes blancos, — eso me deja perfectamente tranquilo, porque estoy íntimamente persuadido que el progreso marcha y que la causa de la libertad gana terreno, á pesar de tanta barbaridad y de tantas injusticias.

Un artículo de *La Nación* lamenta profundamente que el Presidente de la República no se haya resuelto á separar del gabinete Nacional á su Ministro del Interior, y añade que si esa separación se hubiese efectuado, no hubiese tenido que escandalizarse ante el contrato sobre ferrocarriles y concluye concediendo al Ministro un mes de permanencia en el gabinete.—Este artículo lo tenía furioso á Carlos.

Calpe por el contrario no le daba importancia.

Y todavía os hacen impresión las patadas de esa *equa proterva*.

Un Ministro atacado por *La Nación* debería renunciar inmediatamente, ó en caso que no se resolviese á ello, pegarse un tiro, proseguía Calpe: son los últimos disparos de la oposición en la famosa cuestión sobre ferrocarriles; ahora se ha llamado á silencio.

Ese silencio de *La Nación* que se refugia en su gran cuartel de invierno, la cuestión municipal, prueba que no ha tenido el más menguado argumento con que insistir en el célebre contrato que aconsejaba se aceptase y que importaba la friolera de cerca de un millón de duros al tesoro.

Ese silencio de *La Nación* que hace durar sus temas perdurablemente, es la más completa señal de su vergonzosa derrota.

A pesar de sus artículos, la Bolsa no se conmovió, el Ministro del Interior no presentó su renuncia; ningún ciudadano

se levantó la tapa de los sesos, ni siquiera apareció la renuncia del lancero de la muerte, Del Campo, Intendente de la *Casa Rosada*.

Solo quedaron los moretones como testimonio de la tremenda batalla y del acogotamiento obtenido con sólo un luminoso artículo de "El Nacional."

La renuncia que de concejal presentó el solemne ciudadano mitrista Doctor J. . . , es el nuevo y divertido tema con que "La Nación" ha querido animar su programa desairado.

Es muy lamentable la renuncia del piadoso abogado; pues hemos perdido con ella reformas que hubiesen asombrado á todo el mundo, y que indudablemente hubieran hecho bajar el oro.

Perder el contingente de un ciudadano que ha prestado al país, entre otros, el eminente servicio, cuando su partido estaba en el poder, de acapararse todos los pleitos, y dejar á los demás abogados á la luna de Valencia: es una desventura que debe dejar en el pueblo un fondo de tristeza horrible.

Es verdad que este patriota desinteresado no ha dejado más rastro en las Cámaras, que un proyecto para adquirir burros en gran cantidad, traídos del extranjero.

Es cierto que este pacífico ciudadano, ha creído inútil montar una guardia en las horas amargas para la patria querida...

Pero también es cierto que hizo encargar burros para que la montasen por él, etc.

Cuando los concejales tengan sueldo, estamos ciertos, que este solemne patriota cambiará su honorable modo de pensar.

Calpe había vuelto á encender su cigarro habano, y medio envuelto en el azulado humo y deleitándose con el aroma que exhalaba, charlaba contento también él de hablar con entera confianza, y dejar escapar, sin una gota de hiel, los

secretos de su corazón, dando, como si lo hubiera hecho un hermano mayor, consejos á aquel hombre joven aun, al cual él había comparado cierto día con esos cristales de muselina demasiado delicados que se rompen al menor choque con cualquier cosa.

¡Ah! dijo de pronto—sobretudo, mi querido Carlos, no trepidéis en aparecer en el parlamento, en las interpelaciones, más feroz, y más afirmativo de lo que sois en realidad.—Los Ministros nuevos son como los cómicos viejos, no saben enojarse ni reirse á tiempo.—Como lo hace notar Cormenin, Mirabeau con su aspecto de leon, imponía silencio á su tumultuoso auditorio desde que pisaba la primera grada de la tribuna. La táctica esa es buena.

No lo conseguiré nunca—dijo Carlos sonriendo como siempre. Física y moralmente soy la antítesis de Mirabeau, de Danton, de Fox, y de todos esos tribunos elocuentes y arrogantes, capaces de dominar á la multitud con una sola mirada.

¡Tanto peor! Es solo cuestión de estudio.—Los hombres políticos que aparecen modestos y delicados son generalmente burlados.

A fuerza de parecer modestos acaban por parecer tilingos. Es una paradoja? . . . . dijo Carlos.

¿Y os imagináis que las invento yo?

No, por cierto, lo que hago es transmitir mi experiencia que es mucha, y que bien cara me ha costado. Haced de ella el uso que queráis, y sobretudo mucho cuidado con *ellas*.

¿Las mujeres?—preguntó el Ministro un tanto turbado.

Sí, las mujeres que se quejan de no tener derechos políticos, los tienen todos en realidad, puesto que tienen poder para dirigir la política, y hacer Ministros y hacer saltar Presi-

dentes como lo pretendió la moderna Cornelia Graco, madre de los rifleros. . . . .

Y puesto que estamos charlando, puesto que estamos rozando este punto tan escabroso—replicó—voy á deciros francamente lo que más me llama la atención en la situación actual, y tomad de mis opiniones lo que os plazca.

Lo que más llama la atención en los tiempos de ahora, mi querido Carlos, es la facilidad con que se gastan los hombres. Especialmente la política hace un consumo aterrador.

Pienso que los hombres de la actualidad, no están formados para resistir largo tiempo.

Me imagino que esto consiste en que los negocios públicos se hallan siempre, y cualquiera que sea el partido que manda, en manos de hombres poco preparados para ello.—Y no digo esto por vos, que, desde el punto de vista intelectual, sois una verdadera excepción.

Por otra parte nuestros comprovincianos, admirados de estar á la cabeza del gran movimiento de la Nación, pierden un poco el juicio, y se precipitan con apetitos perfectamente inmoderados sobre su presa. Tienen todas las glotonerías de los muchachos á quienes se les prohíbe comer cuantas golosinas desean. Y son golosos, especialmente en el punto más peligroso: Hablo de la mujer. Abogados ó médicos, que han vegetado en su provincia, sin más amores, que los de alguna mujer del pueblo, ó escribiendo billetes amorosos á la mujer de algún pobre empleado, todos, todos sienten curiosidad cuando vienen á la Capital por conocer esa cosa desconocida: la mujer.

Y bien pronto la mujer deja á sus excelencias como chupados por las brujas ó mueren repentinamente de una peritonitis aguda; gozando del mismo indefinible placer que Antenor en brazos de Lactenia. . . . .

A los hombres de temple les quita la energía, á los amantes de la libertad, les arrebatata la virilidad de la fé, y á los Ministros de pensamiento y de fuerza, muy poco necesita para dejarlos sin ideas y sin fuerza.

El Ministro escuchaba con cierta seriedad, no exenta de turbación, estas verdades amargas y punzantes que el viejo periodista formulaba con calma y sin pasión.— Le quedaba muy grato á Calpe que le hablase con tanta franqueza.

Sí, evidentemente lo que estaba diciendo Calpe, era justamente lo mismo que pensaba Carlos.— Esas observaciones desconsoladoras, se las había hecho él en más de una ocasión.—Persiguiendo ese propósito para concluir con esos abusos, con esas puerilidades, con ese provincialismo, iba al poder y redoblaría sus esfuerzos para conseguir su patriótico propósito.

Agradeció á Calpe con sincera efusión las observaciones. Aquella no sería por cierto su última visita, sino que al contrario lo frecuentaría, porque sabía y estaba cierto que tenía un verdadero amigo.

Y tenéis razón—dijo Calpe.—En ninguna parte se os estimará ni se os dirán más francamente las verdades. Las paredes de los Ministerios, mi amigo Carlos, son demasiado gruesas.—En aquellos salones no se oye nada, ni el ruido de los tranways, ni los gritos que se dán en la calle. Muy pocas veces he estado con ellos; recuerdo haberme encontrado un día en la casa Rosada—el 80, y eso por acompañar á los amigos el día del gran meeting de los comerciantes, y os aseguro que á las dos horas de estar allí no oía nada.—Las alfombras, los cortinajes lo ahogan todo. ¡Mucho menos podrá oirse una verdad! Porque los políticos no gustan decir las verdades en voz alta ni con mucha claridad.

Pues yo os afirmo—dijo Carlos—que lo oiré todo y procu-

raré verlo todo. Y puesto que tengo capital y puesto que el poder está en mis manos . . . . .

Adadus Calpe movió tristemente la cabeza.

¡El poder!—exclamó.— ¡Ah! ya veréis como no se absorbe más que en dosis pequeñísimas! Y os prevengo que ya os echarán la zancadilla, si os descuidáis, en favor de un Rucar.

¡Oh! Eso será si yo lo consiento!—objetó Carlos con altivez.

¡Ay! amigo mio!—interrumpió el viejo periodista—ya lo habéis consentido.

Se levantaron, Carlos tomó el sombrero y Calpe dijo al Ministro tomándole el brazo con cariñosa familiaridad para acompañarlo hasta la puerta.

El poder es como los globos. Suben hasta las nubes, pero la cuerda está siempre en manos de un muchacho.

Vamos, vamos, contestó Carlos—estáis muy pesimista.

Confieso que no me desagrade serlo algunas veces.

Separáronse después de un afectuoso saludo,—y Adadus Calpe se volvió á su sitio al lado de la ventana, en tanto que el Ministro se llevaba de aquella entrevista una impresión agradable, pero turbadora, como si ya en tan poco tiempo hubiese perdido la costumbre de oír hablar con franqueza.

Sentía cierta necesidad de digerir moralmente su conversación con Calpe. No tenía deseos de volver á su casa sin aprovechar aquella tarde, así es que al subir al carruaje dijo al cochero:

¡Al Parque 3 de Febrero!

¿A donde llevas joven Ministro tus inciertos pasos apartado del tálamo nupcial?

¡Acaso buscando más tiernos lazos que á tu cuello ajusten el dogal! . . . . .

La tarde era apacible, ni una hoja temblaba en los árboles y los pájaros se adormecían en la calma de la naturaleza.— El famoso lago del “Parque 3 de Febrero”, límpido y tranquilo, sin formar una onda, se asemejaba á un espejo de nacarados rizos, iluminado por los últimos rayos del *sol poniente*.

No recorría el espacio la más ténue brisa, no se descubría una gota de rocío en el agostado suelo cubierto de un verde mustio, y las flores entreabrían sus corolas para matizar la yerba con sus marchitos pétalos.

Habríase dicho que ardía en el éter una combustion invisible que lo consumía todo en silencio.

Un hombre se acercaba á la orilla del hermoso lago.—El desconocido se reclinó sobre el espeso cespced, á la sombra de un pequeño montecillo. Después de haberse repuesto de la fatiga, permaneció inmóvil, con la mirada vaga, contraindo el lábio y agitada el alma con las torturas de un punzante desvarío.—Este hombre era joven aún, alto y musculoso.

Su fisonomía cubierta de una palidez nerviosa se dibujaba con regularidad escultural bajo una melena negra é inculta.—Por desgracia, alteraba su rostro una expresión estraña y fatal que revelaba todas las violencias de su espíritu, perseguido por una idea constante y todos los ardores de la pasión, y por esto hería la vista sin encantarla, y más bien inspiraba pavor que admiración.

Se adivinaba sin trabajo que una verdadera inteligencia se agitaba bajo la capa marmórea de aquel rostro, en el que nada era vulgar y todo impresionable.

Por varias veces y como para librarse de una insidiosa preocupación, Raul Lebreton,—que es el personaje que conocimos al principio de esta historia, en la puerta del teatro Colón, el admirador de aquella desconocida, que no era otra

que la señorita Winter, de quien fué después su primer amante—abrió un libro que tenía en la mano; era un Tratado de Química. Nuestro personaje trataba de fijar su atención en lo que leía, pero inútilmente, pues tan luego como había recorrido algunas líneas con la vista, la impaciencia lo dominaba, arrojaba el libro con despecho y permanecía en su inmovilidad acostumbrada.

Entonces sus miradas sombrías y siniestras abarcaban sin distinguir nada, la perspectiva del lago, cuyas verdes orillas formando un marco de dos cuadras próximamente, se perdían en su azulado fondo que apenas dejaba entrever los árboles de los jardines y macizos inmediatos.

De pronto el lúgubre pensador irguió la cabeza y se puso de pié de un salto.

Los latidos de su corazón levantaban su pecho, agitando las solapas de su levita. Atento, con el cuello doblado bajo las ondas abundantes de su cabellera; con la pierna estirada que se modelaba enérgicamente bajo su ajustado pantalón, fijaba su mirada ardiente en la silueta de una joven que aparecía hacia el lado del lago, y que se perdía en los árboles que había en las inmediaciones.

¡Ella! es! murmuró Raul Lebreton temblando.

¡Ah! pobre loco, como la amas! . . .

¡Presentimiento tengo de que este insensato amor me costará la vida!

La joven no vió á Lebreton, que se dirigia hácia ella, con el cuerpo inclinado y la respiración entrecortada, devorando con los ojos la perturbadora aparición.

Ella no notó su presencia en la orilla del lago sino cuando estuvo á algunos pasos de él, y al verlo, con un movimiento involuntario se dió vuelta hacia otro lado.

Raul se habia erguido, la saludó con una especie de hu-



mildad, en la que se descubría la emoción; la joven, á penas le devolvió el saludo.

¿Qué significa esto? preguntó ella con ansiedad.—Vais de nuevo á dirigirme alguna insulsa declaración. ¡Miráos en ello! pues estoy indignada de vuestra insolencia y haré que se os castigue.

No se castiga más que á los perros, Sara, respondió Lebreton con forzada calma; y bien sabéis que yo no soy. . . .

Por esto exijo que me tratéis con la misma urbanidad con que me tratabais cuando era vuestro amante. . . .

¡No me place emplear más de la que uso! Y dejó brotar de sus lábios trémulos una sonrisa burlona, tan musical como la cadencia de un ruseñor.

Os declaro por el momento que vuestras importunidades me lastiman, que vuestras pretensiones me parecen insoportables y que ya os hubiese hecho arrojar de la casa de mi tío, sino me lo hubiera impedido el temor de privarlo de un ayudante cuyo saber y talento alaba, sin duda más de lo justo.—Os declaro, en fin, que mi paciencia se acaba, que os prohibo dirigirme la palabra de hoy en adelante, y que no me detendrá consideración alguna, si vuestra audacia pasa de nuevo los límites del respeto que se me debe. . . . Y ahora caballero, retiraos y dejadme tranquila.

No será sin que me hayais escuchado.

No quiero escucharos.

Por favor, no me agobiéis, pues necesidad tengo que se me trate con dulzura.

¿Tengo la culpa yo si mi alma se conmueve cuando os veo? Tengo yo la culpa si mi imaginación se exalta pensando en vos, si mi corazón estalla cuando contemplo lo irresistible de todas las bellezas y las gracias todas de que la naturaleza se ha servido para formaros? ¡Ay! de mí! que

bien véis que la razón me falta, que no soy dueño de dominar mis sentimientos. Compadecedos! Pensad que no se maltrata á los locos, sino que se les compadece.

¡ Y se les encierra replicó con viveza la joven, cuyas megi-llas colorearon. Suplicaré al Doctor Melendez que os conduzca al Manicomio. — Os lo repito, dejadme tranquila, retiraos ó de lo contrario. . . . .

¿ De lo contrario ? . . . . .

De lo contrario, creeré que sois más malo que loco; y os...

No terminó la frase; pero agitó el quitasol que tenía en la mano.

Lebretón se conmovió, sus ojos despidieron un relámpago de cólera, que se disipó en breve, y una sombría tristeza le sucedió.

¿ Seríais capaz de tocarme ?

¡ Si tal, si me obligáis á ello !

¡ Ah! no hagáis nunca semejante cosa, Sara!

Entonces separaos al momento de mi lado; mirad que os lo aconsejo sériamente.

Sea, voy á obedeceros, pues si me tocaseis, no responderia de mí.

Y ¿ que haríais caballero ?

No lo sé!... ni quiero saberlo, pero por cierto se produciría alguna catástrofe en el aire que respiramos.

No temo vuestras amenazas caballero, y la joven fastidiada y colérica levantó el quitasol para dar un golpe en el banco, pero la emoción se lo hizo desviar y rozar el rostro de Lebretón y ella conmovida y temblorosa, se retiró de su lado y desapareció.

Lebretón quedó aniquilado bajo la impresión de éste insulto aparente; luego por una repentina reacción los músculos de su rostro se agitaron con violencia, y quiso lanzarse

en su seguimiento, pero comprendió, sin duda, lo inútil de semejante resolución,—pues se detuvo y retrocedió.

Entonces sus ojos se inflamaron, la espuma del furor manchó sus labios, sus muñecas se retorcieron y la rabia estalló grande y violenta.

¡Ah! criatura implacable, me ha pegado! exclamó—¡Ah, infeliz no ha tenido reparo en ultrajar mi frente! Satanás me lleve sino me vengo, como juro vengarme! Sí, siento que el amor que abrasaba mi pecho por esa mujer perversa, se ha cambiado en aversión. ¡Temblad, pues quiero daros á conocer cuán terribles y despiadados son los sentimientos que se agitan en el pecho de un hombre como yo; temblad, pues no me consideraré feliz sino el día en que os vea palpitante, humillada, vencida, bajo el peso de mi odio.

La voz de Lebreton era entrecortada, sofocada; se calló, se dejó caer sobre el cesped y su pensamiento se aventuró entre las tenebrosas sombras de una meditación amenazadora.

El sol estaba próximo á desaparecer del horizonte. El cielo cubierto de rojizas nubes iluminaba con sus ardientes reflejos las profundidades del lago.

Algunos nubarrones negros habían cubierto una parte del cielo, y fácil era preveer lo inmediato de la tempestad.

Lo que se respiraba en aquel momento era una atmósfera saturada de corrientes eléctricas.

¡Me ahogo! dijo Lebreton desatando con trabajo y mano temblorosa el nudo de su corbata. . . . . ¿No se desencadenará al fin la tempestad en la naturaleza como se ha desencadenado en mi corazón? ¡Soplad pronto ráfagas de aire, y refrescad mi rostro; cataratas de las nubes, abrid y derramad sobre mí, el diluvio de vuestras aguas para apagar el fuego que me devora las entrañas. . . ¡Apresuraos á combatir las calenturientas ideas que bullen en mi cerebro. . . ¡En

mi socorro os llamo, pues tengo miedo de mi mismo y de la voz secreta é inflexible que en el alma me grita, véngate, véngate, sin vacilación y sin misericordia! . . . .

Tras una pausa, Raul, continuó con desaliento.

¿Pero que digo? ¡oh debilidad! ¡oh! cobardía! aún siento el escozor del paraguazo que me ha tocado el rostro. . . . y sin embargo, paréceme que amo siempre á esa soberbia y despreciativa mujer, cien veces más de lo que la odio ¿Qué importa? lo he jurado, retorceré si es necesario, las reveliones de mi corazón!

Acababa Lebreton de pronunciar estas palabras cuando oyó ruido en el camino, por donde la joven había desaparecido. Pensó que volvía, y una resolución terrible cruzó, sin duda, por su mente, pues se ocultó entre los árboles y esperó con calma glacial.

La joven no apareció. Era un carruaje que iba en dirección al lago.

¡Partida aplazada!—murmuró con aspereza, que revelaba el pensamiento de una mala acción, talvez de un crimen, pues este hombre era de aquellos que, una vez en el camino del mal, no retroceden, aunque tengan la seguridad de que el abismo los espera al fin. . . .

Lebreton reconoció el coche que iba en dirección al lago. ¡Es el coche del Ministro del Interior! ¿Que andará buscando á estas horas en el Parque?

Carlos había bajado el cristal de la ventanilla para respirar á sus anchas el aire embalsamado del Parque.

Iba todavía bajo la impresión de las advertencias y consejos de Calpe.

Un momento antes lo había llamado pesimista, pero tenía que convenir, que el filósofo decía verdades como templos.

¡Las mujeres! ¿Por qué había hablado de las mujeres?

Y el pensamiento intranquilo de Cárlos se distraía en seguida al ver el panorama y el aspecto de las personas que se le presentaban á la vista.

A medida que iba penetrando en el Parque, experimentaba la sensación agradable que proporciona la soledad y el olvido, y no veía al través de los árboles, ni por las avenidas y jardines más que uno que otro paseante aislado.

El coche caminaba lentamente, y Cárlos para respirar mejor el aire, que parecía el de una tarde de primavera bajaba los vidrios de la portezuela del carruaje.

La vista tranquila de la superficie del lago, que se extendía ante sus ojos, le hizo asomar la cabeza por la portezuela.

El cochero daba vuelta á la izquierda del lago.

Carlos contemplaba aquella agua llena de luz, donde se veían algunos patos de distintos colores, y blanquísimos cisnes que nadaban tranquilamente.

A la entrada de la avenida había un carruaje de alquiler, cuyo cochero dormía muy tranquilamente.

Era el único coche que se veía por allí, y á cierta distancia, á la orilla del lago se destacaba la silueta de una joven que se encontraba recostada sobre el respaldo de un banco de piedra, contemplando el fondo de las aguas, en las que se veían multitud de patos, que nadaban dando graznidos por las piedrecillas y pedacitos de pasto que aquella joven les arrojaba.

Adelantóse Carlos, sin ser visto, hasta un poco más allá de la menuda yerba donde se encontraba la joven para contemplar el lago, y después de haber medido el abismo, volvió los ojos hácia ella que parecía marearse con el vértigo de las aguas. Un pintor no hubiese elegido, para retratarla, una actitud, una expresión, y una luz más en armonía con su espléndida hermosura.

Estaba sentada sobre aquél banco colocado para descanso de los paseantes; su brazo derecho torneado admirablemente, se apoyaba sobre el espaldar y sostenía su cabeza pensativa; su mano izquierda caída con languidez sostenía un quitasol, con las extremidades de los dedos, haciéndolo rozar la yerba húmeda; su talle esbelto y flexible se adivinaba en la mollicie de su actitud; su cabello abundante y rubio, ondeaba á impulsos del aire de la tarde, como el de las civiles en el momento del éxtasis flotando en las aguas. Su seno henchido de impresiones levantaba acompasadamente la tela que lo cubría. Sus ojos color del cielo, anegaban con su mirada el espacio.

Ya fueran gotas de vapor, condensadas sobre sus largas pestañas, ya lágrimas que brotaban de sus ojos por el exceso de las emociones, lo cierto es que algunas gotas de esa lluvia del alma brillaban y caían de sus párpados sobre el agua, sin que ella las sintiera correr, mientras que el lago arrastraba hacia el Rio de la Plata, lágrimas tibias, lágrimas de amargura.

Su perfil un poco aguileño se dibujaba bañado de luz bajo el azul del firmamento y sobre el color nacarado de las aguas: su altivez luchaba admirablemente equilibrada con su sensibilidad; en su frente varonil, en su boca de mujer, y en sus labios movibles notábase la expresión de la pena y de la cólera.

En sus mejillas pálidas por la emoción del espectáculo, y algo hundidas por la precocidad del pensamiento, se retrataba la juventud, pero no la plenitud de la primavera, y aparecía á los ojos de Carlos mucho más deliciosa, más mujer que con el escotado vestido de baile, con que la habia, conocido.

Levantóse al fin; al oír el ruido de los pasos de Carlos, se volvió repentinamente, y él comenzó á caminar con cierta

fluctuación que parecía timidez.— Ella levantó el velo que llevaba echado á la cara, y entonces, Carlos pudo notar la palidez alarmante de la señorita Sara y luego la expresión repentinamente alegre de su mirada.

¿Vos en el Parque á estas horas?

¡Vos, señor Ministro!

La tarde parecía tan espléndida, y fatigado y abrumado por el trabajo, había querido respirar un poco el aire libre.

—Pero, y ella?

¡Oh! Yo. . .! A deciros la verdad no atino, ni sé por qué me encuentro en este sitio. Interrogad. . . al cochero.—Me ha traído donde ha juzgado mejor.

Y hablaba con voz entrecortada, sus pensamientos debían ser bastante sombríos en ese momento.—Seguía con la cabeza inclinada y mirando fijamente al lago, como si estuviese buscando alguna cosa perdida, y como sucede á todas las personas que están muy preocupadas, se le escapaban de su boca palabras sueltas, que daban á conocer el objeto que embargaba su imaginación.

Y maquinalmente continuaba arrojando al suelo piedrecillas que se disputaban los patos de distintos colores, que se precipitaban á los piés de la jóven, disputándose las piedrecillas creyéndolas comida.

¡Ah! si yo hubiese podido adivinar que tendría la honra de encontraros en este sitio! dijo Sara.

¡La honra!—interrumpió Carlos.—Yo diría el placer.

Ella lo miró fijamente.

Hoy no me habléis de placer porque no sé lo que es, señor Ministro, y porque nada podría responderos. . . .

Dejadme con mis pensamientos, tengo necesidad de hallarme á solas con la noche para ver en el interior de mi alma.

Antes de venir al Parque, había estado en el “Gran Hotel de la Paz” donde había dirigido una carta y donde esperaba ver. . . .

¿A quién?

A un zonzo.

Si eso fuese así, no pondría ese ceño tan adusto.

Pues bien. . . á un amigo que había encontrado en mi camino. . . y que ha desaparecido bruscamente. . . Ha huido de mí, sin duda, como de una persona que le hubiere llevado la peste en algún pliegue del vestido.—En fin, talvez es un bien.—Talvez es más conveniente.—Así estará escrito. . . Y héteme aquí. Nos dejaremos de estar engañando á estos inocentes animalitos que no hacen daño alguno.

¡Pero hoy no sé por qué los detesto!

Y el Estado los tiene muertos de hambre, os lo pruebo señor Ministro.

Sara se echó á reír nerviosamente.

—¿Sabéis señor Ministro que estoy pensando que la historia de estos animalitos es la de toda la especie humana? ¡Hola! ¡Hola!—dijo Carlos.—Hacéis profundas reflexiones filosóficas. A propósito de los patos y de las piedras sí, dijo Sara señalando el grupo de patos y cisnes de diferentes colores que salían de todas partes dando graznidos.

Ya sabéis que cuando á uno lo embarga la tristeza, filosofa á propósito, de cualquier cosa, y tira piedras también....

¿Y estáis muy triste? preguntó Carlos con una voz un poco conmovida. Sara tiró al suelo algunas piedrecillas que le habían quedado en las manos, se limpió el polvo de los guantes de cuero de Suecia y volviéndose á Carlos:

Sí, muy triste, profundamente triste, dijo Sara, con una risa diabólica.



¡Ah! que queréis. . . . . ¡Me suceden cosas tan extraordinarias desde ayer á hoy!. . . . .

Carlos la veía tal como la había visto la noche del baile delante de él, con los brazos y los hombros desnudos, bella y seductora: y ahora al contemplarla con su vestido alto, con el rostro medio oculto por el velo del sombrero, preocupada, y triste, le encontraba un encanto más peligroso aun.—Lo casual de aquel encuentro, daba á sus coloquios todo el encanto de una cita amorosa.

¡Ay! cuánto, cuánto, se felicitaba de haber tenido la idea de ir al Parque 3 de Febrero! . . . . Ahora le parecía que había ido solamente por ella, y hasta llegaba á bendecir el incidente en el acuerdo, puesto que por semejante causa debía él aquellos momentos de dicha. Parecía que cierto magnetismo del pensamiento había atraído á aquel paraje, á aquellos dos seres que á penas se conocían—y que no habían cruzado entre ellos más que unas palabras indiferentes—y que se encontraban allí en aquel lago, respirando el aire libre, impulsados uno hacia el otro.

¿Sabéis en lo que estoy pensando?—dijo ella riendo graciosamente.—En lo que pensaba tirando piedrecillas á los patos? Pues bien; me decía que si me atreviese. . . . . de un salto. . . . . una zambullida. . . . . en esa agua tranquila como está. . . . . pura, tentadora. . . . . y acabar de una vez con esta miserable vida. . . . . !

Al hablar así, Sara estaba encendida como la grana y se esforzaba en ocultar bajo sus párpados, una lágrima rebelde que humedecía su mirada.

En ese mismo instante, un rayo seguido de un trueno horrisono chasqueó, con fragor, muy inmediato al lago.

Sara hizo un movimiento tan violento, tan desmesurado que fué á caer en el lago, y desapareció en el punto más profundo.

El lago estaba tranquilo, ni una de esas yerbas acuáticas, tan comunes, extendía en aquel punto su páfida red, bajo sus ondas transparentes como un cristal.

Cuando la señorita Winter salió á la superficie del agua, distinguió una mano robusta que la solicitaba con impaciencia.

Estaba á punto de apoderarse de ella, cuando reconoció al que la salvaba ¡era Raul Lebreton! Con una súbita expresión de desprecio se echó hacia atrás y de nuevo empezaba á desaparecer cuando sintió una presión simpática.

No necesitó ver á Carlos para comprender que esta vez á él debía su salvación.

Efectivamente, algunos minutos después, estaba en la orilla. —Una vez allí, dió las gracias á su salvador y arrancando de su pecho las flores que las aguas del lago habían respetado.—¡Tomad estas flores! le dijo: Mi caída no las ha marchitado; por el contrario, parecen haber reanimado su frescura.

Puesto que os debo la vida, señor Ministro, justo es que trate, en lo posible, de pagar mi deuda.

Carlos instintivamente le había tomado las manos, y experimentaba un gozo singular, al sentir bajo sus dedos el cutis finísimo de Sara.

¡Tenéis un poco de fiebre!—dijo.

Por menos la tendría cualquiera.

Su voz seguía siendo dura y desgarradora.

La partida de..... de ese amigo..... os ha hecho sufrir mucho?

Sufrir?—no, desilusionada sí. . . . .

Y entonces por qué ese vértigo fatal que os hizo hasta olvidaros de vos misma?

En otra ocasión, si tengo la suerte de volveros á ver, os lo explicaré.

Y separando suavemente sus manos de las de Carlos, y caminando con lentitud, se alejaba de la orilla del lago, dirigiéndose hacia el sitio donde le esperaba su cochero.

¿A donde váis al marcharos del Parque? preguntó Carlos.

¡Yo! no lo sé!

El hizo un movimiento de impaciencia.

¡Ah! ¡no hay que asustarse! dijo Sara.

¡Quiero vivir! No temáis nada!

Me iré á mi casa.

¿A vuestra casa?

O á la de mi tío.

Hablando de ésta manera habían llegado al sitio donde estaba el carruaje de alquiler en que había ido la joven, la que se quedó mirando al cochero un momento.

¿No os parece que da lástima despertarlo? dijo Sara.

¿Queréis acompañarme un momento más, señor Ministro? Carlos palideció lijamente, adivinando en aquella pregunta, algo como una promesa acariciadora.

Y seguía á cada paso experimentando una emoción más grande. Había en el Parque aquella tarde una atmósfera tan grata para él, y cierto efluvio civelino, un olor sano y fresco que ensanchaba los pulmones y daba ganas de vivir.

¡Vivir! Y ésta bellísima joven, decía Carlos, estaba pensando hace un momento en quitarse la vida.

Aproximóse á ella suavemente, caminando á su lado, sin hablar una palabra al principio; luego poco á poco, acariciando aquella idea, empezó á hablar casi en voz baja, acercando sus lábios á la oreja de Sara, aquella oreja sonrosada que se destacaba de la palidez de su mejilla.

¿Es posible le decía, pensar en otra cosa, que en éste delicioso sitio, encontrándose aquí en el Parque donde todo

despierta á la vida? Es cierto Sara que habéis querido mataros.

Ni siquiera estrañó haberse atrevido á llamarla por su nombre, porque le parecía tratarla y conocerla hacía mucho tiempo.

Sí, respondió ella. Os aseguro que estaba cansada de la vida. Pero me he convencido que á menudo, en el momento en que más desesperada está uno . . . se detuvo de pronto.

¿Que?—preguntó él, esperando lo que la joven iba á decir.  
Nada, nada.

Pronto llegamos á mi carruaje . . . ¡Que pronto!

Ese pronto me causa placer—dijo Cárlos. Y, ciertamente es pronto. Este corto paseo no es nada, y sin embargo hace olvidar muchas cosas . . .

¿No es verdad?—exclamó Carlos.

La sombra del carruaje del Ministro continuaba andando á la par de ellos, bordeando el camino.

Y él la seguía mirando con tales ojos, que ella se puso colorada, talvez de placer, y ya no hablaron una palabra más hasta llegar donde estaba el coche, en el pescante del cual seguía durmiendo el cochero. Talvez uno y otro temían decirse demasiado.

Y ahora ¡adios!—dijo Sara, acompañando sus palabras con una sonrisa divina . . . ¡Es decir; hasta la vista!

Sí, hasta la vista, ángel, murmuró Carlos estampando un beso en el ramo de flores, y temblando de entusiasmo y de felicidad.

Es necesario que os vuelva á ver, Sara.

¿Donde volveré á veros?—preguntó Carlos.

No lo sé. En mi casa.

¡En vuestra casa!

Esperad, dijo bruscamente.

Yo os escribiré.

¿Me lo prometéis?

Palabra de honor. Al Ministerio del Interior—¿no es eso?

Su mirada acompañó á la hermosa Sara, que se alejaba al trote de su carruaje de alquiler, entre la sombra creciente del crepúsculo.

En breve no la distinguió sino á los rojizos resplandores de los relámpagos que se sucedían con cortas intermitencias, pues la tempestad, tan formidable que parecía en su principio, se desarrollaba con menos estrépito, pero con una intensidad constante.

Cárlos se disponía á regresar, cuando al asomarse á la portezuela del carruaje se le cayó el ramo de flores que le había dado Sara é hizo que el cochero se detuviese para recogerlo. Un hombre pasaba en aquel instante, y Cárlos le gritó.

Señor, tened la bondad de recoger esas flores que están ahí, cerca de vuestros piés.

Raul Lebretón, que era el interpelado de tal modo, midió al Ministro de arriba á abajo con una odiosa mirada.

Parecía dispuesto á contestar con una brutal negativa, pero cambió inopinadamente de resolución, poniendo el pié sobre las flores como si lo hiciera de una manera involuntaria.

¡ Ah!, torpe—exclamó el Ministro furioso. Y levantó el bastón contra Lebretón, pero lo reconoció y se detuvo.

¡ Ah!, sois, vos, señor Lebretón! añadió con la misma irritación, pero sin amenazar. Dad gracias que os he reconocido, pues iba á descargar el golpe sin piedad. . . .

Pero no quita que seais un torpe insoportable, terminó con una inflexión de voz dura.

Diciendo estas palabras saltó del coche, recogió las aplas-

tadas flores, subió á él y sin añadir una palabra, tomó la direccion de la ciudad.

¡Anda, anda—insolente Ministril! ¿Y qué yo te haya servido de escalera para subir al elevado puesto en que estáis? —dijo Raul Lebreton sonriendo.—No te llevas más que una imagen marchita de tu amor. . . . ¡Mi venganza ha comenzado! . . . .



UANDO Sara entró á su casa, halló á su tío que la esperaba con ansiedad y la recibió en su brazos. —Parecía que mucho debía haber atormentado al anciano Winter la idea de que su sobrina estaba expuesta á las violencias de la tempestad, cuando para informarse de si estaba de vuelta, había abandonado su laboratorio de química donde pasaba casi todo el dia entre hornillos, crisoles, retortas, y alambiques, y de donde le sacaban con sumo trabajo aún á las horas de comer y de dormir.

Cuando vió á su sobrina empaçada, sin querer admitir esplicacion alguna la arrastró, por decirlo así, hacia las habitaciones que la joven tenia, y la confió en manos de una joven huérfana que habian criado, y que servia á Sara como de camarera.

¡Ah, locuela!—exclamó el anciano dándole un beso en la frente. Vas á caer enferma, de seguro, y te prevengo que me enfadaré. Cúidate bien, porque yo estoy muy ocupado para poder cuidarte.

Con que sí, dijo Sara, riendo ¿un sabio es buenamente un egoista? ¡Eh, que fea es la ciencia!—la detesto, la detesto tío mio, pues me disputa vuestro cariño.

Quiso abrazar á Winter, pero éste la rechazó con dulzura y se volvió á su laboratorio.

El señor Winter había estudiado la física y en particular la química, como se estudiaba en su época, muy superficialmente. Hizo rápidos progresos bajo la dirección de Raul Lebreton, que era su ayudante y su profesor á la vez.

Raul había tomado lecciones de los mejores y más afamados profesores de su época, y poseía en realidad una instrucción sólida que imponía al señor Winter y le hacía muy indulgente con la rudeza de aquel taciturno y angustiado carácter. El anciano era además, muy constante, muy aplicado para distinguir bien los sentimientos bruscos y talvez las indomables pasiones que conmovían el alma del sábio novel. —Sara había tratado de hacérselo notar á su tío en más de una ocasión, pero no la había escuchado.

Todo se desvanecía ante el egoismo intelectual de Winter.

Cuando la joven hubo cambiado su traje, entró resueltamente en el laboratorio del tío.

Cosa rara era que Sara visitase aquel Santuario de la ciencia, que denominaba con toda malicia, "la oficina del diablo."

Esperaba sin duda la joven encontrar á otra persona en unión de su tío, pues después de echar una mirada escrutadora en torno suyo, pareció quedar contrariada.

¡Hola! ¿eres tú, Sara?—dijo Winter sin apartar la vista de una curiosa experiencia que estaba ensayando.

¿Como os encontráis ahora imprudente diablito?

Muy bien; ¡pero muy bien!—respondió Sara.

Tanto mejor. . . .pero no me interrumpas. . . .Creo que he resuelto un problema químico de la mayor importancia.

Algunos momentos, y habré terminado. . . .así, pues ¡silencio!

Sara se sentó sin chistar y permaneció quieta; estaba preocupada, pero visiblemente preocupada; habríase dicho que



preparaba un golpe de Estado. El tío lanzó un profundo suspiro, y la tristeza y desaliento se pintaron en su rostro.

¡No ha sabido bien!—murmuró alejándose de una pila de Volta y de un sistema nuevo de sondas que le había servido en el experimento.

No importa, añadió animándose, Lebreton debe tener razón. Sí, el agua que se ha considerado como un cuerpo incapaz de descomposición, debe ser un compuesto de varios gases, por ejemplo, el hidrógeno y el oxígeno, descubierto éste por Priesley en 1774. . . Es preciso que Raul renueve el ensayo en que yo he sucumbido. . . . Es posible que él sea más feliz que yo.

Winter notó que su sobrina lo escuchaba sin atreverse á interrumpirlo y un tanto estupefacta de lo que oía.

¡Válgame Dios, que me había olvidado de tí, querida niña!—exclamó Winter.

¿Que queréis? Es tan entusiasmador el estudio de los misterios científicos, tan atractiva la lucha que se traba contra los obstáculos que resisten á las investigaciones de nuestro ánimo, ansioso de penetrar los secretos de Dios. . . . Pero, vaya, todo esto te interesa poco, ¿no es cierto?—añadió Winter, con bondadosa sonrisa.—Porque supongo que no has venido aquí para informarte de si el aire ó el agua son cuerpos simples ó compuestos. Bebes el agua, y respiras el aire sin ir más allá; y talvez es lo mejor que puede hacerse en el mundo. . . . Y sin embargo, hay evidente utilidad en conocer las propiedades de los agentes indispensables á nuestra existencia. . . .

En fin, pasemos á otra cosa, y habla que ya te escucho, pues me parece que tienes algo que decirme.

Efectivamente, respondió la joven, tengo que contaros lo que me ha sucedido.

Y refirió, punto por punto, su caída y el gran riesgo que había corrido de ahogarse en el gran lago del “Parque 3 de Febrero”.—El anciano Winter lanzó un gemido como si el peligro amenazase todavía:

Tranquilizaos, tío mio, se apresuró á decir Sara con lijera malicia. Estaba conmigo, á mi lado un amigo, un salvador, que casualmente se encontraba en el Parque y aquí me veis sana y salva.

¿Quien te ha salvado? preguntó el señor Winter con la misma ansiedad.

El señor don Carlos Oriburo, el Ministro del Interior.

Ah digno y animoso caballero! replicó el tío Winter con efusión. ¡Iré á verlo y abrazarlo!... Lo que me dices me causa una gran satisfacción! Tengo cariño á ese hombre, y lo *convidaré* á que nos visite.—Si esto no te contraría diablito.

Ahora es demasiado tarde para presentarme en su casa.—Pero escribiré al señor Ministro manifestándole toda mi gratitud. . . . Te parece bien sobrina mia.

Perfectamente, tío. Bien dicho y bien pensado!

Pero dirijid vuestra carta al Ministerio correspondiente.

¿Sabes diablillo prosiguió Winter con solapada ingenuidad que ese señor Ministro sería un cumplido marido?

Es buen mozo, rico, gracioso, tiene mil cualidades pintadas en el rostro, sobre todo la bondad. Y tú que no te turbas para brujulear, y luego la fortunita que pronto vas á recibir, según me lo ha anunciado Boadil. . . Si un día solicitase tu mano, crees que debería concedérsela? . . . Veamos, respóndeme con entera franqueza.

Un rubor lijero sonrojó las mejillas pálidas de Sara.

Pero tío mio olvidáis que ese caballero es casado con la señora Sofía?

Winter pareció vivamente contrariado, cuando Sara pronunciaba sus últimas palabras, Raul Lebreton entró en el laboratorio.

Después de haberse mojado hasta los huesos, él también, había cambiado de traje, y se presentaba con calma y gravedad.

Al verle así, podía creerse que había olvidado los ultrajes que creía haber recibido, reconociendo que los había merecido; sin embargo, un observador atento habría notado en la calma de sus ojos el reflejo siniestro de una resolución implacable.

Al verle la señorita Sara Winter, se puso de pie y una sensación penosa conmovió las líneas de su flexible cintura y de sus armoniosas facciones.—El señor Winter no notó la extraña actitud de su sobrina y dirigió la palabra á Lebreton.

No he podido llevar á buen fin el experimento que me habéis aconsejado, dijo. Creo que me ha faltado habilidad, y convencido estoy de que tendréis más maña y precisión que yo.

Conveniente será que mañana ó pasado ensayéis el efecto de la electricidad para la solución del problema que en tal grado me preocupa.

Lebreton iba á contestar, cuando la señorita Sara tomó la palabra.

El señor Lebreton, dijo, no os ha anunciado que debía en breve abandonar esta casa para irse á Chile? A mi me ha dado parte de esa determinación, y me ha parecido tan legítima como natural; tanto que no vacilo en dar á vuestro ayudante el consejo de apresurar su partida. En efecto no será en la soledad en que vivimos, donde el señor Lebreton hallará la brillante senda que tan digno es de recorrer, según aseguran. Es indudable que necesita un centro más propicio,

que solo en otro teatro podrá sacar mejor partido del talento que lo distingue.—Al venir aquí se ha apartado de su camino, é importa que vuelva á él y beba en los manantiales de la inteligencia y de la actividad, la ciencia necesaria para hacerse una reputación.—Así, tío mio, no contéis más con él, pues ha decidido que se pondrá en camino. . . . mañana mismo.

La joven acentuó esta última frase con firmeza y al mismo tiempo comunicó á su mirada, que fijó sobre Lebreton, una expresión altiva y resuelta, cuyo sentido no era dudoso; no quería ser desmentida.

El señor Winter había escuchado á su sobrina con sorpresa, negándose á creer sin duda, en la próxima partida de su ayudante, á quien quería, y cuyos conocimientos especiales eran tan útiles á la satisfacción de su gusto favorito. Sin embargo, dudó al ver que Raul no protestaba contra el proyecto que se le atribuía.

¡Vamos! Vamos! dijo con inquietud, será cierto lo que ha dicho Sara.

¿Pensáis en abandonarme en lo mejor de nuestras experiencias? Os disgusta vivir entre nosotros? No se os conceden todas las consideraciones á que sois acreedor? ¿Qué quiere decir esto? ¿Tan poderoso influjo tiene sobre vos la ambición. . . .? Y bien creedme; el medio más eficaz de llegar á la reputación, es el concentrar los estudios en el silencio y en el aislamiento.

Algunos esfuerzos más, y en breve tendréis la convicción de ello; mandaremos á las sociedades científicas de Europa, una de esas memorias que llaman la atención, hacia los que la firman. Yo no tengo ambición de gloria, y os cederé sin pena mi pequeña parte de brillo y notoriedad en el éxito de nuestro común trabajo. Vamos amigo mio, decidme que no

habéis formado el proyecto de abandonarme ó si habéis tenido esa idea, dadme la seguridad que habéis renunciado á ella.

Mientras Winter hablaba así, Lebreton estaba ajitado; secretamente combatian en su pecho, el deseo de desafiar á Sara, afirmando que nunca había pensado en partir, y el temor de que excitada, revelase á su tío las atrevidas declaraciones con que él había osado mortificarla.

Sin embargo, Raul vacilaba aun entre el partido que debía tomar, cuando un imperioso gesto de la joven le notificó que estaba á punto de renunciar á todo miramiento. Esta violencia moral produjo en Lebreton un movimiento de furor que logró reprimir al instante..

Y en seguida con un acento algo frio, dió gracias al señor Winter por las bondades que le había merecido y por el interés que le demostraba instándole con calor á que permaneciese á su lado.

Pero añadió, que experimentaba una especie de nostalgia habiendo permanecido tres años lejos de Chile, donde había pasado parte de su juventud, que le atormentaba el deseo de volver de nuevo, y que le era imposible resistir por más tiempo á la fuerza misteriosa que le impelía hacia aquel irresistible centro de atracción.

Dignaos escusar, señor, continuó, lo imprevisto y talvez lo descortés de mi resolución. He luchado en vano, me siento dominado, y con pesar, contra mi voluntad, me alejaré de vos . . . Hay fatalidades más poderosas que nuestra razón! . . .

El tono enfático dado á estas últimas palabras, ocultaba, sin duda, un doble sentido, pues los acompañó una visible contracción del rostro de Lebreton, que sorprendió al anciano Winter.

No le prestó, sin embargo, mucha atención, y se esforzó en disuadir á Raul dejara sin ejecución su proyecto de viaje;

su insistencia no alcanzó más resultado que la promesa de Lebreton de permanecer en el laboratorio algunos días más para renovar él mismo el experimento de la descomposición del agua por la electricidad.

Sara se dió por satisfecha de su intrépida medida; no trató de obtener una partida inmediata, y después de haber estrechado á su tío en sus mórbidos brazos, se retiró.

Al salir dirigió una irónica y glacial mirada al enemigo que se imaginaba haber vencido.

Raul Lebreton se inclinó con todas las apariencias de la sumisión y la tranquilidad. Cuando se irguió, dirigió su mirada á una de las tablas puestas al rededor del laboratorio, donde estaban colocados simétricamente los frascos de las sustancias necesarias para los análisis químicos, tomó furtivamente un frasquito y lo ocultó en uno de sus bolsillos.



ARA era sumamente supersticiosa. Y pensaba que en los momentos más difíciles, en las partidas comprometidas, y cuando la agitaba una pasión, la salvación estaba en jugar el todo por el todo.—El destino daba pretexto á sus supersticiones: creíase perdida, fatigada de brujulera, de luchar, y hastiada de la vida, cuando repentinamente, el señor Tunez Peralta llegó á esta Capital sin que nadie lo esperase, y de regreso de sus largos viajes. En aquel hombre cifraba toda su salvación.

El Español no era difícil conquista. Habíase entregado como un niño en la *soirée* de Casilda Ramos; Sara salió de allí completamente satisfecha, hasta ese momento, todo le había salido á pedir de boca como se dice vulgarmente. Al otro día vería á Peralta.—Se durmió, después de la *soirée*, con la cabeza llena de ilusiones.—Por la mañana se levantó radiante de alegría.

Su tío al verla la encontró hermosísima. Estás bella como una virgen de Rafael, pintor religioso, podrías servirme también de modelo para una Magdalena.

¡Oh! ¡otro día! dijo Sara.—Hoy tengo un cúmulo de cosas que hacer.

El tío Winter no se metió á indagar á la sobrina, lo que tenía que hacer—Sara era perfectamente libre. Que cada uno

arregle sus asuntos como pueda. Ese era otro de los axiomas favoritos del quírico y escultor, hombre de principios y de ideas fijas.

Sara hizo que le diesen de almorzar temprano y muy de prisa; luego se vistió, ataviándose y estudiando los mas mínimos detalles delante del espejo: tomó un carruaje y se hizo conducir, al “Gran Hotel de la Paz.”—Preguntó allí, por el señor Tunez Peralta—con la cabeza erguida como si el Español fuese ya algo suyo . . . .

Luego repentinamente, se puso lívida, cuando le dijeron que el señor Tunez Peralta se habia embarcado.

Cómo, qué se ha embarcado ?

Marcharse así, bruscamente, sin despedirse, y recién llegado ?—No podía tragarlo.

Fué necesario que por repetidas veces, le esplicasen en el Hotel lo que habia sucedido.—El señor Tunez Peralta pidió al levantarse un carruaje para ir al muelle de pasajeros á tomar el vapor que salía para Montevideo, y se embarcó en la falúa de gala de la Capitanía.—Cierto que habia dejado los equipajes, advirtiendo, que él avisaría cuando debían enviárselos.

Sara estupefacta, oía toda aquella relación detallada. Estaba horriblemente pálida.

El señor de Peralta ¿ ha recibido algún despacho telegráfico?

No, señora, pero apenas habia entrado está mañana al hotel acompañado de un amigo, cuando recibió una carta urgente.

¡Ah!—dijo entonces.

Talvez pasase algo grave en los asuntos del señor Peralta. Pero de todos modos, un viaje tan brusco, sin decir una palabra, después de la noche de delirio del dia antes, asombraba á aquella joven que se creía segura de aquel hombre.



¡V aios—se dijo—tendrá miedo!. . . .

Sí, eso es—ciertamente, me ama demasiado. Por eso hu-  
ye de mí.

Esta es la segunda edición de Boadil. Pero ni corregida, ni  
aumentada!

¡Si se habrán hecho confidencias!

Santo cielo! que estrella fatal es la mia.—Y se echó á reir  
nerviosamente al salir del Hotel, para tomar de nuevo el co-  
che que la trajo.

Donde la llevo, señorita ?—preguntó el cochero.

¡Donde queráis!. . . ¡Al Parque 3 de Febrero!

Miró el cochero su reloj de plata, y dijo: Eran las once y  
media cuando me tomó la señorita.

Está bien. . . ¡al Parque! . .

El movimiento del coche, la vista de la gente que encon-  
traba, ocupaban el ánimo de Sara—pero sin distraerla; toda  
la alegría y el movimiento de las calles de Buenos Aires, le  
parecían una ironía. Se encontraba de nuevo con amargura  
exacerbada, en la disposición de ánimo que se hallaba, en  
días anteriores, cuando entró en la casa de Boadil, para con-  
tarle sus angustias y aburrimientos, y lo hastiada que estaba  
de la vida.

Ahora se sentía más hundida aún.

¡No había quien pudiese soportar tanto!

¡Si al fin tuviese valor!

Y mirando el famoso Lago, los patos y los cisnes blancos,  
se le ocurrió pensar en matarse, como le había dicho al Minis-  
tro.—¡Qué disparate!—O más bien que estupidez! Por en-  
tretenerse en algo había recojido piedrecillas para engañar á  
los patos, lo que hacía maquinalmente.

En aquel momento la vió el Ministro. Indudablemente—le

decía al separarse de él—los que desesperan son unos pobres de espíritu.

Y efectivamente, parecía que el destino, así como ella había lanzado piedrecillas á los ávidos picos de los patos, le lanzaba á ella en su camino un Ministro en lugar de Tunez Peralta. ¡Un Ministro! Porque aquel joven Ministro era un hombre decidido á quien le debía la vida y que poco antes le sonreía, y la miraba apasionado en las avenidas del parque, y se acercaba á ella estremeciéndose de amor; un Ministro por otra parte no era de desperdiciar, sobre todo para Sara que estaba cansada de buscar amor, y perseguía otro ideal tan difícil de encontrar.—La riqueza.

Talvez el otro no valía tanto y luego la fastidiaba con sus eternas geremiadas.

No habia fluctuado un momento, porque no se hallaba ya en la edad de las vacilaciones, antes al contrario era preciso decidirse, y decidirse pronto. En el trayecto del Parque á su casa, Sara tomó una resolución decisiva.—Puesto que habia prometido escribirle al Ministro,—le escribiría.

Habia pensado invitar inmediatamente á Carlos á que fuese á verla.—Pero al verse allí en aquella casa, casi desmantelada, sin butacas mullidas ni divanes, en la que se ocultaba la pobreza bajo viejas cortinas descoloridas, y recibirlo así, sería como zambullirlo en la nieve y entibiar su amor. Al examinar todos aquellos objetos, lanzó una mirada de fastidio.

Jamás se atrevería á que el Ministro se sentase en aquel sofá con los elásticos rotos, los forros desgarrados y sucios.

Estoy perdida—completamente perdida, si él viene aquí.

¿Qué hacer? ¡Dios mio! Recibir á Carlos en aquella casa ignorando donde ella pasaba las horas soñando, cuando sabía perfectamente que el capricho, ese amor de los que no aman,

vive del lujo de los perfumes que embriagan, de la seda que cruje, de los tapices que ocultan la aventura.

El Ministro retrocedería al ver aquella pobreza franciscana y sería como confesarle que no buscaba en sus amores más que el medio de salir de la miseria en que vivía. Sara sabía y estaba cierta que aquel hombre ilusionado, que creía talvez habérselas con una muchacha honrada ó desgraciada, que podía entregarse por amor, pero no venderse, retrocedería ante la verdad, al encontrarse frente á frente con una traficanta.

¿Qué hacer? Como ocultar á aquel hombre su verdadera situación.

Son dos desgraciados—se decía Sara, paralelando al Ministro con Tunez Peralta, pero el uno ha hecho de la virtud un vicio, y el otro tiene necesidad del vicio.

¿Le confesaría todo al Ministro como se lo hubiese confesado á Tunez Peralta? Talvez sí, si al fin no encontraba en su majín otro medio;—pero era de todo punto necesario buscar una solución honorable y conveniente.—Inventar algo! ¿Pero inventar qué? Pedir dinero á cuenta de la herencia. ¿Y á quién? ¡A su abogado Sanchez Boadil! No se atrevería á tanto, aunque estaba cierta que Boadil la sacaría de los apuros, pero aun á sus ojos quería conservar las apariencias.—Y además no podía olvidarse todavía de aquella huida á Montevideo.—A Boadil no le pediría nada.

Entonces ¿á quién?—donde volvería sus ojos?

De pronto, del fondo de su pensamiento surgió una imagen confusa al principio, luego más luminosa.—La imagen de una mujer á quien en uno de esos trances difíciles de la vida, con la influencia de Boadil, impidió que fuera á la Penitenciaría. Y qué hermosa en aquel tiempo, y con bastante

ingenio, según decían todos, había pretendido algunas veces ser la amiga y protectora de Sara.

Tiempo hacía que la joven no pensaba ni siquiera por accidente en Josefina Lamothe, que así se llamaba este personaje. Algunas veces anteriormente la había visto de cuando en cuando encontrándola con el pelo teñido de rubio para disimular las canas.

Josefina la decía siempre:

Ya sabéis que tenéis en mí una amiga, leal y agradecida, y cuando necesitéis un buen consejo ó mi protección no olvidéis mi casa, calle de Santa Fé.

Sara le agradecía sus ofrecimientos y se olvidaba en seguida, y solamente ahora, en la situación difícilísima en que se encontraba, el nombre y la imagen de Josefina Lamothe, salían como del fondo del pasado. Josefina Lamothe en sus buenos tiempos era una mujer hermosa, cuyos ojos negros, cuyas joyas, lujo y amores locos, fueron célebres; habitaba hacía cuatro ó cinco años como secuestrada en el fondo de una casa-quinta, temblando siempre que le robasen sus alhajas, casada con un hombre joven, cierto comisionista de comercio, un jastial tremendo que le daba unas vapuleadas que la hacían temblar también.

Josefina era rica y estúpidamente avara. Pero el instinto decía á Sara que talvez en ella encontraría el apoyo que necesitaba.

¡Dinero!

Tengo que recibir una fortuna—¡se lo devolveré todo! con usura—Ella hará así un buen negocio, y yo me habré salvado.

Al siguiente día, por la mañana á primera hora, golpeaba la casa de la antigua belleza.

Josefina Lamothe vivía en la espaciosa calle de Santa Fé,

suntuoso barrio, con sus casitas de recreo, sus chatels rodeados de jardines á la inglesa, sus p rterres cercados con verjas de hierro, sus lujosos colegios, mezclados con tiendas y mercerías. Sara dirij a la vista á todas partes buscando la casa de Josefina, en la que había estado pocas veces.

All  vivía, envuelta en la soledad y el aislamiento la mujer que en su tiempo había deslumbrado   los dandys de nuestra sociedad. Su casa estaba siempre cerrada, y para distraerse, Josefina se entretenía en cuidar las plantas de su jardín.

Sara tir  repetidas veces de la campanilla que había en la puerta de hierro del jardín.—Una criada salió acompañada de dos mastines, y abrió al fin la puerta.

Condujo   la joven   la sala donde estaba Josefina Lamothe tomando chocolate con tostadas.

Uno de los mastines estuvo   punto de saltar sobre Sara, en tanto que Josefina al verla se levantó y le estrech  la mano cariñosamente.

 Ah! S  es mi amiga! . . . mi amiga querida. . . . Cuánto me felicito! Y  qu  acontecimiento? . . .

Sara miraba   la Lamothe. Aun daba golpe, aunque bastante pintada, con los ojos abotagados y las mejillas pálidas; pero el arte suplía todo y aun estaba aceptable aunque demasiado gorda.

Sara le espuso el objeto de su visita, ella sonrió, frunció las cejas y corredora de amor y de consultas, acabó por decirle que tenía mucha suerte, y que no podía llegar más   tiempo.

S , sí, os aseguro; parece que   propósito se hubiese preparado todo,—os acordáis de Dora?

No s  quien es—dijo Sara.

S , amiga mía; aquella muchacha que entretenía un inglés, y   quien Boadil llamaba Calamidad.

No me acuerdo.

Bueno, eso no hace á nuestro asunto. El caso es que Dora se ha ido á París hace quince días.—Allí permanecerá según lo asegura cerca de dos años. El inglés se lo ha exigido, porque él ha tenido que irse á Lóndres por sus negocios. Y quiere alquilar su chalet que está inmediato á la Avenida Alvear, sobre una barranca que mira al río. Es una mansión encantadora, y admirablemente puesta. Tenéis una suerte loca, porque es muy barata.

—Por poco que lo sea, para mí será una fortuna, porque no tengo un centavo disponible.

¿Vaya no seáis infeliz, y la fortuna que tenéis que recibir? —exclamó Josefina Lamothe;—y además aquí estoy yo que os debo una eterna gratitud.—Os prestaré todo el dinero necesario para la instalación, y como somos mortales, me firmaréis un pagaré que me lo abonaréis cuando lo creáis oportuno.

Dora no es exigente, y con tal que su casa se alquile, se dará por satisfecha con poca cosa. Y en fin si queréis mucho dinero adelantado bajo fianza ó vender vuestros derechos hereditarios, no es difícil que yo encontrase la persona. Pero, sobre todo mi querida Sara—y Josefina bajaba la voz, no digáis nada á Lugo.

¿Lugo?

Sí, mi esposo. . . . ¿No lo conocéis?

Y tomó una fotografía que estaba colgada en la pared, donde Sara vió la imágen de un tipo con cara de idiota, de grandes manoplas, bigotes como cepillo de dientes, y una cabeza como escobillón de cañón, de cuerpo entero, con los brazos cruzados y con un aire campanudo.

Es arrogante, ¿no es cierto?—¡muy joven!—me adora. . . ¡Y yo lo idolatro!

Sara le daba lástima aquel amor semi-cenil, el repelente último amor de un ángel caído . . . .

Pero Sara no estaba para eso. Se hallaba radiante de alegría.—Parecíale que divisaba un rayo de sol esplendoroso.

¡Qué feliz inspiración había tenido en pensar en Josefina Lamothe!

Con que estamos perfectamente convenidos, escribiré á Dora, diciéndole que la casa está alquilada, perfectamente alquilada.—Ahora—¡adios! y le estendió la mano. Oigo á Lugo que viene y no le gustan visitas.—y como sois muy linda. . . .

Hizo que la sirvienta acompañara á Sara hasta la puerta, con una rapidez, que demostraba á las claras que no quería que su marido viese á la joven.—Josefina se había vuelto celosa con la vejez.

No seré yo por cierto quien pretenda arrebatarte ese títipo altamente ridículo! . . . pensaba Sara alejándose de la calle de Santa Fé.

La supersticiosa iba pensando en el trayecto y se decía: había de ser uno de los dos! El literato Español ó el Ministro! ¡No he sido yo por cierto quien lo ha elegido! . . . . .

---



EL chalet de Dora era un lindo edificio de gusto casi florentino.—El caballero inglés Mister Rudín lo había hecho levantar no hacía mucho tiempo, en el mismo sitio donde estuvo una antigua casa arruinada, que constituía la herencia de una distinguida familia de nuestra sociedad.

Semejante joya de arquitectura, era sin duda alguna, una rareza en medio de aquel barrio, donde la mayor parte de las casas presentaban, por aquella época, el aspecto de la antigüedad.—A la joven Dora se le debía la idea de éste capricho.

Habia manifestado el deseo de que la casa que habitase no ofreciese el aspecto sombrío de las casas del centro de la Ciudad, y su excelente amante había adoptado el plano trazado según la graciosa inspiración de aquella querida que adoraba.

El barrio de la Recoleta es hoy una especie de Ciudad nueva completa, surgida como por encanto; una improvisación hecha á fuerza de millones. En lugar del conventillo, del bodegón, infecto de los Genoveses, con sus cortinas ennegrecidas en las vidrieras, y los olores nauseabundos, que despiden las tabernas; se han visto florecer de pronto, en aquel rincón de



la tierra, sin saber cómo, todos los estilos de la arquitectura, todas las extravagancias de la fantasía.—Una ciudad al lado de otra.

Algo de nuevo, de insensato, de convencional, lo colosal al lado de lo coquetón, la enormidad de una gran casa á la americana, proyectando su sombra sobre una casita al estilo suizo y como para completar el cuadro, al principiar la calle larga de la Recoleta, se destaca el monumental Colegio de enseñanza primaria, construido por el Concejo de Educacion de la Nación. Algo de Florentino un poco de Parisiense y mucho de yanke.

El portalón de estilo gótico abriéndose de par en par para dejar pasar el magnífico carruaje de la entretenida.

Encantadora y coqueta era la mansión de Dora elevada en lo alto de una barranca rica en vegetación, en abundantes flores y en magníficos bosquecillos de frondosos arbustos, que el rio en sus grandes crecientes besa con sus ondas.

Una especie de islote artificial, formado con tierras allí llevadas, se veía á corta distancia, sombreado por sauces y ceibos trasplantados con grandes gastos.

Este islote, capricho pintoresco de la joven Dora, animaba del lado del rio la extensión monótona y melancólica de la gran sábana de agua, en cuya orilla formaba el único accidente.

La casita de Dora—una de nuestras bellas viajeras como decían las crónicas de los diarios que la recordaban, casita elegante, de aspecto severo y al mismo tiempo alegre por fuera, pasaba por ser una de las más encantadoras de aquellos alrededores.

Tenia un papel que se leía: *Se alquila:* desde que se fué la joven que la habitaba.—Sus puertas y balcones cerrados le

daban un aspecto sombrío—¡Tanta tristeza después de tanta alegría!

Dora era una muchacha alegre, derrochadora y loca que le gustaba brillar. Los caballos del carruaje de Dora piafaban contentos al salir, á la hora de ir al Parque 3 de Febrero, por el gran portalón que daba entrada á las caballerizas.—Y desde hacía un mes aquella casa estaba silenciosa, como abrumada por la tristeza que tienen siempre las casas deshabitadas.

Allí en aquella casa ya zahumada por Dora, era donde Sara, jugando el todo por el todo, había entrado resuelta á sacudir para siempre la miseria.

Apenas instalada, en la nueva mansión, le recordó al Ministro su promesa de ir á verla. Carlos acudió con inquietante curiosidad, y salió de allí mucho más enamorado, más emocionado, más turbado que antes, como si acabase de echar una mirada á un mundo ignorado.—El refinado lujo de la casa lo había embriagado por completo.

Sara dueña de sí misma, y con una calma glacial, observaba con cuidado los estragos que lentamente iba haciendo en Carlos la pasión. Estudiaba sus rápidos progresos con la misma frialdad del facultativo. Dosificaba, como si fuera un tósigo, el veneno infiltrado en sus miradas, inyectándolo, si puede decirse así, con dulzura y arte en las venas de aquel hombre. Decidida como estaba á ser su querida, quería simular que sucumbía como una atolondrada, en vez de caer como una prostituida vulgar.

—Con otro cualquiera que no fuera el Ministro, tal vez se hubiese entregado más pronto, pero trataba al Ministro como trataba en otro tiempo á Tenez Peralta. Puesto que esos dos idealistas viven tanto de sus ilusiones, era cosa de solazarse en el platonismo, porque también prefería ser libre un poco de tiempo para no llevar aun la carga de pla-

ceres de que estaba harta, y que siempre le habían producido más sinsabores que agrados.

Evidentemente Carlos estaba cada día más apasionado.— Acudía presuroso á visitar á Sara; el coche de alquiler en vez de estarlo esperando en el Ministerio, se detenía todos los días delante de la casa de Sara. Se conceptuaba más dichoso cuando se imaginaba haber dado un paso adelante en el afecto de la señorita Sara, que cuando había conquistado nuevos amigos para obtener una mayoría en el Congreso.

Las ambiciones cedían el paso á los deseos ardientes de poseer por completo aquella mujer.

En los momentos á solas con su esposa, en las recepciones íntimas, en el Ministerio, se quedaba distraído, silencioso, con el pensamiento dirigido hacia los alrededores de la Recoleta.

Con una encantadora sonrisa, llena de dulzura, que daba remordimiento á Carlos, la pobre Sofía, su esposa, le instaba á que trabajase menos, á que no le dedicase todo el tiempo al Ministerio y á la política; que se distrajese un poco.

Te aseguro que estás muy cambiado; que tienes el aspecto fatigado ¡No trabajes tanto!

Es el cúmulo de los negocios administrativos.

¡Tantos asuntos á estudiar!

Efectivamente los negocios políticos lo absorbían, de tal manera, que era preciso robarles un tiempo precioso para ir de incógnito en coche de alquiler á su aventura.

Cierto es que pronto vendría la clausura del Congreso, y antes de un mes estaría un poco más desahogado; pero durante el tiempo que faltaba, el Ministro tenía que modificar, que transformar y que sanearlo todo.

¡Qué importa!—siempre encontraba pretexto para escaparse de incógnito á la casa de Sara.—Ella lo recibía siem-

pre.—El criado, ó la camarera le abrían la puerta con la deferencia que se muestra á un dueño de casa.—Para Carlos era un misterio la existencia de la señorita Winter.

Calpe que tenía relación con el tío de Sara, le había manifestado lo pobre que eran. ¿Cómo se explica que viviendo el tío miserablemente, la sobrina estuviese instalada con un lujo asiático? Winter, á quien había encontrado una vez en casa de Sara, le manifestaba que su sobrina era una margarita preciosa, que sabía ingeniarse muy bien. Ya tarde he comprendido—añadía, todos los recursos que hay en esa cabecita.

Antes me imaginaba que era una atolondrada y el atolondrado era yo, imaginándome semejante cosa. Es una mujer de una sola pieza, de temple y carácter firme; como que corre mi sangre por sus venas.

Solo le echo en cara una cosa.

¿Cuál es?—dijo Carlos.

Preguntadle, señor Ministro—¿cuál es el género que predomina en su casa. Todos esos bustos y grupos no tienen nada de artístico—les falta severidad—y sobre todo moralidad.—Quisiera ver esculturas que tuviesen estilo.—Todos esos son casos de la época, ¿no es cierto?—Es por esta razón que yo nunca seré nada y he tenido que abandonar este arte, para dedicarme á la física y á la química y Winter se marchaba á su casa á hacer experimentos químicos, mientras dijera el suculento almuerzo que acaba de concluir en casa de su sobrina. Carlos contemplaba aquellos objetos raros de la India y del Japón, aquellos divanes mullidos, los tapices, las columnas, que soportaban grupos de bronce y de *terra-cotta*, cuyas desnudeces, le parecían carnes sonrosadas de mujer; aquella profusión de adornos, de muebles, de poufs que parecían puestos expresamente para atenuar las caídas y que

daban tentaciones de entregarse á los amores de encuentro, á los caprichos con alevosía;—y al salir de aquella casita donde no había dicho á Sara más que insípidas galanterías, cien veces repetidas, donde ella no le había dicho más que palabras acariciadoras, de la mujer que quiere entregarse, pero que no quiere ofrecerse, se llevaba en el olfato ese perfume penetrante de mujer que le obligaba á volver á aquella casa, donde le parecía que iba á encontrar el paraíso.

Carlos no se afanaba mucho por saber como Sara Winter podía sostener aquel lujo, aquellos bronce y grupos de *terracotta* que tanto mortificaban el puritanismo del bonachón del tío. Carlos hallábase arrastrado á una aventura cuyo tinte misterioso, le agradaba sobre manera. El hecho mismo de no poderse explicar el misterio de la existencia de aquella mujer, lo seducía más aún.

Aquella tarde, Sara se hallaba en un saloncito, sentada á la brillante lumbre de la chimenea, con la pierna derecha puesta sobre la otra, meditabunda y preocupada.

Pedro, un sirviente que le había recomendado Carlos, y que era hombre de armas llevar, acababa de decirle, que el escribano entraba con unos papeles.

¡El escribano!

Y Sara frunció las cejas imperceptiblemente.

¿Qué ha dicho? — preguntó.

Nada: que traía unas escrituras para firmar.

¿Y á eso le llamáis nada? — dijo Sara riendo.

Que entre á la antesala.

Cuando el sirviente hubo salido del saloncito, dirigióse Sara á un pequeño mueble de ébano con incrustaciones de bronce y marfil, que tenía un cajón con cerradura de bronce.

Al tirar de él y al meter la mano en el cajón, el contacto

de los billetes de banco, le hizo sonreír, y haciendo una mueca cerró el mueble bruscamente.

El dinero de Josefina no durará mucho, pensaba; — ó más bien dicho, se ha acabado yá. Y abandonando la estufa fué á recibir al escribano, que estaba examinando unas hojas de papel, que había puesto sobre una mesa en cuya carátula se veía el sobre, escrito con gruesos caracteres, quien al verla se levantó y dejó los papeles.

Presumo señorita que adivinaréis cuál es el objeto de mi visita ; y pienso que habréis meditado bien sobre el asunto que me trae á vuestra casa.

Efectivamente os aguardaba, contestó Sara, pero comprenderéis que antes de preparar los actos necesarios, para la venta de mis derechos hereditarios, tenía necesidad de hablar con el letrado que me dirige, y haceros ver las piezas que establecen mis derechos á la herencia, y sobre todo saber á punto fijo á cuánto asciende el caudal testamentario.

Para extender las escrituras me he impuesto de los autos, contestó el escribano y por consiguiente sé á cuánto asciende vuestra herencia y si me he anticipado á la hora que habíamos convenido con el comprador, ha sido al solo objeto de hablaros antes, porque me resistía á creer que entregáseis una fortuna perfectamente saneada, por una suma insignificante. —Así es, pues, que me quitáis un peso de encima, porque me repugnaba otorgar semejante escritura, y me permito aconsejaros que no pongáis vuestra firma, aunque os ofrezcan una suma halagadora.

Gracias,—dijo Sara extendiéndole la mano afectuosamente, acepto el consejo.—Me tratáis como si fueseis un amigo verdadero.

Si en el cumplimiento de mi deber, queréis ocuparme, esta-

ré siempre á vuestras órdenes, y se despidió de Sara con suma amabilidad.

¿Vender mis derechos hereditarios que ascienden á la suma de tres millones y medio de pesos moneda corriente, por una cantidad insignificante?

¡Qué locura!

¡Qué disparate!

Es necesario proyectar algo mejor.

Hasta entonces su aventura con Carlos había flotado en el sentimentalismo del romance. El Ministro se creía amado por su propio valer. No veía en Sara más que una muchacha despreocupada, que no se cuidaba de las exigencias y de los deberes sociales, que disponía de su vida á su antojo, sin tener que dar cuenta á nadie.

Las cuestiones prácticas, las necesidades diarias, escapaban á la consideración de aquel hombre, preocupado con las arduas ocupaciones de la política y del Ministerio. Ni siquiera se detenía á investigar de donde salía el lujo de Sara. Iba poco á poco perdiendo la cabeza, sin pensar en analizar, ni en saber nada, y con la mayor candidez.— La primera palabra de Sara debía, únicamente despertarlo de su aturdimiento.

Como de costumbre Sara esperaba á Carlos aquella tarde, y abandonando el calor suave de la estufa, y acariciando una idea súbita, fué á vestirse, poniéndose un vestido verde, salpicado de violetas, y una bata de terciopelo negro, descotada, que dejaba ver el nacimiento del seno, y la blancura del cuerpo; sus ojos dulces y brillantes al mismo tiempo, sus cejas negras, sus cabellos rubios caían rizados sobre el terciopelo del cuello; el oro de esta cabellera parecía hilado y tejido por la naturaleza, y aquel rostro pálido, encima de aquel traje un tanto extraño, adquiriría en el saloncito de recibo, puesto á media luz, todo el encanto de una aparición celeste.

Los ojos de Carlos al mirarla quedaron deslumbrados, no pudo menos que detenerse para admirarla, allí en un diván, donde ella le esperaba arreglando los papeles que le había dejado el escribano.

Sara le tendió la mano, una mano nerviosa, pálida, y con acento triste, le dijo: porque no se acercaba á donde ella estaba.

Estoy contemplando vuestra incomparable belleza, que me fascina—dijo el Ministro.

¡Siempre tan galante!—contestó Sara.

¿No estáis ya cansado de verme la cara todos los días? Los caprichos generalmente duran lo que dura un lirio. . . .

El afecto que os profeso no es un capricho.

¿Qué es entonces? ¿Curiosidad?

Nó, es una verdadera pasión que ha penetrado y conmovido mi corazón.

No os creo, exclamó—dejáos de eso, veo que habláis muy bien y siempre os escucho con placer. Una declaración de amor os cuesta menos que un discurso en el Congreso. Pero hoy mi querido amigo, estoy en mala disposición de ánimo, no me encuentro en estado de escucharla aún viniendo de vos.

Mostraba en estas últimas palabras cierto aire de ternura que atenuaba un tanto el aburrimiento y malestar con que se expresaba Sara.

Sí dijo, repentinamente, estoy triste, profundamente triste.

¿Sin causa?—preguntó Carlos.

¡Oh! no mi amigo, no soy de esas mujeres que las dominan los nervios. Cuando me véis así es porque tengo algún motivo.

¿Y que motivo es ese?—me empeño en conocerlo Sara, porque os protesto que vuestras penas y tristezas me interesan sobremanera.



Si, os creo . . . . pero hay desagradados tan vulgares en la vida que no pueden ser confiados más que á los parientes más cercanos.

¿Por qué nó á un amigo sincero y leal como yo? — dijo Carlos, con el tono de un firme convencimiento.

Ella lo sabía y estaba segura de esto porque lo leía en sus ojos.

Precisamente cuando se tiene la suerte de encontrar amigos como vos, es cuando es necesario no entristecerlos para no perderlos, porque sería una insensatez.

Qué tenéis?—insistió Carlos acercándose á Sara.— Os suplico encarecidamente que me lo digáis.

Y la miraba fijamente, tratando de buscar en el fondo de sus pupilas un secreto ó una confesión que no podía alcanzar;—maquinalmente, sus manos habían tomado las de Sara que estaban juntas, y que ella le abandonaba.—Al acercarse hacia ella, para pedirle que hablase, sintió el dulzor de aquel aliento, el perfume de aquel cutis finísimo y el terciopelo de la bata. Las rodillas de Sara apretaban dulcemente sus rodillas, en tanto que los párpados medio cerrados, casi ocultaban los ojos de Sara, en los cuales le parecía á Carlos ver correr dos lágrimas.

Sara, mi adorada Sara, por lo más sagrado que tengáis, yo os pido, que si algún disgusto ó pena os agita y que esté en mi mano remediar, me lo comunicuéis con toda franqueza.

Si no fuese más que una pena, ó un disgusto solamente! . . . dijo ella retirándose bruscamente, y soltando sus manos de las de Carlos que las estrechaba cariñosamente. Pero no se trata de eso—es algo más grave, es de una deuda de dinero, sí, de dinero, añadió al ver la espresión de sorpresa que se pintaba en el semblante de Carlos.

Tomó el montón de papeles que parecía estar arreglando cuando Carlos entró en la sala y añadió con acento de cólera y desaliento.

Esto que véis, es la escritura de venta de mis derechos hereditarios y los demás son las cuentas que adeudo de la instalación de esta casa, y no sé qué otras cosas. Aún no he firmado la escritura de venta porque el escribano me aconseja no hacerlo, porque dice que es un verdadero robo, lo que se pretende hacer conmigo.

He cometido una gran locura, tomando á crédito todos esos objetos, pero lo hice con la seguridad que me había dado Boadil de que la testamentaría estaba ya terminada, y que pronto recibiría el haber, pero no sé qué nueva dificultad ha surgido, y ahora debo, y es indispensable pagar, y sinó me llevarán á los tribunales, y me moriré de vergüenza.

¡Ahí tenéis lo que me pasa, ya que tanto habéis insistido en que os lo dijera! . . .

Pero esta situación que espero cambiará pronto de un modo ó de otro, no debe inquietaros amigo mio; así es pues, pasemos á otra cosa. ¿Qué hay de la interpelación de Rucar? Se ha aplazado?—¿qué ha sucedido en la sesión?

Insisto mi adorada Sara en que no hablemos de otra cosa que no sea de nuestros asuntos, dijo Carlos mirándola con cierta espresión de cariño.

Ella estaba agitada y nerviosa.

Carlos se acercó procurando calmarla, y obtener más confidencias; Sara como si al revelar su secreto hubiese cedido á un momento de irreflexión, se negaba á completar las confidencias. Y siempre insistía en que no debía decirse nunca á los amigos cosas desagradables, y que además no era prudente revelar á las primeras de cambio el secreto de su vida.

Me hacéis sufrir tormentos horribles—dijo Carlos—no accediendo á mis deseos, á mí, á quien interesa el más pequeño detalle de vuestra vida íntima, y que deseo con toda mi alma, ahorraros todos los sinsabores y todas las angustias.

Ella se volvió hacia él y le contestó; ¿de modo que queréis conocer los detalles íntimos de mi vida? Pero os anticipo que el relato no es muy agradable, empero, después de todo añadió, dirigiendo una mirada á Carlos que lo hizo conmovér, mejor es jugar con cartas vistas, y sí me amáis verdaderamente como me lo habéis asegurado, bueno es que me conozcáis por el lado bueno y por el lado malo, y luego toméis la resolución que creáis más conveniente. Yo estoy curada de desengaños.

Y empezó á relatar á Carlos, que estaba sentado inmediato á ella, y la contemplaba admirado, la historia triste de su infancia, de su adolescencia, ignorante y descuidada, de su juventud malgastada; tristezas, faltas, arrebatos de fé, caídas, sobresaltos de amor, de orgullo, en fin algo vulgar y que pasa con frecuencia, pero cruelmente verdadero, que iba derecho al corazón de Carlos, aquel corazón lleno de piedad, como el de un hombre crédulo como él, atraído por todo lo que le parecía doloroso y exquisito en aquella mujer.

No sé por qué me parece que os estoy fastidiando,—dijo ella rápidamente.

¡Vos!—contestó él profundamente conmovido.

En los ojos de Sara brillaron rápidos chispazos de triunfo.

¡Ya véis pues, cual ha sido el aspecto general de mi vida! He amado, he creído amar, me han engañado, me han amado, y han huido de mí.—Un día me desperté con la siguiente perspectiva: meterme del todo en el fango ó hacer lo que hacen las demás mujeres; tomar un amante y salvar-

me por el lujo; ya que no era posible regenerarme por el amor. No se trataba, pues, más que de triunfar y puedo aseguráros . . . .

¿Conocéis al señor Tunez Peralta?

No, contestó Carlos—que vió aparecer ante su vista la interesante figura del literato Español.

El señor Tunez Peralta me amaba locamente.

¡Oh!—esclamó Sara, conteniendo un gesto de Carlos. Escuchad.—Os he dicho que me amaba.—Es un Rostchild.—Por qué no habia de ser su querida? Para recibirlo, como correspondía á su rango he hecho la locura de contraer deudas sin saber lo que hacía.

¿Qué mella podrian hacer estos gastos á Peralta? — dijo inmediatamente, estrujando entre sus manos, los papeles que tenía por delante.

Y . . . el señor Peralta? . . . ¿Qué ha sido de él?—preguntó Carlos, que se habia puesto pálido.

¿Peralta?

Sara se echó á reir.

¡Se ha huido! . . . Ya os lo he dicho.

De lo que ha hecho bien. De todas maneras lo hubiera yo despedido.

¿A Tunez Peralta? . . . repitió el Ministro, fijando su mirada en los ojos de Sara.

Sí, á Peralta, como lo oís . . . .

¿Y sabéis porque lo hubiese hecho?

¡No! . . . . contestó Carlos profundamente emocionado.

Pues por una razón sencillísima, porque me habia desencantado! ¡Y porque amaba á otro!

Sara habia pronunciado suavemente, y con acento tan apasionado estas últimas palabras que produjeron en Carlos una sensación deliciosa.

¡Ah! . . . dijo acercándose más á ella; ¿era por eso? ¿Ciertamente, era por eso, Sara?

Ella apenas habia dejado insinuar á quien amaba; no habia dejado hablar más que á sus ojos.—Pero Carlos frenético, vencido por el amor, entusiasmado por aquella confesión ocular, si puede decirse así, buscaba con sus manos, las manos de Sara, y después rodeándole con sus brazos la cintura la atrajo hacia su pecho, sintióse embriagado por el contacto de aquel cuerpo atraído al suyo y murmuró mientras sus manos acariciaban el terciopelo de la bata.

¡Como no queréis que os adore, Sara querida! ¡Es cierto! No es verdad que me amáis? ¡Ah! os imagináis que lo que puedo haber hecho ese gran personaje, Tunez Peralta, no pueda yo hacerlo? . . Esta es vuestra casa mi querida Sara. Y añadió acercando sus labios á la provocativa boca de la joven.

En vuestra casa . . . ¿Lo entendéis? ¿Queréis que os lo repita?

Sentía entre sus brazos los estremecimientos que conmovían aquel delicioso cuerpo que se apoyaba en el suyo; sus labios vagaban de la mejilla al cuello, y del cuello á la boca y de allí . . . un beso prolongado, frenético, que le produjo la lánguida sensación de un desvanecimiento; permaneció un rato teniéndola estrechada contra su cuerpo hasta que ella se separó, sonriente, encendida, con los ojos húmedos y brillantes, y diciendo con estraña espresión.

¡Ahora ya está sellado nuestro amor! . . .

Carlos sentía un gozo inexplicable al pensar, que él relativamente pobre, arrebatava su conquista á un acaudalado personaje y pagaba las deudas contraídas por Sara. Un movimiento instintivo de vanidad pueril le hacía erguir la cabeza con orgullo al ver que aplastaba á todo un Tunez Peralta con su generosidad.

¿Qué queréis que haga para tapan la boca á esos importunos, que tanto os mortifican?—dijo á Sara, cuyas manos estrechaba entre las suyas, y cuyo contacto le tenía vuelto el juicio.

Absolutamente nada—respondió ella.

La hidalguía que me mostráis para salvarme me basta para sentirme salvada.

En nuestra casa como lo habéis dicho, aquí estamos en nuestra casa. Y si los acreedores no me creen, les diré que tengan paciencia.

Os aseguro que creerán, exclamó Carlos.

Veamos, busquemos un medio para hacer la operación mas rápida.

Con mi firma, cualquiera prestará dinero.

¶ Pero no, he pensado . . . . Permittedme las cuentas para ver á cuanto ascienden. Está bien: dijo Carlos, devolviéndoselas. Mañana os traeré un cheque para el Banco Carabasa y el viernes podéis enviar á cobrarlo.

Pero antes desearia saber, dijo Sara como váis á hacer para conseguir una suma tan respetable que no es fácil obtener en plaza, sino con sacrificios, y no consentiré. . . . .

No—dijo;—quiero, exijo que aceptes en la forma que he indicado.—Es la mejor respuesta que puedes dar á esas gentes.

¡ Cuenta con mi apoyo!

¿ Me lo exiges?—contestó Sara con voz dulce.

Decididamente.—Es egoismo, porque quiero estar ya como si estuviese en mi casa.

Le tomó las manos, que besó mil veces apretándolas entre las suyas, llevándolas á los labios, y buscó de nuevo aquella boca deliciosa, que cubrió de besos apasionados. Y Sara defendiéndose débilmente, decía riendo:

Vamos. . . . déjame respirar un momento. . . . ¡oh! ¡que zalamero!. . . . ¡por lo visto piensas no dejar nada para otra vez!

Carlos salió enloquecido de la casa de Sara. Había dado orden al cochero, que lo llevase por el camino que da al río para que lo dejase frente al muelle de las Catalinas y dentro del carruaje seguía siempre viendo á Sara.

Ella entre tanto sola, con los labios contraídos por una sonrisa vanidosa de triunfo, volvió lentamente á sentarse, en una butaca, dejóse caer en ella, y cruzando las dos manos por detrás de la cabeza y levantando la mirada hacia el techo se puso á reflexionar, y aquellos labios que con tanta pasión acababan de besar á Carlos, continuaban contraídos por la expresión satisfecha de quien acababa de ganar una batalla en la cual no entra para nada el corazón.

Ella era tan dueña de sí misma en aquel momento como loco y desatentado estaba Carlos.

En este estado se bajó él del carruaje en el muelle de las Catalinas y desde allí se dirigió á la casa Rosada, y entró en su despacho, donde le esperaban amontonados, una porción de papeles y de espedientes que empezó á ojear, poniéndose á estudiarlos con un humor negro.

Al día siguiente de los coloquios amorosos con el Ministro, después de almorzar, y á eso de las doce del día, Sara se dirijía al islote, creación del poético espíritu de Dora, que ésta denominaba de las gaviotas, porque con frecuencia estas aves reposaban y aún permanecían largo tiempo allí con visible predilección.

La señorita Sara desde que habitaba aquella casa, había tomado la hábitud, cuando el día era hermoso y templado, de ir á respirar y dormir la siesta en aquel pabellón de verdura y de flores.—Muchos pájaros había en el islote, tan

bien enseñados por la anterior moradora, que cuando los llamaba Sara, con su armoniosa voz que podía rivalizar por lo melodiosa con la de aquellos, venían á posarse en sus hombros.

El día que nos ocupa, Sara se sentía agobiada por un cansancio extraordinario, que atribuía á la influencia del tiempo en extremo pesado. Después de haber contemplado el vuelo de las gaviotas, entró en un pabellón, especie de minarete chino, adornado de rosales y enredaderas y amueblado con un lujo oriental.

Sara se sentó primero en una esterilla de junco finísima.

Las fuerzas le faltaban y sus párpados se cerraban; quiso resistir á esta súbita anestesia, pero intentó en vano levantarse; poco á poco su cabeza se reclinó sobre los almohadones, y se durmió, murmurando el nombre del Ministro.

Raul Lebreton penetraba en el pabellón algunos minutos después; estaba pálido y descompuesto.—Al ver á la joven inmóvil y graciosa como el ángel del sueño, se descubrió con respetuosa emoción.

¡Oh! despecho! murmuró, serías menos violento que mi amor? Y tú venganza? te dejarás domar porque esta criatura sea hermosa como la luz del sol?

Tras una pausa breve prosiguió con reconcentrada vehemencia.

Héla ahí! inerte y desarmada á mi vista . . . bajo mi mano! . . . Algunas gotas de mi narcótico han bastado para dominar su arrogancia. ¡Cuán miserable eres, orgullo. Cuando tan poco basta para aniquilarte! . . . .

¡Ah! Sara Winter, la mujer desdeñosa, al fin te veo más inofensiva y más débil que las delicadas flores que perfuman tu sueño! . . . .

¿Por qué no tienes conciencia del peligro inevitable que



revoletea por encima de tu frente? . . . . Así se doblaría el arrojó de mi cólera y la enerjía de mi implacable voluntad.

Absorto por la violencia de sus sensaciones, Lebretón no vió dos ojos espantados que lo miraban con asombro al través de la red de enredaderas que formaban una cortina de verdura en una de las ventanas del pabellón.

Pedro, el hombre de confianza que le había recomendado el Ministro, se ocupaba en vijilar la quinta, porque así se lo había ordenado Sara.—Había visto á Lebretón, á quien conocía, y la curiosidad le impelió á investigar el motivo que lo traía allí; nunca lo había visto poner el pié en aquella casa; le sorprendió en el instante en qué Lebretón se detuvo ánte la joven dormida, con la amenaza en los lábios y el fuego de la rabia en los ojos.

Pedro no era cobarde, antes al contrario era orgánicamente valiente, pero tenía miedo á Raul Lebretón, porque había oido decir que era un descreido, un hechicero.

Se escurrió sin hacer ruido y corrió á tomar su revolver; en el trayecto se encontró con el señor Winter que había almorzado con su sobrina, y se apresuró á prevenirle de lo que pasaba.

Winter no comprendió al principio nada de lo que le decía Pedro; pero éste le repitió con tanta exactitud lo que había visto y escuchado, que una revelación terrible é instantánea iluminó el alma del tío de Sara y lanzando un grito feroz tomó el revolver que llevaba Pedro y poco después llegaba al pabellón.

Cuando iba á entrar tropezó con Raul Lebretón que salía.  
— El miserable estaba ajitado, convulso y palpitante.

¡ Ah! infame!—exclamó Winter, arrojándose sobre él.

Una detonación retumbó en el jardín y una bala mal dirigida cruzó el espacio.

El anciano apuntó el segundo tiro, pero Lebreton, se apoderó del arma con un brusco movimiento.

¡Si, exclamó; soy un infame y me causa horror! Pero tú mano tiembla aún, anciano! la mía enpuñará con más firmeza el arma del castigo! . . .

Y se separó de allí dirigiéndose hacia la barranca . . . se escuchó una segunda detonación y Raul Lebreton cayó en el islote, cuyas aguas se cubrieron con una mancha rojiza.

El cadáver se perdió entre largas y enmarañadas yerbas y no volvió á aparecer.

El señor Winter, con el corazón despedazado, se inclinó sobre su sobrina que dormía aún, pero que por efecto de una horrible contracción, tenía los ojos abiertos, fijos y llenos de lágrimas.



DESDE el principio de esta historia en que hemos visto aparecer á la señora Casilda Ramos, en un palco del teatro Colón, no se nos ha presentado la ocasión de hablar particularmente de ella, y cuando lo hemos hecho, ha sido incidentalmente.

A la verdad que lo sentimos, porque Casilda Ramos, es un tipo de estudio.

Pero esto es lo que sucede generalmente en las historias en que hay que contar una multitud de acontecimientos por su naturaleza diferentes.

Muchas veces es indispensable dejar á un lado, arrinconados, y como siñó existiesen algunos personajes, que le inspiran á uno la mayor simpatía, para ocuparse de otros por los cuales no se experimenta sino un sentimiento de repulsión.

La vida de Casilda, puede ser esplicada en un resumen de muy pocas palabras.

Hemos dicho antes que Casilda era viuda del coronel Conrado Ramos.

Cuando se casó con Conrado, estaba en el esplendor de la juventud y de la belleza; alta, esbelta, con un talle que había podido abarcarse con las dos manos, tenía todo el aspecto de una hada, dos ojos de un azul oscuro con reflejos estraños, lábios rosados y un bosque de cabellos (¡si por ahí nieva que será en la cordillera!) . . . . .

Conrado era un hermoso joven, de maneras distinguidas, y un valiente soldado.

Se habían casado por amor y siguieron amándose como al principio de su matrimonio.

Pero Casilda tenía un defecto capital, que algunas veces oscurecía aquel cielo de felicidad con alguna pasajera nube. Era celosa, pero terriblemente celosa.

Pasó mucho tiempo sin que Casilda tuviese ningún motivo serio para alarmarse, pero á veces, unos momentos de retardo á la hora fijada, para la vuelta del marido, una mirada aunque inocente á otra cualquiera mujer, eran motivos bastantes para que el bello semblante de Casilda se turbara y las lágrimas nublasen sus ojos.

El coronel la trataba de niña, la apaciguaba y después de una esplicación al rumor de los besos, la calma volvía al hogar.

Casilda antes de ser esposa de Conrado Ramos, había sido locamente amada y pedida su mano por Floro Rucar á quien ya conocen nuestros lectores.

Rucar entonces podría tener de 30 á 35 años, alto, fuerte, de fisonomía simpática y muy nombrado por sus aventuras galantes.

La belleza de Casilda lo había fascinado, y se enamoró hasta el punto de pedirla á sus padres.

Casilda aún cuando aceptaba con agrado los galanteos de salón de un hombre tan mentado por sus aventuras, sentía al mismo tiempo que no lo amaba, y cuando fué consultada, respondió redondamente ¡no! Pocos meses después, era la esposa del Coronel Conrado Ramos.

Rucar experimentó un dolor profundo; tanto más cuanto que era la primera mujer que se le resistía, según él.

Quando le anunciaron el día que debía celebrarse la boda

de Casilda, huyó en el primer paquete que salía para Europa. Y los amigos que lo acompañaron hasta abordó, decían que lo habían visto tan pálido que asustaba, y recuerdan siempre su entrecejo siniestramente fruncido y sus ojos relampageantes.

Durante un año estuvo ausente, hasta que una noche en que se festejaba el cumpleaños de Casilda, se presentó en la casa.

Fué recibido como un amigo á quien se aprecia; y Casilda encontró el medio de decirle: sino estaba enojado con ella— y si seguiría siendo su amigo.

A lo que él contestó que siempre era su amigo, y que no deseaba sino que llegase la ocasión para probárselo.

El tiempo se deslizaba tranquilamente; ambos esposos seguían adorándose; Rucar impasible, había llegado á ser el amigo íntimo de la casa, pero de tal modo, que solo Casilda, que sabía que era amada por él, nadie hubiera podido sospechar en lo más mínimo sus intenciones.

Por otra parte, Conrado y Casilda se querían tanto, que á nadie se le podía ocurrir que Rucar intentase siquiera semejante aventura.

Casilda, como toda mujer, aunque tenía idolatría por su marido, sentía un secreto placer en ser adorada por un hombre que sin esperanza, la amaba profundamente; además su amor propio estaba halagado viendo á aquel hombre irresistible, en su perpétua adoración. La idea de burlar á su marido jamás pasó por su cabeza; pero era mujer, y aún la más virtuosa siente un extraño placer en verse amada verdaderamente.

Rucar como hombre de mundo, conocía el corazón humano, y especialmente el de la mujer: él sabía que las ocasiones y el tiempo, eran sus poderosos auxiliares y vivía en continuo

acecho; habiendo descubierto que Casilda era celosa, supo aprovecharse de ello inmediatamente.

Con un tacto maquiavélico sabía conducir la conversación sobre este tema y tenía el buen tino de hacer hablar á Conrado quien confesaba á Casilda, que los hombres tienen una especie de masonería para sostenerse entre sí.

Siempre sobre la brecha, Rucar, había notado que Casilda estaba inquieta y meditabunda.

Comprendió que algo extraordinario le pasaba, pero no pudo descubrir lo que era por no haberse encontrado á solas con Casilda.

Un día se presentó antes de la hora de costumbre.—Casilda como él esperaba, estaba sola, encontrándola en un estado indescriptible de exaltación.

Ya hemos dicho que él se había conquistado la amistad de Casilda, sin decir jamás nada que la hiciera sospechar sus intenciones; la interrogó de manera que Casilda que no ansiaba otra cosa que desahogarse, le abriese su corazón y le dijera sin rodeos ni ambages, que su marido la engañaba.

Rucar, protestando de la inocencia del marido no hacía sinó exaltarla aun más.

¿Os imagináis, como mi marido, que soy tan imbécil, que no veo ni comprendo nada? Os afirmo que me engaña, que estoy segura, y que pronto tendré la prueba palpable.

Rucar tuvo que hacer un esfuerzo supremo, para disimular, pues sintió saltarle el corazón en el pecho de alegría; el tan deseado momento, la hora psicológica, como dice el General Mitre, había llegado, pero era necesario no desperdiciarla con una precipitación.

Volvió á dar otra carga, siguiendo siempre la misma táctica de defender al marido.

¿Pero no queréis comprender que me engaña?—dijo Casilda con el rostro inflamado por la cólera.

¿No queréis convenceros que estoy segura? . . . . . tomad . . . . . leed esto.

Y al concluir estas palabras sacó un billete todo arrugado.

Esta mañana, muy temprano, prosiguió cada vez más exaltada, mientras él estaba en la calle entré en su escritorio y encontré esto tirado en el suelo.

Y dió á Rucar el billete arrugado, que este leyó con avidez y que contenía estas lacónicas palabras:

“Mi querido Conrado: No me abandones por tantas horas; tu presencia me es necesaria: no faltes hoy á la hora convenida.—*Carlota.*”

Rucar se quedó verdaderamente estupefacto.

¿Qué infamia murmuró Casilda con los dientes apretados!

¿Y que habéis resuelto hacer?

Tomarlo infraganti.

Un ¿escándalo?

Sí... sí... Pero quiero hacer un gran escándalo—traidor... Yo que lo amaba tanto, engañarme tan villanamente.

En este momento se presentó una criada.

¿Quién os ha llamado?—dijo Casilda furiosa.

Es señora, dijo, la sirvienta, que el patrón me ha encargado que previniera que no lo esperasen á comer, porque tenía un asunto urgente que lo retendría hasta tarde.

Casilda se puso las dos manos sobre el corazón creyendo que se ahogaba, pero hizo un esfuerzo supremo para reprimirse y dijo: Cómo?—el mismo señor Conrado os ha dicho eso?

Sí, señora, yo estaba parada en la puerta de la calle cuando me dijo lo que acabo de transmitir á la señora.

¿Habrá Vd. comprendido mal?

No señora, el patrón venía en dirección á casa, cuando lo llamó una persona que estaba dentro de un carruaje, en la acera de enfrente, y él luego vino donde yo estaba y me dijo lo que acabo de repetir.

Casilda estaba aniquilada, la cólera la ahogaba; intentó levantarse pero volvió á caer murmurando:

Hasta en mi propio hogar vienen á buscarlo, y él, el traidor me abandona, me deja sola, por ir tras otra mujer! . . .

Rucar aprovechó la ocasión y cayó á sus piés.

¡Oh! Casilda . . . Casilda adorada! es posible engañaros así!

Poseer un ser encantador como vos, y traicionarlo tan torpemente.

Casilda estaba acongojada, postrada, sumida en una especie de estupor, no comprendía nada, y seguía murmurando.

¡Traidor, infame!

Rucar fué sublime, grande, magestuoso; si Mefistófeles hubiese estado presente en aquel momento, lo habría admirado y le habría estrechado la mano con entusiasmo.

La pasión más pura, el entusiasmo más sincero, le hicieron encontrar palabras conmovedoras, palabras de fuego. Nunca brotaron de alma humana acentos más apasionados.

El amor más profundo, los sufrimientos de un año, la pena de verla burlada, fueron pintados con tal verdad, que la desdichada Casilda, aturdida, con la cabeza perdida por la pasión de los celos, olvidándose de sí misma, dejóse arrastrar sin darse cuenta y sin quererlo, se encontró en los brazos de Rucar, que aprovechó aquel momento y la hizo suya.

Casilda no supo resistir ó no comprendió lo que pasaba y solo cuando ya no era tiempo, fué cuando palpitante, ren-



dida, anonadada, vió aun entre sus brazos á Rucar que la miraba con ojos lascivos.

Solo entonces comprendió lo horrible de su situación, y casi exánime, dijo:

Por piedad, alejaos, os lo pido!

Momentos después Conrado volvía á su casa, y corrió á buscar á Casilda, encontrándola hundida en una butaca, con el rostro bañado en lágrimas.

Casilda, Casilda mía, perdóname, pero si supieses. . . No es mía la culpa. . . había prometido guardar silencio, si bien es cierto que te he hecho sufrir, me perdonarás todo cuando sepas. . .

Casilda lo escuchaba sin decir una palabra; permanecía inmóvil.

Sí. . . si, Casilda mía, he tenido por primera vez un secreto para tí, pero si supieses. . . Carlota. . .

Casilda se levantó como movida por un resorte, aquel nombre la hizo volver en sí.

Si, tú no la conoces, pero hoy te la voy á traer para presentártela.—Carlota por una tontería de verdadera atolondrada, ha huido del Paraguay, abandonando á su esposo, y había venido á parar á casa de mi tía Virginia, que tu conoces, y sabes que tiene una reputación un poco ambigua, y Carlota al saberlo estaba desazonada y me escribió para que la sacase de allí inmediatamente.

Carlota. . . . balbuceó Casilda ¿Quién es?

¿Carlota? Mi hermana. . . .

¿Cómo?. . . . exclamó Casilda, tu hermana?. . . . tu hermana. . . . y al pronunciar esta palabra cayó desmayada presa de una fiebre horrible, y en el delirio reveló todo á su marido, pero sin pronunciar el nombre de Rucar.

Tres meses después Conrado moría heroicamente, peleando como un desesperado en un encuentro con los *indios*.



DESPUÉS de viuda, hemos visto á la señora de Ramos, esperando con inquietud, que Sanchez Boadil volviese del escenario de Colón. Desde que viera á Carlos Oriburo, el nuevo Ministro del Interior, sentía una comezón horrible de conquistarlo para sus reuniones, para sus salones, que acababa de abrir á sus relaciones.

Viuda, rica, joven todavía, muy halagada, empeñábase en figurar por pasatiempo.

Era una de esas mujeres que parecen destinadas para estar expuestas en las cuartillas de papel de los noticieros.

De la intimidad de su vida de viuda, en realidad, nadie sabía gran cosa, pero el color de sus ojos, el brillo de sus cabellos, el nombre de sus modistas, el menú de sus comidas, los frequentadores de sus salones, todo esto era de *público y notorio*, y á Casilda Ramos, por fas ó por nefas los cronistas la traían á colación.

Murmurábase en voz baja, más bien que se relataba una porción de anécdotas románticas á propósito de Casilda Ramos.—Decíase que antes de enviudar había dado mala vida á su marido. Bonita, de carácter independiente, bastante rica después de haber vendido el lujoso menaje de su casa, los cuadros y objetos de arte, los cuales habían sido disputados en la subasta por los aficionados que pagaron sumas enormes. Casilda, una vez transcurrido el tiempo del luto, abrió sus salones.

Allí estaba rodeada de sus amigos, sin excitar celos entre sus adoradores, cuyos homenajes recibía con una perfecta regularidad de buen humor, como si estuviese cansada y deseosa de tener una corte, pero no un favorito.—Era madre de un niño que crecía allá en un colegio; pero casi nunca se le veía en la casa; aquel adolescente que vestido de colegial, subía furtivamente la escalera de la casa de su madre, le hacía una visita como si fuese una estraña, reuniéndose en seguida con una anciana que lo esperaba, y que era la madre del capitán Lucas Esquivel, la que tomándolo del brazo se lo llevaba apresuradamente.

La anciana educaba al joven, es decir ella y el buen muchacho Lucas que era muy instruido y de mucho talento.—Lucas servía como tutor y maestro al hijo de su antiguo jefe.

Era una promesa hecha al amigo querido en los últimos momentos de su vida.

Ya en Buenos Aires nadie se acordaba de la vida, ni de la muerte de Conrado Ramos.—Todos esos recuerdos se apagaron más tarde ó más temprano entre el estruendo continuo de la vida bonaerense. En torno del nombre de Casilda no quedaba más que una especie de murmullo halagador impregnado de recuerdos misteriosos, y el atractivo especial de una mujer que dá á sus salones ese encanto particular y ese perfume propio de una agradable hospitalidad.—Asistíase á ellos de gran etiqueta, pero reinaba allí mucha confianza.

Hacia poco tiempo que se hablaba de aquellas agradables reuniones de confianza, dadas por Casilda, sitio donde se daba cita la gente de buen tono y donde se encontraba á todo el mundo, como en Colón, en la noche de un beneficio, en las fiestas patrias, ó en el Parque 3 de Febrero los Jueves y los Domingos.

Había necesitado Casilda mucho tino, mucha constancia y

una gran fuerza de voluntad en sus deseos para llevar á cabo aquella tarea más difícil para ella, que para cualquiera otra, porque no tenía relaciones con la gente política y los encumbrados funcionarios. Sus relaciones estaban casi reducidas á literatos y abogados. Pero algunos abogados distinguidos y á la moda habían presentado en la casa, gentes de la política y de trato esquisito, y de amena conversación que declaraban como Carlos Oriburo, que la nacionalidad solo podría consolidarse con el auxilio de las mujeres, con las mujeres que simpatizaban con el gran partido Nacional; y esos políticos elegantes y discretos pusieron de moda los salones que la señora de Ramos abría tan galantemente.

Es verdad que en Buenos Aires es cosa fácil tener buenas reuniones siempre que se hallen complementadas por el elemento principal, por la buena cocina. Algunas tarjetas litografiadas por Peuser y dirigidas á personas distinguidas, atraen con facilidad comprometedora, un torrente de visitantes que revoletean al rededor de un *buffet*, bien servido por el "Café de Paris" ó la "Confitería del Aguila."

Y además ¡la señora de Ramos era tan hermosa! Andaba siempre á la pesca de toda reputación nueva, como el seductor en pos de la mujer que desea poseer.

Leía siempre como si fuese una obligación impuesta, el *Diario Oficial* y la crónica de las sesiones del Congreso, para adivinar en el orador de hoy, al Ministro de mañana. Informábase anticipadamente de la llegada de los enviados extranjeros, á fin de ser la primera en invitarlos á sus salones.

En punto á literatura protegía la escena moderna y la amaba por el ruido que hacía.—Acariciaba la idea de dar á sus reuniones cierto tinte literario á la par que político: literatos abogados y hombres de estado confundidos.

La casualidad hacía que precisamente un amigo de Sanchez

Boadil, el Sr. Gonzalo Tunez y Peralta, un opulento y distinguidísimo literato español que había conocido en otros tiempos, acabara de llegar de un viaje al rededor del mundo. ¡Qué sorpresa daría á sus amigos! si el señor de Peralta accedía á dar una conferencia, Casilda podría anunciar á sus convidados una *soirée* atrayente; el relato de los viajes de un hombre como Tunez Peralta, era un verdadero acontecimiento.

Pero las esperanzas de Casilda fueron defraudadas, porque el señor Peralta no accedió á las instancias de su amigo Boadil para relatar sus aventuras de viajero atrevidísimo y caprichoso.

Y á ultima hora tuvo que conformarse, con que la señorita Jacobson se prestase á declamar esa noche. Ya habían empezado á circular las invitaciones.

La señora de Ramos había obtenido la promesa de tres Ministros para que asistiesen á su reunión y así lo anunció á todos sus amigos.—Había conseguido — ¡oh triunfo inesperado! . . . que asistiese el señor Navarro Ortiz Ministro del Interior—ese hurón que tenía por oficio ser beato á quien los diarios fustigaban todos los dias, y héte aquí, que cuando menos pensaba surge una crisis ministerial, por todos conceptos inútil y en el momento menos oportuno, que dá por tierra con el Ministro Ortiz.

Rucar interpeló al ministro del Interior para ser Ministro, y Navarro Ortiz caía sin que Rucar consiguiese ocupar su puesto.—Inmediatamente se formó un gabinete con Carlos Oriburo para sustituir á Navarro.

¡Y con éste cayeron todos los Ministros que tenían prometido asistir á la *soirée* de la señora de Ramos!

¡La viuda de Ramos se hallaba desolada!

¡Ese intrigante de Rucar! Bien podía haber esperado

unos días más para hacer su peregrina interpelación! ¡No debía haber caído el ministerio hasta después de su reunión! Oh! no se había ella equivocado nunca al juzgarlo! Un ambicioso vulgar!

Triunfaba, ó más bien creía triunfar, y en cambio ella se veía ahora, en el último momento, sin ningún Ministro que presentar á los convidados!... No conocía á ninguno de los nuevos y no podía decidirse á dispararles á boca de jarro una invitación para sus salones.

Su íntima amiga, la hermosísima señora de Garzón, que le ayudaba á hacer los honores de la casa en las reuniones, le repetía en vano que de todos modos Navarro Ortiz no dejaría de concurrir, puesto que lo había prometido y era un hombre sério, y de cuya palabra no podía dudarse. Indudablemente le acompañarían sus amigos, pero la verdad es, que esto poco le importaba á Casilda. Ex-ministros tendría cuantos quisiera! Pero no se trataba de eso, no quería que fuesen á llamar á sus salones el *refugiun peccatorum*, como clasificaban á los de una rival suya. — ¡Nó, por cierto; ni pensarlo por un momento!

La viuda de Ramos, desde el palco donde se encontraba con la señora de Garzón que mostraba su hermosa cabeza morena, al lado de la rubia belleza de Casilda, había escuchado fastidiada y nerviosa los primeros actos de *Polinto*, en tanto que la señora Garzón hablaba en voz baja con Sanchez Boadil, quien compartía con ella la hospitalidad del palco, cuando al final del segundo acto apareció en un palco el rostro sonriente y agradable de Carlos Oriburo.

Toma!—dijo Boadil.— ¡Pues si está allí el nuevo Ministro!

La viuda de Ramos que lo había visto antes que él, dirigió los gemelos al nuevo Ministro, cuya barba rubia cuidadosamente peinada, aparecía elegantemente encima de su

correctísima corbata blanca, y cuyo sedoso bigote retorciase un tanto sobre las mejillas con cierto aire victorioso. Casilda veía la cabeza muy agradable del Ministro que se asomaba para mirar los palcos, apoyándose sobre la baranda forrada de terciopelo grana, y veía en la cabeza de aquel hombre, de cuarenta años apenas, y de aspecto muy joven, una lijera calva en medio de cabellos rubios.

La viuda de Ramos se volvió bruscamente hacia su amigo Boadil, como tocada por una chispa eléctrica, y le preguntó: Conocéis íntimamente al Ministro ?

¡Es imposible tener más intimidad !

Pues entonces os pido un favor mi querido Boadil. ¡Nó, no os lo pido, os impongo una obligación !

La señora de Garzón sonreía con cierto aire burlón.

Me imagino cuál, dijo.

Y yo también—añadió Boadil. Queréis que os presente al nuevo Ministro del Interior?... Vaya tendréis algún candidato para Gobernador de la Provincia!

No, por cierto.—Lo que tengo es necesidad, de reemplazar al Ministro caído. ¡Ah! querido Boadil, mi querido Boadil, añadió con voz estremadamente dulce, juntando las manos enguantadas como cuando se reza el *Bendito*, decidid á vuestro amigo Carlos á aceptar la invitación que le haréis en nombre mio, y seréis un muchacho adorable. ¿Oís Boadil? ¡Un muchacho encantador!

Boadil, que ya se había levantado, hizo saltar estrepitosamente la copa de su clac y abrió la puerta del palco, diciendo á Casilda:

¡Tened presente que no pongo ninguna condición en cambio de lo que me pedis! La viuda se echó á reir.

¡Eso es muy discreto—dijo—porque os protesto de que en este momento las aceptaría todas!

¡Vuestra amiga la señora de Garzón es de hielo, comparada con vos!—contestó Boadil, desapareciendo por la puerta entreabierta. Dentro de unos minutos, os traigo á vuestro Ministro.





El Ministro seguía cada vez más loco y desatentado, le parecía que dentro de él reían y cantaban voces misteriosas y que iba á estallar de alegría.

Veía abrírsele inmensos, horizontes, perspectivas no soñadas. Ser poderoso era magnífico; pero sentirse amado era cien veces mejor. Todo le daba vuelta dentro del cerebro: parecía estar oyendo aun la voz de Adadus Calpe, y de pronto, cortando la palabra al viejo periodista el chasquido de un beso de amor, y se le aparecía la deliciosa figura de Sara.

Complaciase mucho de ir á pie un momento, cuando el carruaje lo dejaba en la plaza de Marte. El andar le hacía bien. Levantaba su frente instintivamente, y el aire dilataba sus pulmones y le ensanchaba el pecho.

Le parecía que todos lo miraban. Algunos transeuntes, en efecto, se volvían para verlo.

Habría estado mas orgulloso si hubieran dicho de él: "Ahí va el amante de la señorita de Winter", que: "Ahí va el Ministro del Interior."

Siente cierto aburrimiento mientras no puede ir á la casa de Sara.—Estaba todavía con ella. Recordada sus aptitudes, sus movimientos, su sonrisa, el tono de su voz. Ahora, los negocios públicos, los espedientes, las firmas, los partes oficiales, en una palabra la monotonía del ministerio. En

adelante el Subsecretario, recibiría la gente y se encargaría del despacho ordinario.

Pasaba por él algo así como un deseo irresistible de volver al lado de Sofía muy pronto, después de separarse de Sara, acaso para darse cuenta de la sensación que iba á sentir, y si *se le conocía*, como se dice vulgarmente. Había también algo de remordimiento en aquel apuro. Quería probarse á sí mismo que Sofía no sufría, y mostrarle el mismo cariño de siempre, para borrar de ese modo la infidelidad que acababa de cometer.

Sofía estaba en su saloncito de recibo. Carlos oyó voces que hablaban allí.

¿Tiene la señora visitas?—pregunta á un criado.

Si señor: el señor de Boadil.

¡Ola, Boadil! ¡qué suerte! dijo Carlos. Y abriendo la puerta entro, saludando afectuosamente, á su amigo.

¡ Al fin se te ve por aquí !

Boadil se había levantado con el sombrero en la mano, en tanto que Carlos se acercaba á su esposa que permanecía sentada, para darle un beso en presencia de su amigo.

¡Oh!—dijo Boadil—no es al señor Ministro á quien venía á visitar, sinó á su interesante señora.

De todos modos te lo agradezco—contestó Carlos.—Sofía tiene muchas visitas, pero pocas veces vienen amigos como tú.

Y es claro, se aburre. Es por esto que me he permitido venir de vez en cuando á hacerle sociedad.—La verdad es, amiga mia, que su excelencia merecería que se os hiciese la corte, mientras él pasa los dias enteros contemplando los expedientes y los muebles de la casa rosada. ¡No conozco un marido igual! . . . .

Sofía, un tanto ruborizada, miraba cariñosamente á su ma-

rído.—Carlos procuraba sonreír al escuchar las bromas de Boadil.

¡Ten cuidado!—añadió.—Puesto que tu señora está sola con tanta frecuencia, le he prometido venir algunas veces á hacerle sociedad, y no respondo de enamorarme de ella.

Y dirijiéndose respetuosamente á la señora de Carlos, añadió con el tono más esquisito:

Todo esto, amiga mia, no es más que para hacerle comprender á este tunante que nada hay absolutamente que valga tanto como la dicha de tener una esposa, como lo sois vos. Ya ve su excelencia, que hablo de él como lo harían los diarios de la oposición. Carlos trataba de sonreír, pero veía que las bromas de su amigo ocultaban cierto fondo de verdad. Quien sabe si momentos antes Sofía, no se había quejado del aburrimiento y soledad de su vida. Esta duda lo mortificaba sobremanera. ¡Después de todo, él ponía todos los medios para llenar los deberes de esposo! Pero un hombre tampoco debe estar siempre pegado á las faldas de su mujer, por que corre el riesgo de fastidiarse y fastidiar.

Y como si Sofía penetrase hasta el pensamiento de Carlos, se apresuró á interrumpir á aquel burlón sempiterno, que desconcertaba un poco á su marido.

No tomes á lo serio las bromas del Sr. Boadil—dijo.

Soy completamente feliz; muy feliz.

Carlos la tomó de las manos y se las estrechó cariñosamente. La sonrisa confiada y honrada de Sofía, á su pesar le recordaba la sonrisa nerviosa y perturbadora de Sara.

¡Ángel mio!—¡vida mia!

Buscaba y rebuscaba una palabra, una exclamación, una caricia que saliendo del corazón hablase al corazón, pero no la encontraba.

Os abandono—dijo Boadil. Y si me lo permitís, señora,

y si mis bromas no os fastidian, vendré algunas veces á contaros lo que se diga por fuera.

Seréis siempre bien recibido, mi buen amigo—contestó Sofía, alargándole la mano.

Boadil se inclinó delante de la señora de Carlos con el más profundo respeto.

Carlos lo acompañó hasta la puerta de la antesala.

¿Quieres que te diga una cosa, hablando formalmente?—exclamó Boadil.—Tu pobre mujer se aburre horriblemente; ten cuidado, este gran caserón no tiene nada de alegre. Debe uno resfriarse con suma facilidad. Y una mujer sola, aquí, está como si estuviera metida en un Convento.—Piensa en mantener la disciplina de la mayoría en la Cámara, en buena hora, pero no abandones á tu mujer, mi querido Ministro.—¡Mira no quiero abusar de nuestra amistad! Pero te anticipo que si la encuentro muchas veces sola, tan triste como está hoy, le digo que la idolatro. Sí! Porque es interesante tu mujer!

Adios, Sr. Ministro.

Andate al diablo, loco!—le dijo Carlos, dándole una palmadita amistosa en el brazo. La señora de Carlos Oriburo recibía los miércoles, día señalado *para quedarse en su casa*. Sofía no sentía verdadera satisfacción más que cuando por accidente, Adadus Calpe se permitía abandonar su gazapera, como él decía, del barrio de la Recoleta, para ir á verla, ó cuando Sanchez Boadil le llevaba noticias que la entretenían.

Sofía sentíase casi aislada, no tenía amigas. Desde que se instaló con su esposo en la nueva morada, no había tenido tiempo de hacer relación con las señoras de los diputados, muchas de las cuales, vivían en provincia, para mejor comodidad ó por economía.

La entrada de su marido al Ministerio le había proporcionado relaciones de esas que pudiéramos llamar oficiales, pero poco agradables por lo mismo. Señoras que la visitaban, que más que otra cosa, eran pretendientes que iban á adularla. Los recibos oficiales la ponían nerviosa y contrariada. Siempre era la misma conversación, llena de adulaciones ó de palabras de doble sentido. Se hablaba de las interpelaciones, de la mayoría parlamentaria, y siempre las mismas palabras y la misma jerga. Hasta las niñas, educadas en aquel medio ambiente de la política palpitante, hablaban de la indisciplina de la mayoría, de las elecciones ó de los escrutinios, como los corredores de la bolsa hablan de las cédulas y de los pases.

Sofía luchaba, pero inútilmente por interesarse en estos asuntos. Puesto que aquella era la vida de su marido, también debía ser la suya. Y sin embargo, había soñado con pasar de otro modo su juventud, y cuando hacía un día claro y lleno de sol, recordaba con tristeza la casita donde había pasado la luna de miel con su idolatrado Carlos.

Trataba de ocultar cuidadosamente su melancolía, porque sabía la crítica acerba que le hacían por su retraimiento, y porque la mujer de un Ministro debe estar siempre animada y con la sonrisa en los labios. Este era el tema cotidiano de la señora viuda de Ramos cada vez que iba á visitar á Sofía. Aquella mujer que apenas se ocupaba de su único hijo, dejándolo crecer con toda libertad, delegando su maternidad en una pobre anciana, estaba constantemente alegre; después de una vida agitadaísima de azares y de una viudez bastante dramática, á estar á lo que se murmuraba,—pretendía ser para Sofía una consejera, una amiga íntima, en fin, un mentor, y decía con frecuencia á su inse-

parable, la de Garzón, que la señora de Oriburo sería agradabilísima é interesante si tuviese un poco de sociedad.

Por desgracia no es más que una aldeana, y hasta sus chapas de colores en la cara, contribuyen más á hacerla aparecer como tal; no está en el movimiento de Buenos Aires, y además no sabe pizca de política.

No todas son para entender de eso, —contestaba riendo á carcajadas, la hermosota señora de Garzón.

Ni siquiera se preocupaba, al sentir de esas señoras, en hacer su papel de esposa de un Ministro,—sin hacer inconveniencias.

¡ Ah, si Casilda ó la de Garzón se hubieran encontrado en la posición de aquella aldeana! Ya hubiese visto esta gran capital lo qué era bueno, lo que era una democracia ateniense!

Casilda Ramos era lo que se llama una erudita—á la violeta se entiende,—y daba como quien no quiere la cosa, á su amiga Sofía, multitud de consejos ó lecciones que parecían reproches disimulados por el tono cariñoso con que los formulaba.

La señora de Garzón había entrado, por lo mismo que Casilda, en la intimidad de Sofía; por el afán de figurar, por darse tono, y por darse aires de estar al corriente de la alta política, por ser las primeras en la lista de invitadas el día que el Ministro diese un recibo oficial.

Casilda Ramos, después de haber tenido la manía de ser protectora de poetas y literatos, se empeñaba ahora en hacer en Buenos Aires el papel de personaje político.—La inseparable señora de Garzón, tenía la misma ambición, por el prurito de figurar. Quería aparecer algo, brillar, y todo la tentaba y todo la atraía.

Pertenecía, en cuerpo y alma, á esa máquina de complicadísimo engranaje, brillante, estruendosa, rápida como una locomotora, que se llama *hig-life*. *Hig-life* palabra indefinible, variable y sutil como el polvo: tiranía inglesa que destruye más vidas de gentes á la moda, que víctimas se inmolan todos los días en los corrales de abasto. Para la señora de Garzón en la vida ajitadísima, nerviosa, enloquecedora que llevaba, la cuestión social estaba reducida á estos dos términos inevitables: lo que era *hig-life* y lo que no era *hig-life*. Y no solamente la moda, el vestido, la joya, los guantes, el libro que se debía leer, la pieza que se debía tocar, etc., la preocupaban, sino también en las comidas, los platos que debían preferirse; por supuesto, que estaban excluidos la carbonada, el mondongo, el pato con arroz; y en los dulces, el de leche y de zapallo, pero admitía el de batata. . . . en fin, todo, absolutamente todo, era cuestión de *hig-life*.

La señora de Garzón hubiese mil veces preferido ver su reputación comprometida, á ser ridícula en sus opiniones y á decir una cosa que no fuese *hig-life*.—Resultaba de aquí que todas las conversaciones de aquella señora, que iba con frecuencia á visitar á la esposa del Ministro, eran conocidas de antemano; que Sofía sabía con anticipación el pensamiento de la señora de Garzón, sobre tal ó cual hecho, pues para ésta no pasaban las ideas si no estaban selladas por el *hig-life*.

La señora de Garzón se hubiese muerto de una rabieta, sino se la hubiese visto en los salones del Presidente de la República en un día de gran recibo, si no la saludaba un Ministro en el Hipódromo Nacional, en las carreras, el día del gran premio, ó si no asistía al ensayo general de una ópera nueva; en una palabra, sino era de las primeras en todas partes. Agil, resistente como buena criolla, arrastraba con mano de hierro al desdichado de su marido, siempre sin dor-

mir, fatigado de los recibos, de los bailes, de las comidas, hablando en voz alta, juzgándolo todo, charlando sin cesar, sintiendo una extraña voluptuosidad al hundir en las alfombras de los salones de los Ministros sus piececitos, como si sus talones estuviesen hechos para hollar las alfombras de los altos personajes; orgullosa, cuando un sirviente en voz alta, en medio del bullicio de una recepción, lanzaba este apellido, que quería decir un matrimonio *hig-life*, un matrimonio que no faltaba á ninguna fiesta: el señor y la señora de Garzón:

En tanto que su marido, pasaba la vida, como el cabo Peralta, fatigado, aturdido, hastiado, sin dormir, con la cabeza atolondrada al salir de la oficina, para después dar lección de francés, comer inmediatamente, vestirse de nuevo, subir de prisa á su carruaje, acompañar á su mujer al Parque 3 de Febrero; de regreso ponerse precipitadamente el frac y la corbata blanca para ir á Colón, y dormitar un poco en un rincón del palco; y al menor ruido despertarse sobresaltado, volver á su casa medio dormido para acostarse, dormir intranquilo, sin haber siquiera tenido un momento de resuello para fumar un cigarrito; y se levantaba lo mismo, arrastrando, como un presidiario su cadena, á aquella mujer incansable, que charlaba, sonreía, danzaba y coqueteaba con los demás, y no dejaba para él, para su marido, más que las fatigas, los aburrimientos, los bostezos y los dolores de cabeza, y por apén-dice, el francés, que á sus años le obligaba á estudiar, porque decía que no era *hig-life* el hombre que no lo hablase.

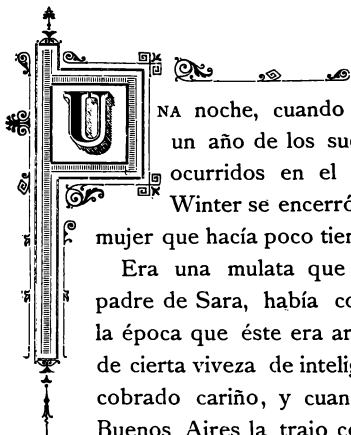
Y para aquella infeliz víctima del *hig-life*, el invierno transcurría así, laborioso como los años de cadena perpetua, y era tiempo cuando llegaba el verano que su mujer le soltase, como hace Lacroze con los caballos del tramway, y se fuese á respirar el aire del campo, á fin de confortar un



poco su cuerpo cansado y debilitado, como decía Casilda Ramos, y ella iría á Montevideo á tomar el aire de mar.

¡Ah! ¡Cuanto más me gusta á mi esta casita de campo y la tranquilidad que reina en ella!—pensaba el infeliz marido que ya había llegado al *non posso* de la “Traviatta”.

---



UNA noche, cuando aún no había trascurrido un año de los sucesos que hemos referido, ocurridos en el chalet de Sara, el señor Winter se encerró en su laboratorio con una mujer que hacía poco tiempo estaba á su servicio.

Era una mulata que el hermano de Winter y padre de Sara, había comprado en Guadalupe en la época que éste era armador; como daba señales de cierta viveza de inteligencia, el armador le había cobrado cariño, y cuando vino á establecerse á Buenos Aires la trajo consigo.

La esclava había quedado libre al tocar esta tierra de libertad, pero no había aprovechado su independenciam sino para apegarse más á su amo y servirle con más solicitud y abnegación.

Se llamaba Baliia. La franqueza y la lealtad se veían en su rostro abierto y en su aire modesto y enérgico á la vez. Debió ser bella en su juventud, pues sus facciones espresivas presentaban una corrección sorprendente, y su color aceitunado se distinguía por una pureza que armonizaba con las líneas de su fisonomía.

A los cuarenta años no había envejecido mucho, al contrario de las mujeres de su raza, muy precoces en la decrepitud. La citaban aún por su gracioso rostro y la elegancia de su marcha lijera y nerviosa.

El señor Winter la hizo sentar á su lado. El pobre viejo había cambiado mucho.

Algunos meses habían bastado para marchitar su rostro, encorvar su cuerpo, debilitar su voz é imprimir á sus movimientos una especie de temblor.

El tiempo se había triplicado al pasar sobre él. El dedo del infortunio y de la desesperación, habían precipitado el horario de su vejez en el reloj de su vida. Parecía no quedar en su pecho más que un soplo, pronto á desvanecerse en una postrera lágrima ó en un postrimer suspiro.

Tiempo hacía que el señor Winter no había entrado en el laboratorio, porque tenía la idea fija que él había sido la causa de la desgracia de su sobrina, por haberse empeñado en retener á su ayudante contrá la voluntad de Sara, y era la tercera vez después de la muerte de Lebreton que penetraba allí.

No porque hubiese hecho responsable á la ciencia de la infamia de uno de sus adeptos y la hubiera comprendido en la reprobación que le inspiraba el recuerdo de un miserable; era muy justo é inteligente para desconocer que el estudio eleva el alma y moraliza el corazón, que es gran inspirador de ideas nobles y de sentimientos generosos.

Pero, ¿cómo podía conservar la decidida afición y la intrépida curiosidad del erudito, agobiado con el grave peso de sus penas y remordimientos?

Había perdido la energía necesaria para trabajar, y algunas tentativas que puso en práctica fracasaron miserablemente.

Pero esta vez no había ido á su laboratorio sino para asegurar más soledad al misterioso coloquio que iba á tener con Balila.

¿He sido bueno para tí Balila?—le preguntó.

¿Tienes algo que reprocharme?

Nó tan solo no tengo nada que reprocharos, señor, res-

pondió la mulata con emoción, sino que debo bendeciros por todo el bien que me habéis hecho después de la muerte de mis amos.

No tenía necesidad de oír tan espresivas palabras, hija mía, para abrigar la seguridad de que eres un ser privilegiado, y de que tu corazón se asemeja á las fértiles tierras en que la buena simiente da ricas cosechas. Los allegados míos han sembrado en tu existencia algunas bondades y las devuelves centuplicadas con la intensidad de tu gratitud.

Gracias, Balila.

Hoy vengo á ofrecerte el medio de prestarnos á mí y á mi sobrina, un señalado servicio, y no dudo que te apresures á aprovechar la ocasión.

Hablad, señor, que estoy dispuesta á ejecutar vuestra voluntad.

Balila, he tenido confianza en tú discreción, y nada te he ocultado de la desgracia, que talvez por mí culpa, me ha herido á mí y á mi desgraciada sobrina; has dividido mis penas y contribuido á ocultar nuestra vergüenza á las miradas indiscretas.

Ahora, es preciso que me ayudes noble mujer, que consagres tu existencia á la realización del proyecto que ha concebido Sara, ó por mejor decir, la ejecución de la sentencia que ha pronunciado su conciencia, y que yo confirmo.

Si la sentencia emana de la niña que para mí ha sido un ángel, y de vos también, debe ser equitativa y justa, y habéis hecho bien en contar conmigo para su cumplimiento.

He aquí de lo que se trata, replicó el señor Winter, con embarazo. Mi sobrina ha decidido de una manera irrevocable, que la pobre criatura que ha nacido esta noche, del crimen y del oprobio, sea conducida lejos de la Capital. No sabrá

nunca á quien ha debido el ser y crecerá con la idea de que es un hijo de la casualidad, recojido por tu piedad.

Está bien señor, seréis obedecido.

Partirás esta misma noche. Todo está dispuesto; un coche espera en el patio.—Martin Contrafato te conducirá hasta Mar del Plata y allí te embarcarás en el vaporcito que saldrá para la estancia, donde fijarás tu residencia y vivirás libre y cómodamente, ocupada en el cuidado de criar á tu hijo adoptivo.

Era feliz en vuestra casa señor, dijo Balila, cuyos ojos se llenaron de lágrimas, y esperaba pasar aquí lo que me resta de vida; pero no pudiendo ser así, gracias os doy, señor mio, por la confianza que me dispensáis.

Con gran dolor te separamos de nuestro lado, Balila; pero tu partida es indispensable y debemos resignarnos.

El señor Winter tomó de encima de una mesa una cartera y unos papeles y los entregó á la mulata diciéndole: en esa cartera que me encarga mi sobrina entregarte, hallarás una suma respetable en títulos de renta, casi una fortuna para tí y.... para él y además dinero efectivo para los primeros gastos.

Esos papeles, contienen una escritura á tu favor de la casa y terreno que debes habitar, confío en tu inteligencia y tu solicitud para formar la dicha del proscrito, pues mi sobrina y yo queremos ser severos, Balila, pero no crueles.

¡Seré la madre del huérfano!—contestó la mulata con una solemnidad conmovedora.

El señor Winter apretó entre las suyas, las manos de aquella noble mujer; le dió algunas recomendaciones más, en las que resaltaba la bondad de su alma, y luego se levantó suplicándola que apresurara sus preparativos.

Antes de una hora me despediré de vos señor, respondió Balila, tratando de contener los latidos de su corazón.

¡Pero ahora caigo! Cuando me halle en Mar del Plata, debo escribiros y daros noticias de..... mi hijo!

Winter vaciló.

¡Nó!—dijo al fin con sombría resolución.

No debes escribirme, Balila, y sobre todo, no debes hablarme del infeliz, cuya existencia quiero ignorar. Nuestro deber está cumplido y pagada está la deuda. De hoy en adelante ni una idea, ni un recuerdo, sino la indiferencia y el olvido.....

Los dos salieron del laboratorio. Casi en el mismo instante salió también Martín Contrafato.

El jardinero se había ocultado allí después de haber sorprendido la orden dada por Winter á Balila para que se trasladara á aquel paraje retirado.

El jardinero había escuchado la conversación, y su fisonomía revelaba una preocupación estraña.

Martín Contrafato era un mozo de unos veinticinco años; alto, deforme, de facciones angulosas, largos brazos y arqueadas piernas.

Su torso era enorme y en cierto modo aplastado, el resto de su cuerpo endeble y delgado.—Tenía los cabellos casi rojos y amarillento el color.—Su fealdad sin ser repulsiva, era desagradable á la vista, aunque tuviese costumbre de reirse para enseñar sus dientes blancos y afilados como los de un lobo; esta involuntaria hilaridad le habrían dado el aspecto de un idiota, si sus ojos diminutos y brillantes como el carbunco, no hubiesen protestado contra semejante apreciación.

Perversos instintos dormitaban en el alma de este ser extravagante, casi monstruoso, y debían despertarse tan luego le llegase la hora de tomar su violento desarrollo.

Martín Contrafato había entrado al servicio en la casa de

Sara por una casualidad.—El jardinero que antes tenía se había salido de la casa, y él, mozo, simple peón, había sido el único capaz de reemplazarle.

Obtuvo provisoriamente el empleo disponible, y poco á poco, como sucede con frecuencia, el estado provisional se había declarado definitivo.—El señor Winter que había tomado el gobierno de la casa por la enfermedad de su sobrina no había aceptado sin embargo, de un modo formal al nuevo servidor que le desagradaba.

Sin haber comprendido el germen de perversidad que ocultaba la dura corteza del joven jardinero, había experimentado siempre una repulsión singular cuando lo veía en su presencia.

Le dolía el ver su terrible secreto á la disposición de un hombre cuya lealtad y discreción le eran sospechosas, y había resuelto alejarlo de Buenos Aires. No esperaba más que la partida de Balila para determinarlo á abandonar el país, ofreciéndole cierta suma de dinero.

Cuando Balila subió al coche eran las doce de la noche. Una cuna se dibujaba en el fondo del carruaje, en la que nada faltaba para los cuidados que durante el camino tuviese necesidad el pequeño pária.

Los criados habían sido despedidos hacía algunos meses y no era de temer ninguna curiosidad. Tan solo el señor Winter estaba allí, inmóvil, mudo, con el corazón hecho trizas.

Martin Contrafato dió un latigazo á los caballos y el carruaje se puso en movimiento.

El señor Winter agitado, se abalanzó á su portezuela.

¡Adios, Balila! murmuró. Amalo con toda la fuerza de tu corazón!

¡Adios, señor mio!—respondió la excelente mujer.

¡Lo amo ya como si fuese mi hijo!

La noche era templada y clara. Las miles constelaciones del infinito brillaban como racimos de diamantes, y la luna se elevaba, comenzando á describir una rápida elipse en el horizonte.

La tierra verde y florida exhalaba aromas de una suavidad penetrante.

Era una de esas noches deliciosas á propósito para poéticos ensueños y conmovedoras inspiraciones.

Y sin embargo, insensible á las seducciones de la naturaleza rejuvenecida por la primavera, Martín Contrafato estaba sombrío y taciturno.—Rara vez estimulaba los caballos con sus voces, y los dejaba adelantar penosamente por senderos tortuosos, estrechos y rodeados de cardales de una altura colosal.

De vez en cuando se volvía, se inclinaba hacia atrás, y lanzaba al interior del coche, por los cristales laterales, una mirada ansiosa y furtiva.—Así fué hasta llegar cerca de una tapera abandonada.

La luna había desaparecido. El alba nacía, pero su blanquecino reflejo disipaba apenas la oscuridad que envolvía la campiña. De improviso Martín Contrafato lanzó un grito sordo de satisfacción y se echó á reír de un modo lúgubre.

¡Vaya! murmuró, la ocasión es propicia y la aprovecharé.

En vez de seguir el rumbo que llevaba, dirigió los caballos hacia un camino de travesía, y media hora después llegaba junto á un monte y se detenía en lo más espeso de la arboleda.—Saltó á tierra, abrió la portezuela del coche y se halló enfrente de la mulata que le miraba con estrañeza.

¿Por qué nos detenemos Martín?—preguntó aquella. ¿Qué quieres?

¡Lo que quiero es tu dinero y tus buenos billetes de banco!—replicó el mozo con intención.



Y rápido como el relámpago, Martín echó un nudo corredizo al cuello de la mulata; en un segundo la tendió en el suelo, pero ella se pudo poner de pié de un salto, con la energía de la desesperación.

Entonces se trabó una lucha espantosa que no debió durar mucho tiempo, y después de inauditos esfuerzos, de sobrehumanas convulsiones, Balila cayó por tierra ahogada, sin movimiento. El asesino estaba jadeante.

Tuvo necesidad de algunos minutos para recobrar su aplomo; en seguida se echó encima de la víctima para cerciorarse de que estaba muerta.

Luego se apoderó de los papeles y valores que había dado á la mulata el tío de Sara, y se los guardó en el bolsillo de su chaquetón, preguntándose á sí mismo dónde y cómo ocultaría el cadáver. Recordó entonces, pues conocía palmo á palmo aquellos lugares, que á corta distancia, en un sitio abandonado, había una noria que no funcionaba. Arrastró hasta allí el cuerpo de Balila, puso la mitad en el brocal, y lo precipitó al fondo de la noria.

La caída se prolongó y produjo en el fondo un ruido lúgubre, una especie de gemido. Contrafato tuvo miedo y huyó. De vuelta al coche, donde el niño dormía en su cuna, reflexionó lo que iba á hacer con aquella criatura.

En el mismo momento su oído fino oyó á lo lejos el ruido imperceptible de una carreta. A semejanza de los salvajes pegó el oído contra el suelo y comprendió que la carreta iba á pasar cerca del monte, por un sendero paralelo al camino en que él se hallaba. Su resolución fué instantánea. Tomó la cuna de mimbre, cubierta con una cortina de seda, y fué á dejarla sobre una pequeña lomada al pié de un ombú.

El día era bastante claro para distinguir las formas y los

colores de los objetos á la simple vista. La cuna estaba bien en luz y no podía dejar de verse. Satisfecho de sí mismo Contrafato se alejaba, pero retrocedió, oyendo aproximarse el ruido de la carreta. En medio del general silencio oía claramente el timbre acentuado de dos voces que conversaban.

Queriendo saber si los transeuntes recojerían la criatura, se ocultó detrás de unos árboles, y á los dos minutos notó que la carreta se detenía y oyó exclamaciones de sorpresa y de piedad. Luego, el pesado vehículo se puso en movimiento y él se ocultó al torcer la senda. La cuna había desaparecido.

Martín Contrafato había reconocido á los que recojieron al recién nacido; eran dos paisanos, José Navarro y su mujer, puesteros de aquellas inmediaciones.

Conociendo el excelente corazón de los paisanos, pensó que la fortuna sonreía á la criatura, pues que en tan buenas manos había caído, y casi se alegró, lo que no era extraño porque por vicioso que sea un hombre nunca es del todo depravado.

Volvió al coche y se dirigió á la ciudad, donde vendió todos los efectos destinados al viaje á "Mar del Plata". Después volvió al chalet de Sara, y con una serenidad imperturbable, anunció al señor Winter que la mulata se había embarcado, soplando una lijera brisa del nordeste.

Algunos días después, el señor Winter se paseaba solo por el jardín, preocupado vivamente con la idea de decidir á Martín Contrafato á abandonar el país. Pero ¿cómo hacer para no irritarle y al mismo tiempo no manifestar claramente su deseo de que se alejase?

Indeciso estaba aun sobre el jiro que debía dar á su conversación cuando se encontró con el jardinero, que lo había visto y se acercaba á él con aire resuelto. Saludó á

su amo de un modo solapado, y dando vueltas á su sombrero entre las manos, le anunció que había formado el proyecto de trasladarse á Italia, para perfeccionarse en la jardinería, añadiendo que deseaba ponerse en camino cuanto antes. El señor Winter vió el cielo abierto, y estuvo á pique de dejar ver el contento que sentía, pero se contuvo. Aun recurrió á la ficción y simuló una contrariedad visible.

La desgracia lo había hecho diplomático, pero Contrafato se mantuvo firme, y el anciano finjió resignarse, felicitándose interiormente por haber logrado su objeto con tanta facilidad.

Una semana había trascurrido, y por una singular ironía de las cosas de este mundo, el asesino de Balila se preparaba para trasladarse á Italia, enriquecido con el robo que había perpetrado y cargado además con los regalos que le había hecho el señor Winter.

La salida de semejante jardinero causó una satisfacción real al anciano. Renovó el personal de su servicio, y la existencia pareció tomar su marcha acostumbrada en aquella casa. ¡Ay! aquella existencia ocultaba sombrías penas y muchas desesperaciones.

Pero tan digna era la actitud de los dueños, que cosa difícil hubiera sido descubrir bajo la calma de las apariencias las angustias de la realidad.

Sara había recuperado todos sus bienes, y estaba ya en posesión de una inmensa fortuna, debido á la hábil dirección de Boadil, quien no solo recuperó el capital usurpado, sino también los intereses y todas las costas del juicio que fueron á cargo del abogado, beato también de profesión y detentador de bienes ajenos.

El señor Winter había recuperado nuevas fuerzas y había desplegado una actividad y una vitalidad extraordinarias, sufriendo una metamórfis completa.

Había querido dar á su sobrina el ejemplo del valor y de la arrogancia en medio de la desgracia.

Con la energía, aunque tardía, de su ardiente cariño y el imperio de sus nobles consuelos, había logrado, en efecto, producir una calma relativa y un tanto de resignación en el corazón exaltado de su sobrina que deseaba la muerte á todo trance.

Un día de otoño en que el cielo estaba cubierto por ligeras nubes y el sol invisible esparcía una blanca y apacible luz sobre la campiña, la señorita Sara Winter, diáfana y vaporosa como una ligera fantasma, estaba sentada en un gran sillón, en el cesped del jardín de su chalet.

Las flores embalsamaban el ambiente, el parque cuyo ramaje empezaba á tomar visos amarillentos, exponía á la vista de la joven, lejanas y encantadoras perspectivas. Pero ni las rosas, ni las margaritas, ni las dalias, ni los horizontes de verdura en que se perfilaban hermosas estatuas, eran bastante para atraer la atención de Sara.

La joven se agitaba impaciente y nerviosa, absorvida en una melancólica idea que hacía humedecer sus mejillas con las lágrimas que de sus ojos corrían en silencio.

De pronto, oyó el ruido de un coche que venía por la avenida, y su cuerpo se conmovió.

Su rostro, admirable siempre, pero densamente pálido por el sufrimiento, se coloreó con el efluvio de una rojiza sangre; enjugó sus lágrimas, dominó su emoción, se reclinó en el sillón y esperó.

Carlos Oriburo apareció en la escalinata; bajó las gradas y se acercó á Sara que le tendió una de sus manos que el Ministro se llevó á los labios ahogando un suspiro.

—¿Os dignaréis decirme hoy, preguntó, por qué titubeáis en tenderme francamente esta divina mano que sin repugnancia y sin pena abandonabais antes entre las mías?

Una conmoción nerviosa recorrió el cuerpo de Sara, y una palidez azulada invadió sus mejillas. Después de esta violenta sensación, se calmó y contestó con doliente acento:

No me interroguéis, amigo mio, pero dirigios á mi tío. El os comunicará algo que yo le he encargado arreglar, y después os revelaré un secreto que me es muy penoso. . . . .

¿Qué puedo yo deciros, sino que he renunciado á las halagadoras esperanzas y á los dorados sueños del porvenir? . . . . Y sin embargo, continuó después de una pausa, elevando al cielo sus grandes y melancólicos ojos, creía que Dios me había colocado en el alma un caudal de inefables aspiraciones. Se me figuraba que me había criado á propósito para comprender y sentir esa suprema felicidad de amar y ser amada con sin igual ternura y eterna constancia.

Sara reclinó su frente sobre su pecho, como un lirio marchito que cae sobre su rama fatigada por su propio esfuerzo. El Ministro, estupefacto, perdido en un dédalo de conjeturas; permaneció inmóvil.

Un criado le previno que el señor Winter le esperaba en el salón, y Carlos se apresuró á ir á su encuentro, pues presumía que se trataba de una entrevista cuyo objeto no alcanzaba.

Trascurrió media hora, y el Ministro apareció solo. En su rostro brillaba una especie de entusiasmo religioso.

Su varonil fisonomía dejaba ver una resolución exaltada y meditada á la vez: cuando estuvo al lado de Sara, se descubrió y dobló la rodilla.

¡Sara adorada!— dijo con una indecible expresión de amor y respeto al mismo tiempo, vuestro tío me ha hablado de asuntos de dinero. Esos asuntos los trataremos después, y en cuanto á la revelación penosa que me habéis insinuado, es inútil, porque lo sé todo. . . . . y nada tengo que reprocha-

ros, antes al contrario tengo que admirar la esquisita delicadeza y la nobleza de vuestros sentimientos.

Así es, pues, que vengo á colocar mi corazón á vuestros pies y á dirijiros una ardiente plegaria; os suplico que me aceptéis como antes! ¡Ah! por piedad, no me neguéis semejante dicha, ó me moriré de pena, os lo juro!

Sara, ensimismada, tenía la frente cubierta con las manos. Al través de sus blancos y afilados dedos brotaban lágrimas gruesas, que no eran acompañadas por sollozos ni suspiros.

Por seguro no eran aquellas lágrimas señal de duelo y desesperación; eran el mudo y conmovedor lenguaje de la gratitud y de la admiración.

Cuando hubo desahogado este límpido manantial de su alma, se levantó, dejó ver su rostro radiante como un rayo de sol, después de la tempestad, y contestó con angelical solemnidad.

¡Dios ahora está conmigo, y me encuentro regenerada, y vos habéis sido el hombre más constante en medio de mi infortunio, y sois el mejor de los hombres; mi querido Carlos!

Os entrego mi vida con júbilo, pues siento que empiezo á amaros, y al mismo tiempo, os venero y admiro! . . . . .

.....

Por una estraña coincidencia, el mismo día que tenía lugar la conferencia entre el Ministro y la señorita Winter, los diarios daban la noticia del descubrimiento de un crimen horrible en los siguientes terminos:

“**IMPORTANTE CAPTURA.**—Nuestros lectores recordarán el horrible crimen que hace cerca de dos semanas se perpetró en el camino que conduce á Mar del Plata, en la persona de una mujer que fué asesinada con el móvil del robo.

“De las averiguaciones practicadas por la Policía resultaban vehementes sospechas sobre un individuo llamado Martín

Contrafato, jardinero, quien había desaparecido de la capital de la República, donde residía últimamente.

“Desde entonces se siguió una seria pesquisa para prender al presunto criminal, se practicaron diligencias, se comisionaron agentes hábiles, etc. y no se podía dar con el paradero de Contrafato.

“Ultimamente el Sr. Gefe de Policía había encomendado la pesquisa al Comisario Montoya, y éste siguiendo una mujer que vivió con Contrafato, logró darle caza el miércoles ppo. á las 7 a. m., en un fondín del “Paseo Julio.”

“El criminal Contrafato, ha confesado ayer, ante el Sr. Gefe de Policía ser el asesino de una mujer llamada Balila. Se sospechaba también, que este individuo fuera autor de otro asesinato que se perpetró ha más de un año, en el mismo Mar del Plata, en la persona de una mujer anciana.

“La pesquisa ha sido diestramente manejada, se le ha buscado en la provincia, en los trenes y en la capital de la República desde el día que desapareció.

“El crimen dejó huellas que hacían recaer algo más que presunciones sobre un infeliz paisano y su mujer, que fueron aprendidos en la campaña donde residían, y que permanecen aún presos.

“Los dos negaban categóricamente toda participación en el asesinato, pero las pruebas contrarias, procedentes de un cúmulo de circunstancias combinadas, los abrumaban de tal modo que era imposible destruirlas.

“Y ahora resulta probado, que el paisano y su mujer son completamente inocentes, y que el único asesino es Martín Contrafato.

“La justicia humana presenta muchas veces casos análogos.”

